



PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE
VICERRECTORÍA DE COMUNICACIONES
Y ASUNTOS PÚBLICOS

TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

Encuesta Nacional Bicentenario UC - Adimark «Una mirada al alma de Chile»

Seminario 16 de enero, 2007



TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

Encuesta Nacional Bicentenario UC - Adimark
«Una mirada al alma de Chile»

Seminario 16 de enero, 2007

TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

Encuesta Nacional Bicentenario UC - Adimark **«Una mirada al alma de Chile»**

Seminario 16 de enero, 2007

Índice

Prólogo

FRANCISCA ALESSANDRI, Vicerrectora de Comunicaciones y Asuntos Públicos 9

Exposiciones

1. Religión e Identidad

PEDRO MORANDÉ, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales UC 11

Comentarios

SOL SERRANO, Académica del Instituto de Historia UC 15

P. SAMUEL FERNÁNDEZ, Decano de la Facultad de Teología UC 16

2. Política, Ciudadanía y Asociatividad

TOMÁS CHUAQUI, Director del Instituto de Ciencia Política UC 18

Comentarios

JOSÉ ANTONIO VIERA-GALLO, Presidente de la Corporación Projectamérica 32

CRISTIÁN LARROULET, Director Ejecutivo del Instituto Libertad y Desarrollo 34

3. Mujer y Trabajo

NUREYA ABARCA, Académica de la Escuela de Administración UC 36

Comentarios

PAULA ESCOBAR, Editora de Revistas y Suplementos de El Mercurio 42

CAROLINA DELL'ORO, Filósofa y Académica de la Universidad de los Andes 44

4. Estratos Socioeconómicos: Percepciones y Opiniones

IGNACIO IRARRÁZVAL, Director de Asuntos Públicos UC 46

Comentarios

BENITO BARANDA, Director Social del Hogar de Cristo 53

RODRIGO MÁRQUEZ, Investigador del Informe de Desarrollo Humano, PNUD 55

5. Calidad de Vida

PAULA BEDREGAL, Académica de la Facultad de Medicina UC 57

Comentarios

EDUARDO VALENZUELA, Director del Instituto de Sociología UC 63

GONZALO VARGAS, Director de Fundación Paz Ciudadana 65

Prólogo

«Una Mirada al Alma de Chile» contiene las reflexiones de los panelistas y comentaristas que participaron en el seminario organizado por la Pontificia Universidad Católica de Chile en el marco de la primera Encuesta Nacional Bicentenario realizada durante el 2006. Este sondeo es un proyecto conjunto de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Adimark, cuyo objetivo es «generar una encuesta nacional que provea de información relevante acerca de los principales problemas que forman parte del debate actual sobre el rumbo del país».

La Encuesta Nacional Bicentenario, que se repetirá por cinco años, procura medir, interpretar y divulgar tendencias de comportamiento, actitudes y opinión pública en los principales ejes del cambio cultural que vive el país. De esta manera, se sitúa en un contexto amplio de análisis y reflexión pública sobre nuestro país que comienza a aparecer con motivo de las celebraciones del Bicentenario. En especial, esta iniciativa recoge el llamado de los Obispos a abrir un «debate constructivo sobre el futuro de Chile» que está contenido en su documento de trabajo «En Camino al Bicentenario». Las autoridades eclesiales sitúan el Bicentenario en el marco de un «tránsito cultural de proporciones» en que han cobrado interés «temas tan cruciales como el respeto por la vida, el servicio público, el futuro del matrimonio y la familia, el desarrollo económico, la calidad de vida, la extensión de las mismas oportunidades a todos y la justicia social, el sentido y el ejercicio de la sexualidad, la libertad de expresión y el respeto debido a las personas». Una gran parte de estos temas fueron abordados por los panelistas y comentaristas que participaron en este seminario organizado por la UC en enero del 2007.

En este sentido, este proyecto recoge de manera especial los lineamientos estratégicos de nuestra universidad, que se ha propuesto «fomentar una reflexión crítica sobre la identidad chilena de cara al Bicentenario, desde la óptica de nuestras raíces culturales y especialmente desde los principios antropológicos, éticos y religiosos de la tradición cristiana».

Es importante destacar la alianza con el Diario El Mercurio y Canal 13, que nos permitió difundir los resultados de la encuesta a través de sus medios de comunicación, lo que cumple además con nuestro objetivo de acrecentar la gravitación de la universidad en la sociedad y poner de manifiesto nuestro interés en las preocupaciones de la ciudadanía y las tendencias actuales de la sociedad chilena.

En esta publicación se incluyen las exposiciones de las autoridades, docentes e investigadores que participaron en los cinco paneles del primer seminario sobre la Encuesta Bicentenario. Los paneles incluyeron los temas: «Religión e Identidad», «Política, Ciudadanía y Asociatividad», «Mujer y Trabajo», «Estratos Socioeconómicos: percepciones y opiniones» y «Calidad de Vida». Cada uno contó con un expositor central y dos comentaristas.

Esperamos que ésta y otras iniciativas que ha emprendido la Universidad Católica nos permitan llegar al Bicentenario con una mirada puesta en el futuro, pero profundamente anclada en nuestras raíces. Sólo así podremos valorar nuestra identidad.

FRANCISCA ALESSANDRI COHN
VICERRECTORA DE COMUNICACIONES
Y ASUNTOS PÚBLICOS

Religión e Identidad

PEDRO MORANDÉ

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales UC

A modo de introducción es necesario reconocer que una encuesta, por buena y técnicamente bien fundada que esté, y la presente reúne estas cualidades, es un instrumento limitado para conocer la dimensión religiosa de la vida humana. La Encuesta Bicentenario nos señala, por ejemplo, que el 94% de la población encuestada cree en Dios, pero nada sabemos acerca de cuál es el Dios en el que cree. Incluso, entre los que se autclasifican como ateos y agnósticos, el 21% cree en Dios, pero ¿será el mismo Dios cristiano de los católicos o evangélicos que, sumados, representan el 85% de la población? Aún más, entre los que confiesan profesar los mismos credos religiosos recién mencionados, y que representan un porcentaje tan alto de la muestra, también pueden darse muchas diferencias y matices y la encuesta no nos da luces sobre ello. Es necesario, en consecuencia, reconocer las limitaciones de la información que proporciona una encuesta en temas tan complejos y delicados como son los relativos a la conciencia religiosa, la que debe ser complementada con otras fuentes de información.

Con todo, habría que señalar que los datos que exhibe esta encuesta son bastante consistentes con los resultados que arrojó el Censo del 2002 en cuanto a la distribución de la población en las confesiones religiosas: 70% de católicos, 15% de evangélicos, 4% de otras religiones, y los restantes, o son ateos y agnósticos, o no tienen ninguna religión. Sin embargo, en relación a sus creencias, este porcentaje residual de aproximadamente 10% que no tiene religión puede ser calificado también como creyente en muchos aspectos. El 77% de quienes dicen no tener ninguna religión cree en Dios; 41%, en la vida después de la muerte y 43%, en los milagros. El porcentaje de ateos y agnósticos es muy bajo: apenas 2% y, aún así, un 21% cree en

Dios; un 33%, en la vida después de la muerte y un 26%, en los milagros. Es decir, estamos en presencia de una población altamente religiosa, incomparablemente más religiosa que los países de Europa occidental, no obstante la abundante evidencia de que la sociedad está sufriendo un proceso de secularización acelerado. Pareciera más bien que este proceso, unido al indiferentismo, se despliega antes a nivel de las prácticas y devociones religiosas que a nivel de la conciencia creyente.

Es imposible, en el espacio de este comentario, referirme a cada una de las variables consideradas en la encuesta. Por tal motivo, quisiera seleccionar sólo algunos puntos que considero más relevantes, o bien por su novedad, o bien por las consecuencias de mediano y largo plazo que se podrían producir y que deberían ser materia de estudios más específicos.

Quisiera mencionar, en primer lugar, que la encuesta arroja la existencia de un 15% de evangélicos, porcentaje más numeroso en los estratos populares (26% en el E) y que decrece hacia los sectores más acomodados (3% en el ABC1). Esto se sabía. Pero el estudio también muestra que quienes se confiesan católicos, no obstante reunir un 71% en el ABC1, representan un 63% en el grupo E. Esta información contradice algunos estudios anteriores, que señalaban que en los grupos D y E la población evangélica se estaba acercando o prácticamente igualando a los católicos. Los datos de esta encuesta muestran que tanto en el D como en el E los evangélicos son aproximadamente un tercio de los católicos. En otras palabras, la confesión católica continúa siendo mayoritaria en todos los estratos sociales, aún cuando los evangélicos tengan una fuerte presencia en los sectores populares.

Sin embargo, los datos que considero más relevantes son los relativos a la percepción de los creyentes respecto a su presencia pública en la sociedad y a la influencia benéfica que podría ejercer la religión en ella. A pesar de que el 79% de la población considera que la religión, genéricamente, le hace bien a la sociedad, subiendo a 83% entre los católicos y a 92% entre los evangélicos, cuando se les pregunta si las iglesias deberían influir más en las decisiones públicas, el porcentaje de acuerdo alcanza apenas un 32%. Un 48%, en tanto, está en abierto desacuerdo, porcentaje que alcanza un 46% entre los católicos. Cuando la pregunta se formula de manera más provocativa, mediante la afirmación: «Las personas con creencias religiosas muy intensas hacen más daño que bien», un 53% de los católicos está de acuerdo o muy de acuerdo. El mismo porcentaje se obtiene al considerar el promedio de todos los entrevistados.

Para mí este resultado es sorprendente e inesperado a poco más de un año de que la Iglesia haya reconocido la santidad del Padre Alberto Hurtado y el país entero lo haya celebrado. ¿Cómo interpretarlo? ¿Será expresión de un cierto anticlericalismo de los laicos, que es ya tradicional y que viene desde la misma época colonial, suscitada por un catolicismo latinoamericano de marcada influencia clerical? ¿O debería interpretarse como una expresión del proceso de secularización de la vida pública, donde, no obstante considerar la gran mayoría que la religión le hace bien a la sociedad, no quisieran que la experiencia religiosa determine demasiado los asuntos públicos o, al menos, que no intervenga la jerarquía de la Iglesia en ellos? ¿Corresponderá al hecho de que hoy los creyentes se distribuyen transversalmente en sus preferencias ideológicas y políticas? ¿Será tal vez un síntoma de la progresiva ‘privatización’ de la conciencia religiosa, que se vuelve cada vez más individual y de libre elección?

Todas estas líneas hipotéticas de reflexión parecieran ser plausibles, pero requerirían, para sustentar una explicación, nueva información y nuevas investigaciones. Con todo, quisiera llamar la atención sobre este fenómeno por la importancia que puede tener el hecho de que los cristianos, en cuanto tales, no se sientan responsables del bien común, sino que lo hagan sólo en cuanto consumidores o ciudadanos.

Otro aspecto complementario al anterior y que llama fuertemente la atención es el alto porcentaje, que en los católicos alcanza el 50%, que está en desacuerdo con que un creyente deba dar testimonio de su fe o que in-

tente convencer a otros acerca de su fe. Entonces, uno se pregunta ¿qué clase de fe es ésta? ¿No es acaso la fe, para un creyente, lo máspreciado que puede tener, puesto que la reconoce como una virtud teologal, un don que viene de Dios, que no la ha elegido sino sólo recibido? Si es así, ¿cómo no dar testimonio de ella e intentar comunicarla para que otros puedan gozar de esta misma luz para ver la realidad y comprender el sentido de su vida?

Saltan a la vista inmediatamente dos líneas de interpretación contrarias entre sí. ¿Se estará confundiendo la convicción religiosa con una convicción ideológica y, en virtud del pluralismo político y de la tolerancia democrática, se quiere proyectar sobre la conciencia religiosa el mismo pragmatismo que en el plano político ha llevado a esta época hacia lo que se ha llamado el ‘ocaso de las ideologías’? ¿O deberíamos interpretar esta respuesta en el sentido de que la gente piensa que no debería usarse la fe religiosa para apoyar indebidamente un proselitismo ideológico? Desearía, por lo menos, poder interpretar esta información desde la segunda alternativa, porque resulta bastante inconsistente que un creyente convencido se oponga a transmitir su fe a otros.

No sólo habrían razones teológicas para afirmar tal inconsistencia, sino también sociológicas. Nadie nace con una determinada convicción religiosa ni está tampoco genéticamente programada. Si ellas han permanecido a lo largo de los siglos y se han expandido más allá del círculo cultural originario es porque existieron personas que dieron testimonio de ella e invitaron a otros a seguirla. Evidentemente existe en la actualidad un rechazo bastante generalizado, al menos dentro de los credos religiosos mayoritarios de nuestra sociedad y que se reflejan en esta encuesta, a cualquier forma de violencia física, económica, política o ideológica para la transmisión de la fe religiosa. Expresamente habló de ello el Papa Benedicto XVI en su memorable conferencia en la Universidad de Ratisbona, cuando tomando las palabras de un emperador bizantino del siglo XIV afirmó: «No actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios».

Sin embargo, la formulación de la pregunta en la encuesta no se refería al uso de la violencia, sino al testimonio y al convencer a otros —se subentiende— por la belleza de la palabra o por mérito de la persuasión. En el promedio general, 37% lo acepta y 49% lo rechaza. El asunto me parece muy importante y habrá que estar atentos a estudios futuros para ver si se confirma esta tendencia

o se pueda, al menos, comprender con más claridad qué factores la provocan.

Con todo, esta actitud es bastante consistente con el siguiente punto. Enfrentados a la afirmación: «Preferiría que mis hijos decidieran por su cuenta acerca de sus creencias religiosas y no trataría de influir demasiado en ellas», el 80% de los católicos, el 80% de los evangélicos, el 77% de los representantes de otras religiones, el 86% de los agnósticos y el 89% de los que no tienen ninguna religión, están de acuerdo con ella. Es decir, es una opinión que se sostiene transversalmente en todos los credos.

Si ya sorprende el pudor de un porcentaje tan alto de la población que no quiere dar testimonio ni convencer a otros de las propias creencias religiosas, cuánto más sorprendente resulta que esta actitud se proyecte al círculo más íntimo de la familia y a la misma relación parental y filial. En el caso del catolicismo, pareciera ser una tendencia generalizada en los países occidentales que los padres ya no transmitan la fe a sus hijos bajo el argumento de que ellos deberían elegir por sí mismos. La prueba de ello es que, persuadido de la gravedad de este fenómeno, el Papa escogió como tema de su último encuentro mundial con las familias en Valencia justamente la transmisión de la fe al interior de las familias.

Este fenómeno plantea preguntas muy profundas. ¿Es que acaso las personas creen que las convicciones religiosas se eligen a voluntad? ¿Qué diferencia habría, en este caso, entre una convicción religiosa, una convicción moral y una convicción ideológica? ¿O se trata solamente de una expresión del pudor y del respeto con que los adultos consideran la libertad de conciencia de sus hijos? ¿No podría ocultarse también, detrás esta actitud una cierta indiferencia de los padres frente a la educación de sus hijos, como es perceptible también en el ámbito escolar? Lo paradójico de este argumento sobre la libertad de elección de los hijos es que si un creyente no le enseña a sus hijos desde pequeños alguna forma, aunque sea mínima, de conciencia religiosa —como rezar— es muy difícil que una vez adultos puedan tener una conciencia religiosa suficientemente madura tanto para percibir de qué se trata, como eventualmente para elegir, suponiendo que la opción religiosa se le ofreciera efectivamente como una elección entre alternativas. Aunque ciertamente no se puede descartar la hipótesis de la conversión, si la conciencia religiosa no se despierta desde pequeños, simplemente es muy difícil que pueda desarrollarse después.

Por otra parte, como todos los científicos sociales saben, es muy difícil, por no decir imposible, que si los padres son religiosos de verdad y es una materia significativa para sus vidas, puedan ocultárselo a los hijos. Aunque la conciencia religiosa pueda confirmarse más tarde con razonamientos discursivos, su núcleo más íntimo es pre discursivo, como quedó de manifiesto en la ya clásica investigación de Rudolph Otto sobre la fenomenología de la religión, quien llega a hablar incluso de un 'a priori' religioso. Aunque el término usado sea muy discutible, su descripción fenomenológica sigue siendo válida, puesto que la pregunta religiosa se expresa en los acontecimientos más elementales y originales de la vida humana.

Por otra parte, la encuesta muestra una alta consistencia entre la confesión religiosa de los entrevistados y la de sus padres, particularmente de la madre. En este último caso llega al 92% entre los católicos, al 54% entre quienes no tienen ninguna religión, y un 57% entre los ateos y agnóstico. En cambio, entre los evangélicos baja al 30%, debido seguramente a que muchos de ellos son conversos del catolicismo. Aunque la misma consistencia en relación al padre cae un poco, se sitúa apenas por debajo de la de la madre. En el caso de los evangélicos tenemos nuevamente la excepción, puesto que sube, aunque ligeramente, si se compara con la madre.

Esta consistencia es un dato muy evidente, que todos los científicos sociales conocen, y que cruza transversalmente los distintos credos religiosos como también la ausencia de ellos. Desde un punto de vista sociológico puede afirmarse que la mayoría de las personas muere con la fe de sus padres. ¿Qué puede significar, entonces, que los padres deseen que sus hijos sean libres al momento de escoger sus convicciones religiosas? Creo que esta materia tendría que ser investigada con más profundidad y tal vez compararla con otras formas de elección en que también los padres desearían no interferir con la conciencia de sus hijos, como la elección de profesión, de estado de vida, de cónyuge. Dejo la pregunta planteada.

Llama también la atención el respaldo transversal que concita la afirmación: «Las personas pueden llevar una vida moralmente buena, aún cuando no crean en Dios». 75% de aprobación media, alcanzando, como podría esperarse, el 95% de apoyo entre los que se declaran ateos o agnósticos. A la vez, parece ser bastante consistente con los comentarios a las preguntas precedentes. Sin embargo, quisiera agregar en este punto que se trata de una tendencia cultural muy profunda del cristianis-

mo latinoamericano desde la primera evangelización. A diferencia de Europa y de Norteamérica, nunca el cristianismo latinoamericano ha sido moralista. Fenómenos religiosos que marcaron muy fuertemente la cultura de esos países, como el pietismo, el puritanismo o el jansenismo, no llegaron a constituirse en nuestros países. Y si bien existe una relación sustantiva entre la fe en Dios y la aspiración a una vida buena, se ha reconocido entre nosotros la autonomía relativa de cada una de ambas esferas, o al menos, la conducta moral no ha sido la única vara de medición de la creencia religiosa.

Como ya se mencionó, en relación a las creencias, después de la creencia en Dios (94%), la creencia en los milagros es la que suscita el mayor porcentaje en el promedio de la muestra (75%). No se puede descartar que los milagros que los creyentes soliciten sean también de índole moral. Pero la información de otros estudios muestra que son más frecuentes los relativos a la salud de las personas, al empleo, a fenómenos de la naturaleza o, en general, a factores que sobrepasan completamente las posibilidades de control por parte de los seres humanos. Por ello, la alta aceptación que tiene la afirmación de que se puede llevar una vida moralmente buena, aún cuando no se crea en Dios, podría interpretarse como un reflejo de la historia particular que adquirió la introducción del cristianismo en nuestra cultura latinoamericana.

Finalmente un breve comentario respecto a la profunda desconfianza de los chilenos en las personas y en las instituciones. Consultados si «se puede confiar en la mayor parte de las personas», el 73% de la muestra está en desacuerdo, siendo los creyentes los más desconfiados y los ateos, agnósticos y quienes no tienen ninguna religión, los más confiados, pero en cuyo caso el desacuerdo con la afirmación baja apenas hasta el 65%. De manera consistente, ante la afirmación: «Se puede estar seguro que

las otras personas quieren lo mejor para uno», el 59% la rechaza, mostrándose esta vez menos variabilidad entre los creyentes y no creyentes. No podría esperarse algo muy distinto cuando el foco de atención cambia de las personas a las instituciones. La confianza que suscita la Iglesia Católica es la más alta de entre todas las instituciones que se mencionan, pero alcanza sólo al 44%, cerrándose la lista con los partidos políticos y los parlamentarios, que sólo consiguen un 5% de confianza.

Llama la atención que, no obstante existir niveles tan altos de desconfianza en el funcionamiento de las distintas instituciones públicas, nuestro sistema institucional en su conjunto funcione con relativa estabilidad. Pienso que para entender esta paradoja hay que leer las cifras de la confianza o desconfianza institucional a la luz de la espontánea desconfianza en las personas, particularmente, en los extraños. Si apenas un 12% cree espontáneamente que se puede confiar en las personas, entonces la aparente baja confianza en las instituciones tiene otra lectura. Lo que los datos señalan es que las personas se vuelven más confiables en las instituciones que fuera de ellas, a menos que pertenezcan, evidentemente, a la propia familia. En este sentido, el 44% de confianza puesta en la Iglesia Católica es así también una confianza en lo que ella puede hacer por volver confiable a las personas. Algo análogo podría aplicarse, salvando las respectivas particularidades, a todas las restantes instituciones incluidas en la lista. Esta ha sido una función social y cultural que la Iglesia ha desempeñado en América Latina desde mucho antes que existiesen los Estados nacionales y no es de extrañar, por consiguiente, que encabece a las instituciones que suscitan mayor confianza.

Como señalé antes, estos comentarios se refieren sólo a aquellos aspectos que recomendarían mayores profundizaciones en el análisis y, eventualmente, la ampliación de la información.

Comentarios

SOL SERRANO

Académica del Instituto de Historia UC

En su interesante exposición, Pedro Morandé llama la atención sobre varias anomalías que presentan los resultados de la encuesta. Efectivamente hay inconsistencias e incoherencias en las respuestas.

Hay muchas interpretaciones posibles. Quiero señalar dos: una manera es ver cómo las cosas debieran ser, que no es mi disciplina, y la otra es mirar cómo las cosas fueron y tratar de compararlas con cómo son hoy.

Si se observan las prácticas del cristianismo a lo largo de la historia, se percibe un enorme nivel de incoherencia en las personas. Si hay algo que he discutido con la historiografía de la tradición liberal es mirar aquello con escepticismo, pues finalmente, desde el punto de vista doctrinario, las prácticas siempre tienen mucha incoherencia. Y a mí, en ese sentido, la incoherencia no me parece preocupante, sino más bien un signo tremendamente humano y consiste con, al menos, la forma en que las mayorías practican la religión.

Desde esa perspectiva me parece que la gran noticia que arroja la Encuesta Bicentenario, en términos de religión, es el importante porcentaje de los entrevistados que cree en Dios en el marco de una sociedad, en un sentido riguroso, plenamente secularizada. Entonces uno dice 'parece que secularización no tiene por qué ser sinónimo de secularismo'. Si bien es un tremendo tema en el que no pretendo ahondar, de todas formas pregunto: ¿Por qué partimos de la base de que las sociedades secularizadas necesariamente creen menos? Algunas efectivamente creen menos y otras creen en forma distinta.

Mirado históricamente, la baja valoración de la influencia que se le otorga a la religión en el espacio público parece muy coherente, pues ello ha sido el tema más debatido desde mediados del siglo XIX. El bajo valor otorgado al proselitismo, en general, corresponde a un

rasgo típicamente moderno: la privatización de la religión. La encuesta muestra una religión muy privatizada e individualizada respecto al espacio público. Pero esos rasgos de privatización e individualización no suponen necesariamente una decadencia en el sentimiento religioso, sino sólo formas distintas de vivir la religión.

Otro aspecto destacable, al menos desde el punto de vista de una defensa del orden social, es que el catolicismo chileno no está alineado políticamente, sino que es transversal. Y eso, para el sistema político chileno, es una gran noticia de equilibrio, de paz social, y también de contención de los rasgos propiamente secularistas de algunas tendencias políticas.

Para concluir, quisiera resaltar que hay un cambio en las formas de la piedad y no necesariamente en la creencia en Dios. Cruzando datos: un 97% cree en Dios; un 62%, en la vida eterna; y un 89 y 83%, en la Virgen y en los milagros. De estos datos se interpreta el valor religioso que se le asigna a esta vida en oposición a la otra vida, es decir, a la vida eterna. Incluso, no es tan alto el porcentaje de quienes creen en la vida eterna, si se considera que en el siglo XIX, y de eso estoy totalmente segura, todos creían en la vida eterna.

Esta situación la puedo contrastar con un dato duro. He logrado construir algunos indicadores de prácticas religiosas del siglo XIX que muestran que la religión de los fieles por iniciativa propia, al margen de la cultura católica compartida, tiene que ver con el miedo al infierno y con ganar la vida eterna. De hecho, todo el sistema de cofradía era, en término concretos, un gran sistema de seguro para lograr la vida eterna. El principal sacramento, el que todos compartían y buscaban a costa del esfuerzo que fuera, era morir sacramentado pues el que moría impenitente, estaba arriesgando el infierno. Aquí hay un cambio que es tremendamente relevante, en comparación con 150 años atrás, que puede ser una idea de Dios como intercesión en esta vida. Y la búsqueda de la intercesión en esta vida pretendo interpretarla como una aceptación de la propia limitación. Algo así como una aceptación de que no somos los dioses que creímos que íbamos a ser hace 200 años.

P. SAMUEL FERNÁNDEZ

Decano de la Facultad de Teología UC

Una encuesta, con todas las imprecisiones que puede tener, nos permite una mirada a la realidad tal cual es. Jesús en el Evangelio nos dijo: «Conocerán la verdad y la verdad los hará libres». Esa misma frase la citó el Padre Hurtado en 1941 en su libro «¿Es Chile un país católico?», una pregunta bastante difícil de responder e incluso de proponer.

El libro está lleno de estadísticas, recogidas de una manera bastante artesanal, por medio de cartas que le enviaba a los párrocos. Fue un libro controvertido y muy adelantado. Dos años después, en 1943, los sacerdotes Godin y Daniel publicaron el famosísimo libro «*Francia, país de misión*». De hecho, el Padre Hurtado ya en memorial que le entrega a Su Santidad Pío XII, el 18 de octubre del 1947, afirma que «el mayor peligro está en que parecemos no darnos cuenta del peligro», es decir, deja en claro que la seriedad para mirar la realidad es verdaderamente un signo de la auténtica búsqueda de Dios.

Tal como lo señaló Pedro Morandé, un permanente problema de las encuestas es la dificultad de medir realidades humanas tan complejas, como la adhesión religiosa, al punto que frente a los números que nos entregan uno siempre queda con la sensación de que lo más importante se escapa y quisiera volver a formular la pregunta.

A pesar de estas dificultades, la Encuesta Bicentenario es una herramienta muy útil que permite pasar de impresiones genéricas y de mitos, a datos duros. Vemos, por ejemplo que los sectores más populares son mucho más apostólicos que el segmento ABC1, en circunstancias que, tal vez, tenemos la idea de que Chile es una sociedad en que la clase alta siempre ha estado imponiendo su fe a las clases populares.

Uno de los elementos que más me impresionó de la encuesta fue comprobar que somos más religiosos de lo que estamos dispuestos a declarar públicamente. Pareciera que nos creemos más modernos si nos calificamos de menos religiosos. De ahí que cuando uno ve una persona, por ejemplo en la televisión, que se declara creyente, uno piensa: «qué valiente, es un héroe por

tener el coraje de hacerlo», pero después, al considerar que estamos en un país en que el 94% declara creer en Dios y más del 60% afirma que Dios es tanto o más importante que su familia, parece impresionante la desconexión entre la realidad y lo que reflejan los medios.

Chile es un país mayoritariamente católico. Si vemos las Cartas al Director en *El Mercurio* nos daremos cuenta de que son frecuentes los temas de la trascendencia, la religión y la ética. A la vez, si miramos una sociedad en que a la peregrinación a la Virgen de Lo Vásquez van 600 mil y a veces un millón de personas, sin ni siquiera un aviso en la televisión, uno se pregunta ¿qué significan estas peregrinaciones a los santuarios marianos? Se podría discutir mucho, pero es una realidad que no aparece en nuestra 'cultura políticamente correcta'.

De hecho, recuerdo que una vez en las noticias de Canal 7, al hablar de la peregrinación a Lo Vásquez, se dijo a la pasada que habían asistido un millón de personas, y el centro de la noticia era la cantidad de basura que habían dejado los peregrinos. Ese aspecto no era lo más relevante, ciertamente, porque lo otro, el número de peregrinos, se daba por descontado. Y se nos olvida que ningún cantante, ni partido de fútbol, ni alguna otra cosa convoca esa cantidad de personas. Y eso es invisible a la sociedad.

Otro dato puntual. Si uno ve las disciplinas científicas en Fondecyt, hay una lista que ostenta 252 ítems. No obstante, los proyectos de investigación de nuestra Facultad de Teología deben postular subrepticamente en el grupo 245 que acoge 'Otras especialidades de las Humanidades'. ¿Por qué? Porque en esas más de 250 disciplinas no hay un ítem dedicado a los fenómenos religiosos, pese a que estamos en un país en que el 94% de la población se declara creyente. Sol Serrano ha llamado a la Teología «la madre de las ciencias», pero la madre de las ciencias tiene que disfrazarse de otra disciplina para que el Estado le entregue un poco de dinero para hacer una investigación.

Concuerdo con Pedro Morandé en que nuestro catolicismo no es moralista. Tenemos, por una parte, un porcentaje muy importante de católicos que no cree en el infierno, o sea, que su catolicismo no está motivado por un temor al infierno. Se podría invertir la pregunta que señalaba Pedro Morandé acerca de la creencia en Dios y la vida moral: «¿Se puede llevar una vida inmoral, aun cuando se cree en Dios?». Lo

importante es descubrir que estas inconsistencias no son patrimonio exclusivo de los creyentes, sino que son inherentes al ser humano y, por lo tanto, no hay que sorprenderse de que seamos pecadores quienes conformamos la Iglesia.

Esta encuesta es una gran iniciativa. Hoy aparece simplemente como una fotografía, pero con el tiempo nos va a permitir descubrir tendencias, lo que a nosotros como Iglesia nos ayuda mucho. Por ejemplo, permite contextualizar ciertos datos que a veces recibimos aislados. Si alguien nos hubiera dicho que solamente el 30% de los jóvenes considera que la Iglesia es una institución confiable, hubiésemos quedado preocupados, pero cuando se comparan esas cifras con otras que afirman que de ese mismo grupo de jóvenes, sólo el 2% considera confiable a los parlamentarios, se logra contextualizar el dato en un horizonte más amplio.

Así, podemos darnos cuenta de muchas cosas que como Iglesia miramos aisladamente. Por ejemplo, la baja en las vocaciones sacerdotales, que ciertamente es preocupante, se comprende mejor en el contexto de una sociedad que rehúye de los compromisos definitivos, como el matrimonio. Es decir, hay una crisis general de las instituciones, y esta crisis indudablemente también repercute en la Iglesia.

Quisiera agradecer nuevamente esta iniciativa. Porque estas cifras, como decía el Padre Hurtado en el prólogo de la segunda edición de *«¿Es Chile un país católico?»*, debieran ser un estímulo para continuar en ésta, la más hermosa y urgente de las tareas: la evangelización.

Política, Ciudadanía y Asociatividad

TOMÁS CHUAQUI

Director del Instituto de Ciencia Política UC

¿Cómo vivimos nuestra ciudadanía?¹

La Encuesta Nacional Bicentenario UC-Adimark entrega indicadores muy relevantes que tendrán que ser revisados y comparados en futuras versiones respecto de cómo los chilenos perciben su condición ciudadana y qué experiencia tienen de ella. La cantidad de información a la que permite acceder esta encuesta es realmente impresionante y, por lo mismo, he tenido que ser bastante selectivo en las áreas y preguntas específicas que he elegido para interpretar, incluso dentro de la temática bastante amplia que puede ser catalogada como «política».

Sería desvergonzadamente insincero si pretendiese sugerir que he seguido algún criterio rigurosamente científico o teórico para guiarme en este análisis: una buena dosis de simple curiosidad —cuya composición tengo la esperanza de que sea más o menos compartida por quienes lean este trabajo— es la que me ha llevado a cruzar los resultados de ciertas preguntas y a interpretarlos en relación con las respuestas de otras. Sin embargo, me parece que algún símil de coherencia se fue configurando en la medida que elaboraba el análisis, el que creo que permite aventurar algunas conclusiones tentativas en el contexto del estudio de una encuesta en particular, realizada en un período de tiempo determinado².

En primer lugar, los resultados revelan que la comunidad política chilena se caracteriza por altos niveles de homogeneidad ideológica. En ella se manifiesta también

una sensación bastante generalizada de que lo político (o incluso lo público) no constituye una parte central en la vida de la mayoría de los chilenos. A la vez, eso sí, lo político (o lo público) parece ser percibido como un ámbito amenazante y hostil o, al menos, digno de ser mirado con suspicacia. Por el contrario, el ámbito de la vida privada es visto con aprecio y como la fuente de bienes subjetivos relevantes para cada cual. De esta manera, la percepción de conflictividad social, que la encuesta refleja y que reseñaré más abajo, no se traslada al espacio de las relaciones interpersonales familiares y de amistad. Aparentemente, esto señala no sólo una fuerte escisión entre el mundo público/ político/ social, por un lado; y el privado/ familiar/ personal, por el otro, sino también una clara valoración superior del segundo por sobre el primero.

I. Posicionamiento ideológico

En cuanto a la autoidentificación en la escala izquierda/derecha, la encuesta coincide con otros estudios en cuanto a la alta concentración de respuestas alrededor del centro. Lo más notable, aunque tampoco sorprendente de esta gráfica, es el alto porcentaje que responde «ninguno»: con el 25,7% constituye el porcentaje más alto de respuesta. Este dato por sí solo justifica que se le preste alguna atención especial a este grupo, como se hará en la sección siguiente.

La pregunta que se viene a la mente, naturalmente, se refiere a las variables que pudieran ser determinantes de la posición ideológica. Las variables consideradas

¹ Agradezco la colaboración de mis colegas del Instituto de Ciencia Política Patricio Valdivieso y David Altman para procesar los datos de la Encuesta Bicentenario UC-Adimark. También los generosos comentarios de Cristián Larroulet y José Antonio Viera-Gallo durante el seminario «Una mirada al alma de Chile» en el que se presentaron algunos de los resultados que contiene este capítulo. Todos los datos aquí expuestos y analizados están basados en la Encuesta Bicentenario UC-Adimark.

² El que se trate del análisis de una sola encuesta dificulta la posibilidad de arribar a conclusiones demasiado contundentes y obliga a mantener una actitud de cierto resguardo ante los resultados, independientemente de la alta calidad técnica de esta encuesta. En la medida en que aparezcan las siguientes versiones de la encuesta quizás se descubran algunos patrones que incrementen la seguridad de las interpretaciones.

«clásicas» para explicar el posicionamiento ideológico son el nivel socioeconómico, la edad, la religiosidad, y el género. Sin embargo, al cruzar el posicionamiento ideológico con estas variables, la Encuesta Bicentenario arroja un resultado para el caso chileno no anticipado por la teoría.

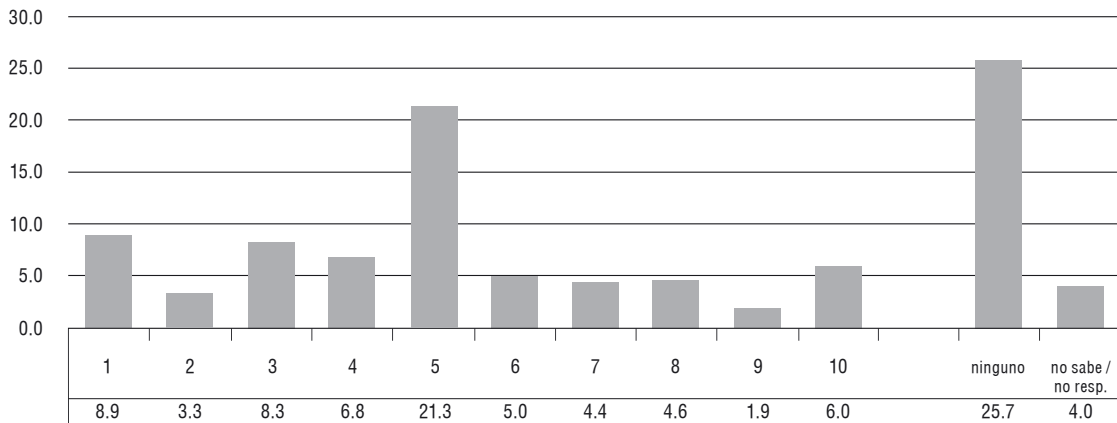
Ni el nivel socioeconómico, ni la edad, ni la religiosidad alcanzan un poder estadísticamente significativo para explicar el posicionamiento ideológico. Es más, cuando se introduce un *proxy*, como la opinión

relativa al aborto o la tendencia a ser liberal o estatista, ninguna de las variables independientes adquiere significación estadística relevante. Sólo el género determina en forma estadísticamente destacable la posición ideológica.

Al parecer, por lo tanto, existe en Chile un alto nivel de homogeneidad ideológica. No sólo aparece una fuerte tendencia a identificarse con el centro político, sino que también esta tendencia se da homogéneamente en las distintas categorías sociales.

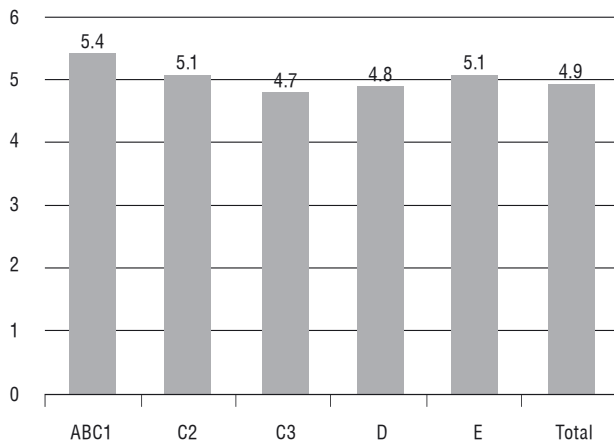
¿Con qué posición política se siente más cercano?

Escala 1-10



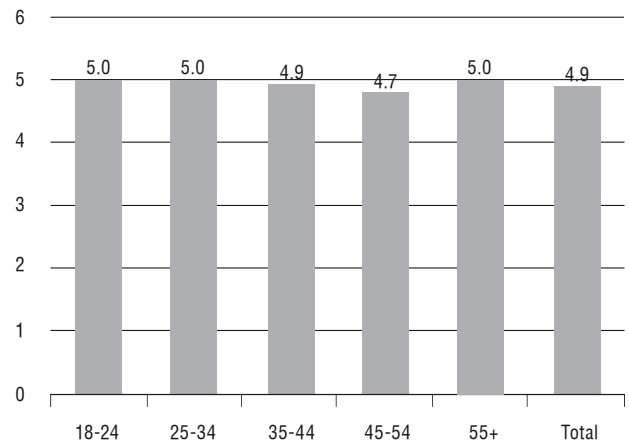
Promedio de posición política

Escala 1-10 según NSE

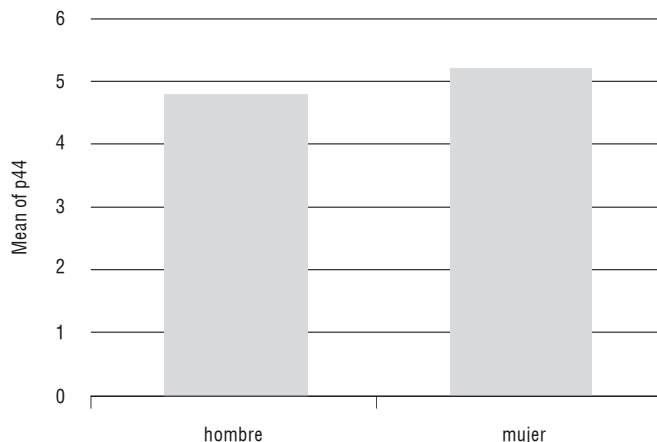


Promedio de posición política

Escala 1-10 según edad



Promedio de posicionamiento ideológico izquierda/derecha
Escala 1-10 por género



II. ¿Quiénes son los «ninguno»?

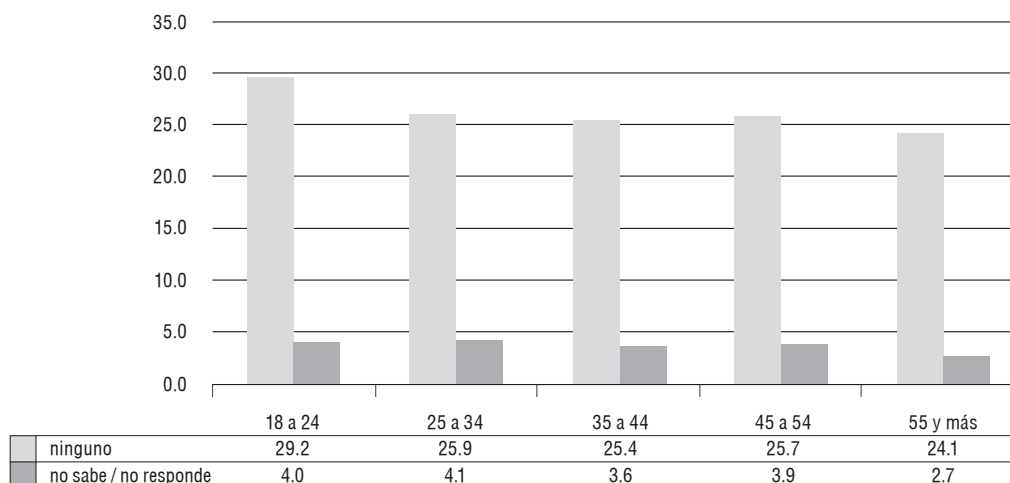
Ahora bien, como habíamos visto, la mayor concentración de preferencias en la pregunta relativa al posicionamiento ideológico se da en la respuesta «ninguno». Dada esta concentración, vale la pena detenerse para entender qué características podrían tener aquéllos que declaran no tener ninguna posición ideológica. La gráfica que sigue muestra nuevamente una homogeneidad a nivel etario, es decir, sólo se manifiesta una diferencia estadísticamente significativa entre el grupo 18 a 24 años, y el resto. A pesar de que la encuesta arroja pequeñas

diferencias entre los mayores de 25 años, éstas están dentro del margen de error (+/- 2.2%).

A nivel socioeconómico, sin embargo, es notable que los porcentajes de respuesta «ninguno» para los niveles D y E dupliquen los porcentajes de los niveles ABC1 y C2.

Sin duda que en este ítem desaparece la homogeneidad que se observa en general, estableciéndose que a mayor nivel socioeconómico –y por ende, en Chile, educacional– mayor la tendencia a adoptar algún posicionamiento en la escala izquierda/derecha.

Porcentaje de «ninguno» y «no sabe», por tramo de edad
Identificación 1-10, izquierda-derecha



III. Niveles de apoyo a la democracia

Los niveles de apoyo a la democracia son bastante altos. Un 76,5% cree que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno. Sin embargo, y quizás evidenciando alguna inconsistencia, sólo un 46,9% no cree que en algunas circunstancias un gobierno autoritario sea preferible a uno democrático. Estos resultados son difíciles de interpretar, ya que dependen de qué sea lo que los encuestados entiendan por un gobierno «autoritario». Se podría sospechar que, al menos para algunos encuestados, un *gobierno* autoritario no necesariamente involucra la inexistencia de un *régimen* democrático. Es decir, un régimen democrático podría pasar por un *gobierno* autoritario si su Presidente, por ejemplo, ejerciera el mando de forma «autoritaria», tal como alguna vez se dijo del ex Presidente Ricardo Lagos. También es posible, especialmente en el caso chileno, que algunos encuestados respondan la pregunta respecto del valor relativo entre el autoritarismo y la democracia retrospectivamente, esto es, reflejando su posición acerca del gobierno de Augusto Pinochet, a pesar de que en el presente consideren que la democracia es el régimen preferible³.

Asimismo, esta aparente inconsistencia podría explicarse, no por la concepción de autoritarismo que se tenga, sino por la concepción de democracia. Así, al ser consultados si están de acuerdo o no con la afirmación: «La democracia es indispensable para lograr el desarrollo

económico», un 73,6% se manifiesta de acuerdo o muy de acuerdo. Esto podría considerarse como un valor positivo en favor del apoyo a la democracia. Sin embargo, si esta respuesta indica también que la democracia se valora en tanto su capacidad para generar desarrollo económico, es posible que el apoyo a la democracia dependa de su eficacia en cuanto a impulsar tal resultado. En otras palabras, el apoyo a la democracia estaría condicionado a su capacidad para generar desarrollo económico. De ahí que para muchos encuestados, en algunas circunstancias, un gobierno autoritario podría ser preferible a uno democrático, si es que el primero, en algunos contextos socio-históricos, fuese percibido como más capaz de generar crecimiento económico con eficacia.

Nuevamente, no parecen haber grandes diferencias en estas opiniones al revisarlas por nivel socioeconómico. A nivel etario, tampoco se dan diferencias marcables que permitan llegar a conclusiones específicas⁴. Sólo en el caso del género se confirma la norma de que las mujeres tienden a tener posiciones más «conservadoras» que los hombres.

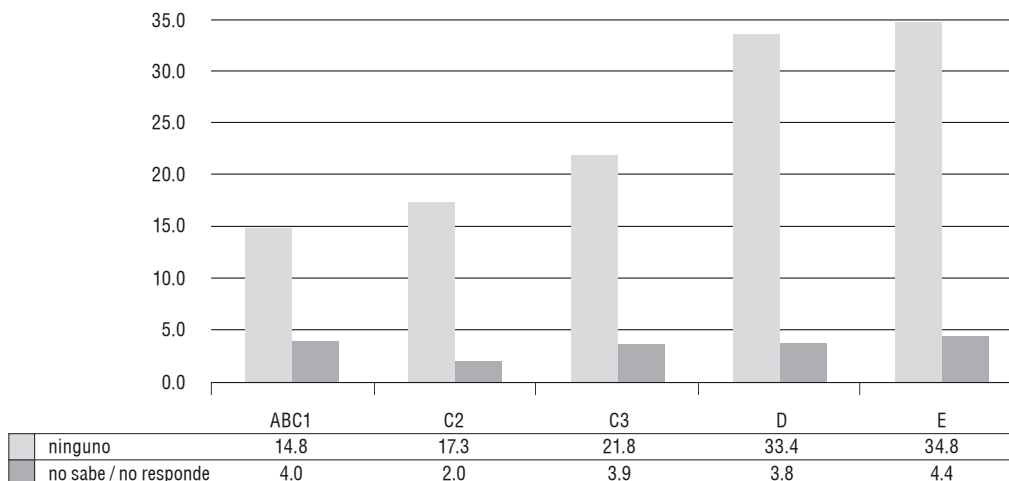
Al revisar estos resultados por identificación ideológica y apoyo a las coaliciones de partidos, se descubren algunos resultados interesantes. Aquellos que se identifican con la Alianza por Chile tienden a estar más de

³ Debo esta sugerencia a Juan Pablo Luna.

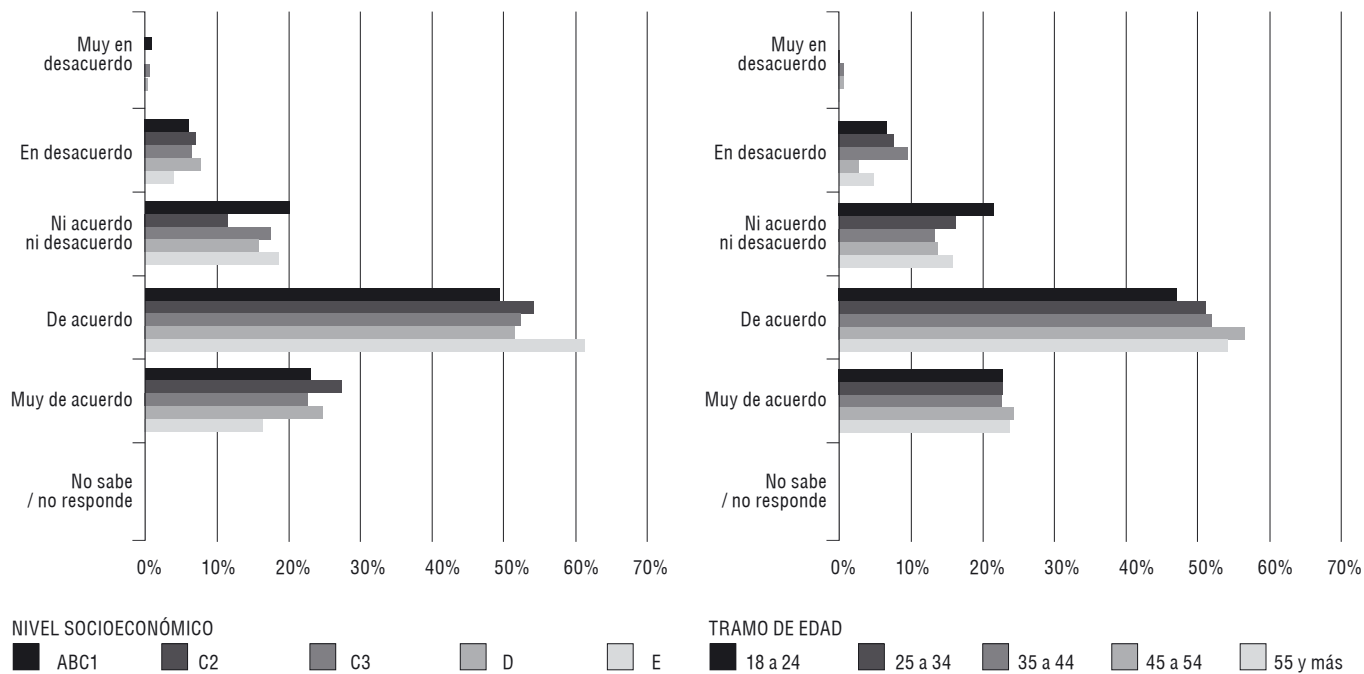
⁴ Si es correcta la especulación relativa a la naturaleza retrospectiva de evaluación del autoritarismo, la carencia de diferencias por tramo etario en este tema se debería a la transmisión intergeneracional del juicio sobre el gobierno militar.

Porcentaje de «ninguno» y «no sabe», por NSE

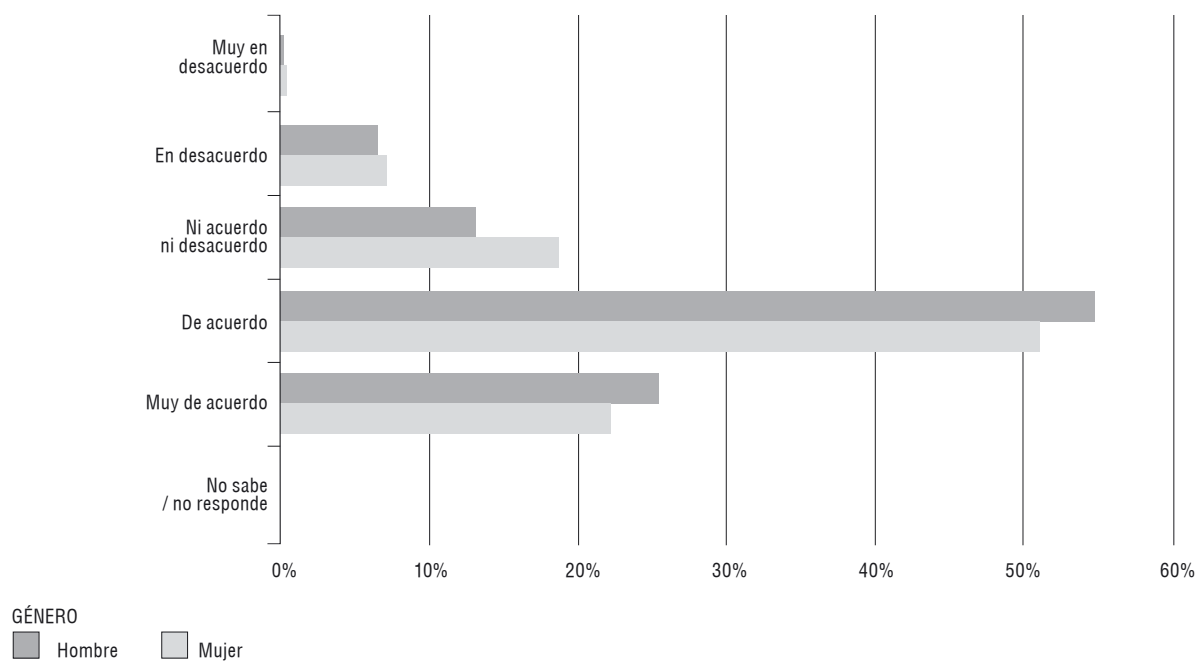
Identificación 1-10, izquierda-derecha



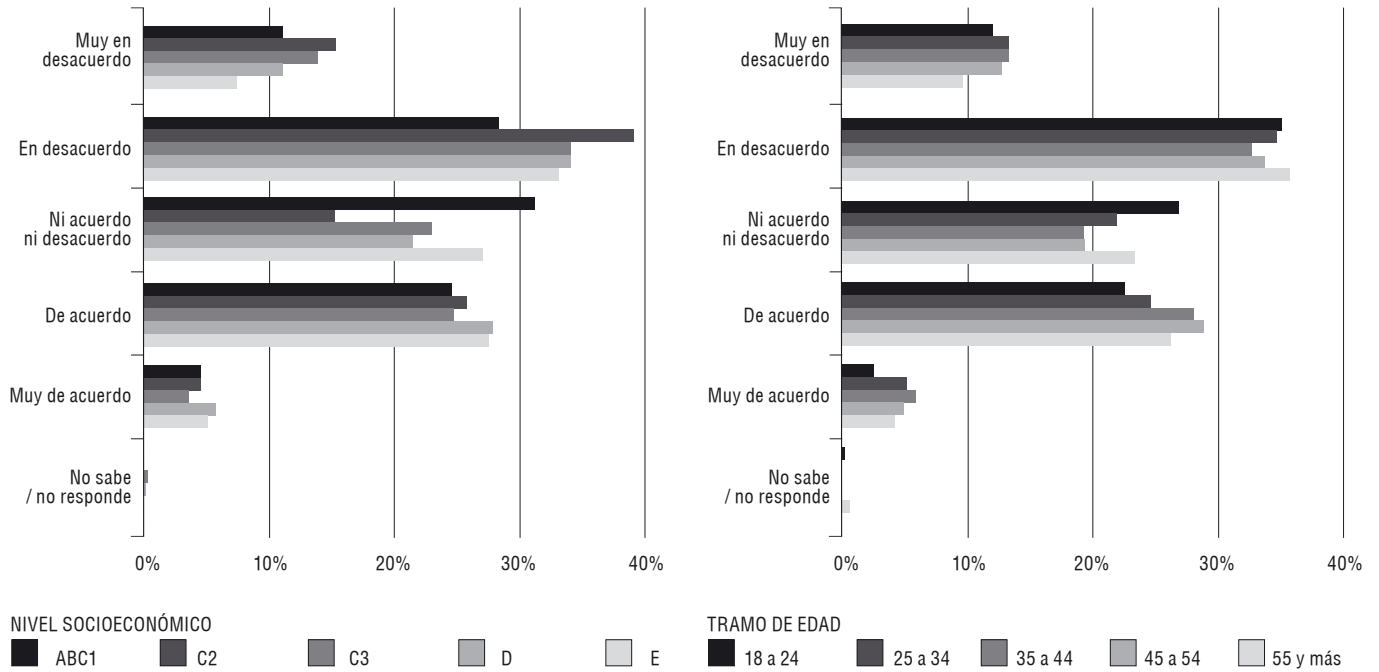
«La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno», por NSE y por tramo de edad



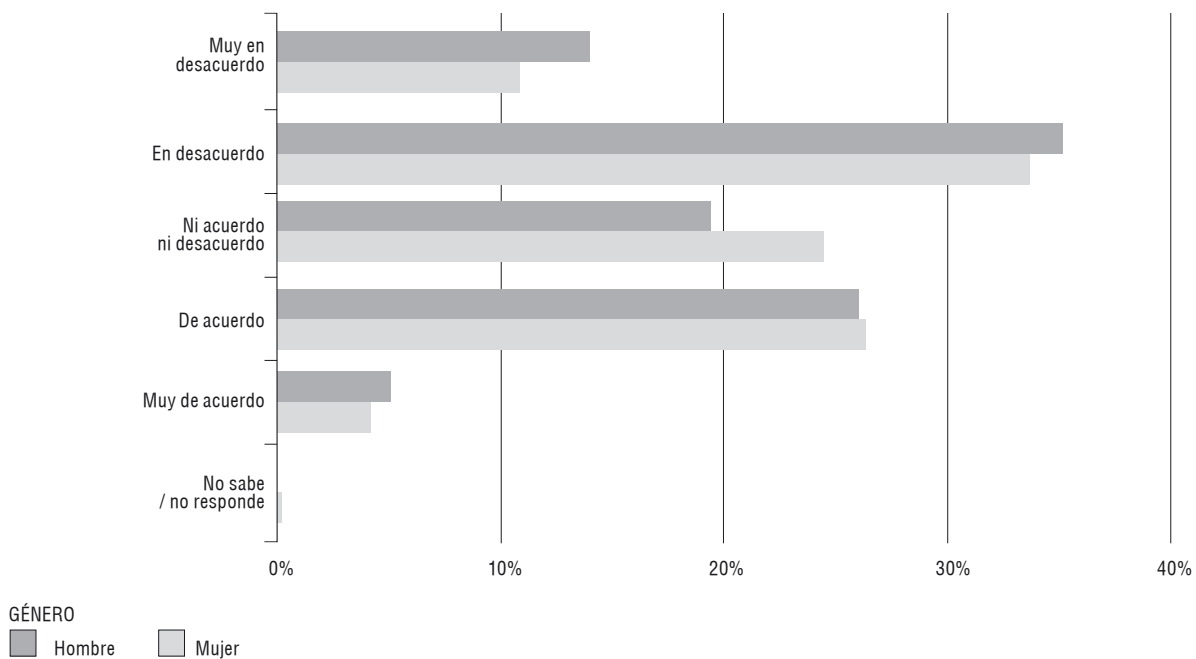
«La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno», por género



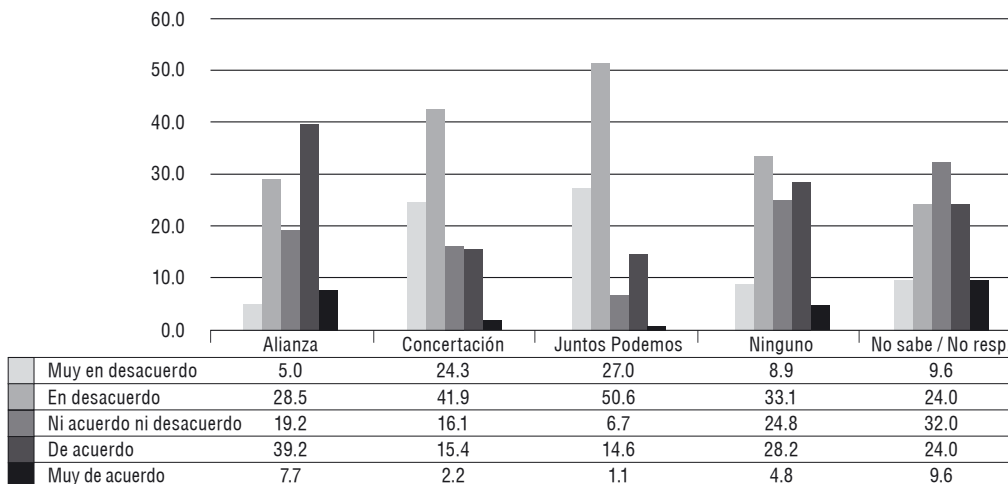
«En algunas circunstancias un gobierno autoritario es preferible a uno democrático», por NSE y por tramo de edad



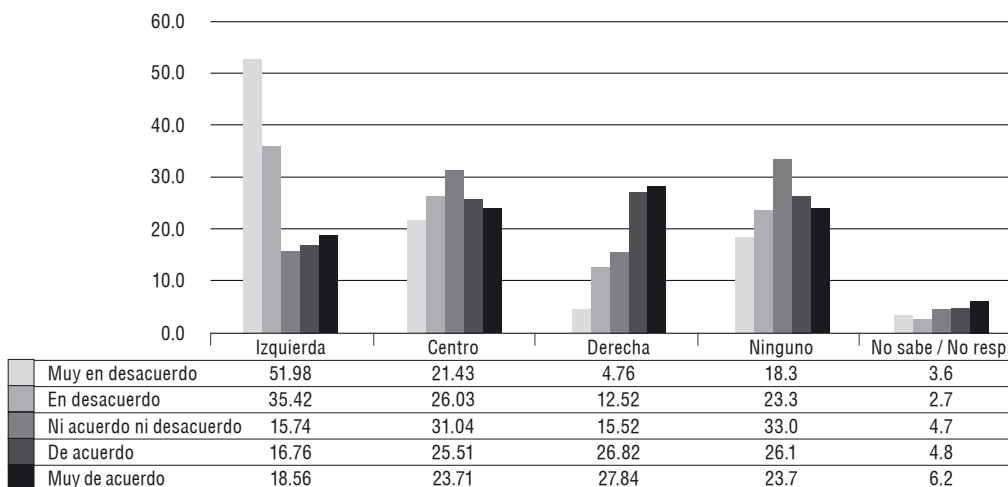
«En algunas circunstancias un gobierno autoritario es preferible a uno democrático», por género



«En algunas circunstancias un gobierno autoritario es preferible a uno democrático», por coalición



«En algunas circunstancias un gobierno autoritario es preferible a uno democrático», por identificación izq./der.



acuerdo con que en algunas circunstancias un gobierno autoritario es preferible a uno democrático⁵. Y aquéllos que se identifican más con la izquierda en la escala del 1 al 10 tienen una clara tendencia a rechazar la idea de que un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático.

Lo más notable de este último gráfico, sin embargo, es lo similar que parecen las respuestas de aquéllos que se identifican con el centro y los «ninguno». Esto indica que la intuición de que los «ninguno» serían de alguna

manera «anti-sistema», por un lado, y que los cercanos al centro serían «moderados», por el otro, no parece correcta. De hecho, los «ninguno» no parecen ser muy distintos de los que se ubican al centro. Y esto no deja de ser razonable: si carezco de posiciones ideológicas fuertes y si lo político no es una parte constitutiva de mi identidad, es muy probable que dude entre colocarme al centro, o fuera del rango, en el «ninguno». Así, debemos considerar que, para una parte de las personas, la autoubicación «5» y la «ninguno» constituyen alternativas plausibles.

⁵ Este resultado reafirmaría la naturaleza retrospectiva de esta opinión.

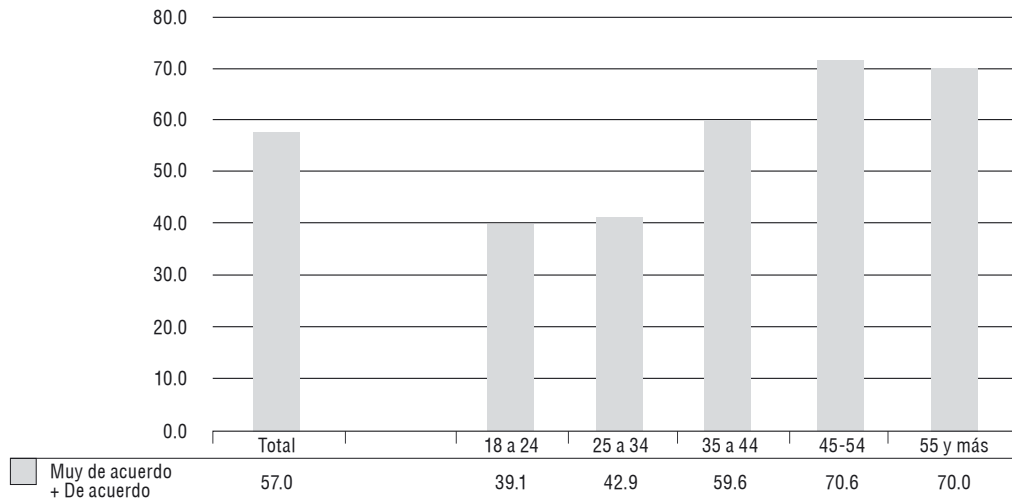
IV. Participación y asociatividad

En cuanto a la participación en elecciones, un 43% de la población declara que no votaría en todos los comicios si el voto fuese legalmente voluntario. En realidad, dada la formulación de la pregunta («Aún cuando el voto fuera legalmente voluntario, votaría en *todas* las elecciones»⁶) el que 57% esté de acuerdo o muy de acuerdo es, creo, un porcentaje relativamente alto. Se confirma, además, la intuición de que aquéllos que no participarían en todos los comicios serían los más jóvenes, ya que existen diferencias notables en disposición a participar electoralmente entre los menores y mayores de 35 años.

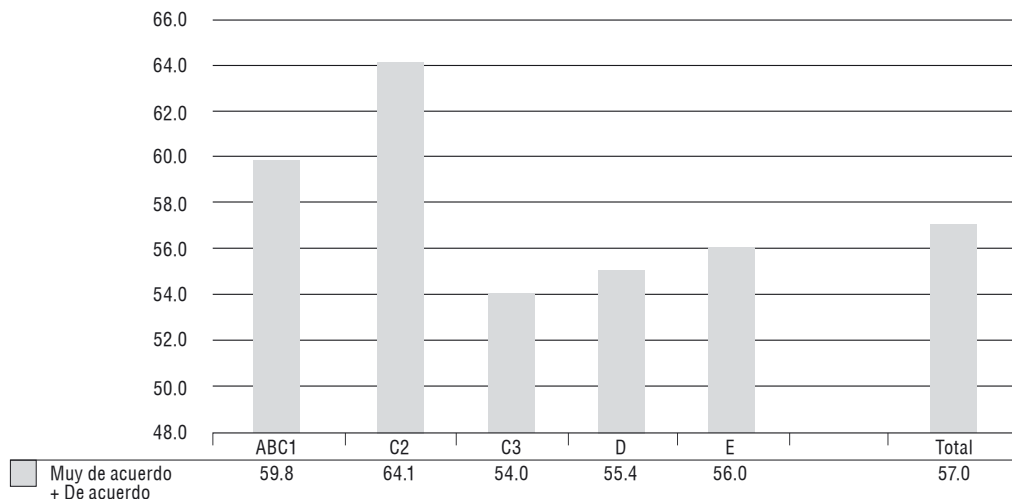
⁶ Énfasis agregado.

También es notable que la intuición, fundada en la evidencia comparada de que los más pobres participarían menos en las elecciones si éstas fueran voluntarias, no se confirma fuertemente: los grupos C3 a E manifiestan una disposición menor a participar en elecciones voluntarias, pero las diferencias son menos marcadas de lo que se esperaría, partiendo de la base de la evidencia internacional. Eso sí, el grupo C2, consistente con sus respuestas en otras preguntas, reafirma un civismo democrático relativamente superior al resto a nivel electoral.

«Aún cuando el voto fuera voluntario, igual votaría en todas las elecciones», por tramo de edad



«Aún cuando el voto fuera voluntario, igual votaría en todas las elecciones», por NSE

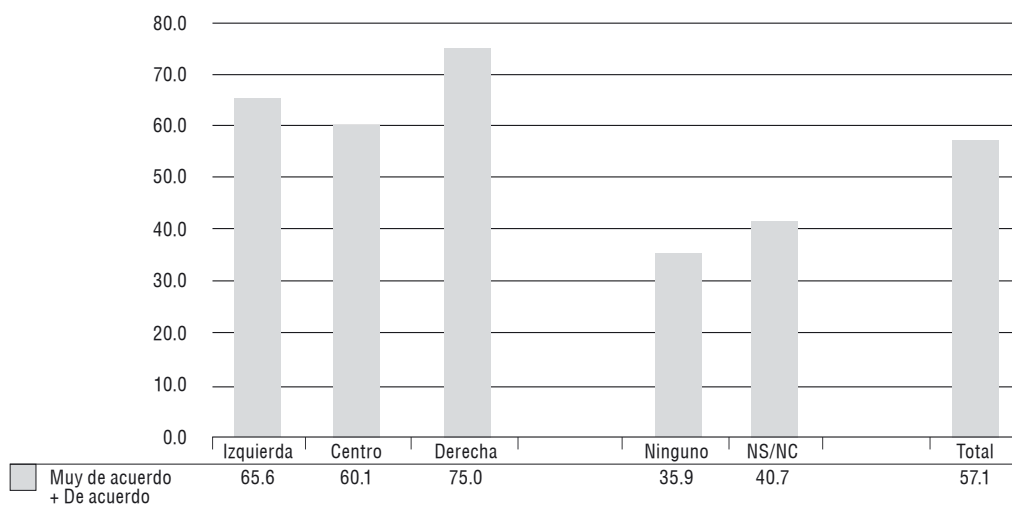


Lo más relevante en estas respuestas no se refiere tanto a los bajos índices de los jóvenes, sino a la inexistencia de diferencias a nivel socioeconómico. En general, la evidencia comparada muestra que el nivel socioeconómico es una variable que impacta significativamente en los grados de participación electoral. Este no es el caso de Chile, donde la variable etaria es la más relevante, lo que podría conllevar una sub-representación de los intereses de los jóvenes en la política chilena.

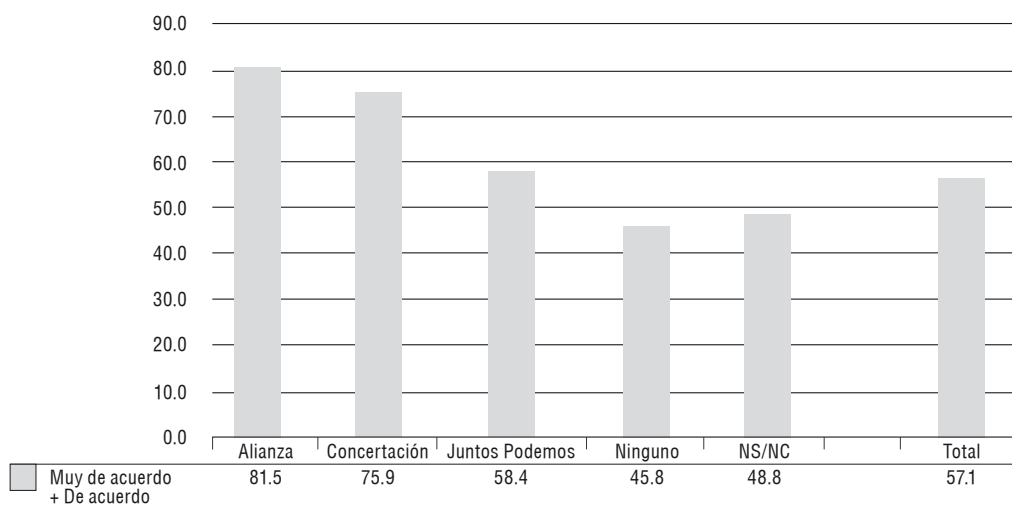
Al revisar estos resultados por identificación ideológica, como también por tendencia a apoyar a alguna de las coaliciones, resulta que aquéllos que se acercan más a

posicionamientos en la derecha del espectro, participarían más si el voto fuese legalmente voluntario. Los del centro participarían menos, quizás parcialmente, confirmando la idea de que se parecen a los «ninguno», quienes por cierto son los que menos participarían, a pesar que la distancia en esta respuesta entre los del centro (60,1%) y los «ninguno» (36,9%) es considerable. Es posible, por lo tanto, que la diferencia entre los del centro y los ninguno no sea a nivel ideológico principalmente, sino más bien a nivel de disposición a hacerse parte en la más elemental de las formas que toma la participación política en democracia: las elecciones.

«Aún cuando el voto fuera voluntario, igual votaría en todas las elecciones», por identificación izquierda / derecha



«Aún cuando el voto fuera voluntario, igual votaría en todas las elecciones», por coalición



Por supuesto, la participación no se reduce sólo a la participación en elecciones. La encuesta también intenta medir los niveles de participación en diversas asociaciones voluntarias de la sociedad civil. Los resultados desagregados por categorías de asociación demuestran que los ciudadanos no concentran su interés en algún tipo de asociación en particular. En efecto, sólo los grupos religiosos tienen un porcentaje superior al 20% de membresía (25,4%), seguido bastante más atrás por centros de padres (13,8%), clubes deportivos (13,1%) y juntas de vecinos (11,1%). De los 18 tipos de asociaciones consultadas, en 13 más del 96% los encuestados declaran no ser miembros. Por ejemplo,

menos del 3,5% está sindicalizado y menos del 2,5% pertenece a un partido político. Visto desde esta perspectiva, pareciera darse un escenario bastante negativo a nivel de asociatividad, ya que la mayor parte de las asociaciones atrae un porcentaje muy bajo de afiliados.

Parece interesante, sin embargo, intentar determinar a cuántas asociaciones pertenece cada persona y luego desagregar estos datos por niveles etarios y socioeconómicos. Lo primero destacable es que casi un 56% de la población pertenece al menos a una asociación, y, segundo, que hay un porcentaje considerable de personas que pertenece a más de una, tal como muestran las tablas siguientes.

Porcentajes de número de asociaciones a las que se pertenece, según NSE

Cantidad		Nivel socioeconómico					Total
		ABC1	C2	C3	D	E	
	0	40,90%	43,50%	45,30%	42,70%	49,50%	44,10%
	1	25,60%	26,10%	30,10%	33,00%	29,90%	29,90%
	2	18,20%	15,60%	16,30%	17,00%	11,30%	16,10%
	3	9,10%	6,30%	4,80%	5,60%	7,40%	6,00%
	4	5,10%	5,50%	2,90%	1,00%	1,50%	2,80%
	5	1,10%	1,80%	0,40%	0,10%	0,50%	0,60%
	6		0,80%	0,20%	0,10%		0,20%
	7		0,30%		0,60%		0,20%
	9		0,30%				0,00%
Total		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Porcentajes de número de asociaciones a las que se pertenece, según tramo etario

Cantidad		Tramo etario					Total
		18 a 24	25 a 34	35 a 44	45 a 54	55 y más	
	0	56,80%	46,90%	41,10%	39,70%	40,40%	44,10%
	1	27,60%	32,10%	30,00%	31,30%	28,90%	29,90%
	2	11,30%	14,60%	15,20%	15,20%	20,40%	16,10%
	3	3,00%	3,60%	8,70%	8,40%	5,80%	6,00%
	4	1,00%	1,80%	3,60%	3,90%	3,20%	2,80%
	5	0,300%	0,50%	1,00%	0,60%	0,70%	0,60%
	6			0,20%	0,60%	0,30%	0,20%
	7		0,50%		0,30%	0,30%	0,20%
	9			0,20%			0,00%
Total		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Las personas más pobres y las más jóvenes tienden a estar menos asociadas, pero, en general, estos resultados no parecen abyectamente desoladores. El que más de la mitad de la población esté asociada al menos a un grupo permite presumir que la sociedad civil chilena no está completamente atomizada y que algunos ciudadanos y ciudadanas buscan aunar sus esfuerzos en pos de objetivos comunes. Sin embargo, es importante resaltar que las asociaciones con mayor convocatoria son las religiosas, los centros de padres y los clubes deportivos, es decir, asociaciones cuyo propósito primordial, es de suponer, no es la consecución de bienes públicos. En todo caso, la forma en la que las personas participan de estas asociaciones –cosa que una serie de preguntas de la Encuesta Bicentenario permite entrever– deberá ser analizada en más detalle para medir el real vigor de la sociedad civil chilena.

V. Conflictividad social

A pesar de los niveles bastante altos de homogeneidad ideológica, la encuesta también deja ver una percepción generalizada de conflicto social entre distintos grupos. Lo interesante es que estos conflictos, aparentemente, no se sostienen en diferencias ideológicas, sino más bien en la percepción de que aquéllos que pertenecen a distintos grupos sociales se encuentran en una relación antagonica entre sí. Uno de los focos de mayor percepción de conflicto es entre ricos y pobres.

Es sumamente llamativo que en casi todas las categorías aparezcan niveles de percepción, que rodean al 90%, de que existe un gran conflicto o un conflicto menor entre ricos y pobres. Aun cuando se concentre la atención exclusivamente en aquéllos que perciben un gran conflicto entre ricos y pobres, sólo una categoría (el ABC1) está por debajo del 50% y el promedio se acerca al 55%.

Algo similar ocurre al revisar la percepción de conflicto entre trabajadores y empresarios, donde, en promedio, más de un 45% de la población piensa que existe un gran conflicto.

No obstante alguna variación en las respuestas por NSE y por tramo etario, parece claro, por lo tanto, que la percepción de conflicto entre grupos socioeconómicos es alta y generalizada. A esto se suma el quizás no demasiado sorprendente resultado de que también casi el 90% de la población percibe la relación entre el gobierno y la oposición como conflictiva, y casi un 52% como caracterizada por un gran conflicto.

Entre otros grupos, esta percepción de conflicto se matiza, aunque es sorprendentemente persistente: 73% cree que hay conflicto (grande o menor) entre jóvenes y adultos; 76%, entre liberales y conservadores; 68%, entre gobierno y Fuerzas Armadas; 62%, entre hombres y mujeres; 75%, entre Santiago y las regiones; y 86%, entre los mapuches y el resto de los chilenos.

Percepción de existencia de conflicto entre ricos y pobres, por NSE

	Nivel socioeconómico					Total
	ABC1	C2	C3	D	E	
Gran conflicto	45,50%	54,30%	57,40%	54,70%	56,90%	54,80%
Un conflicto menor	42,60%	35,20%	35,00%	35,70%	24,00%	34,90%
No hay conflicto	11,40%	10,10%	7,00%	6,50%	15,20%	8,60%
No sabe	0,60%	0,50%	0,60%	3,10%	3,90%	1,80%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

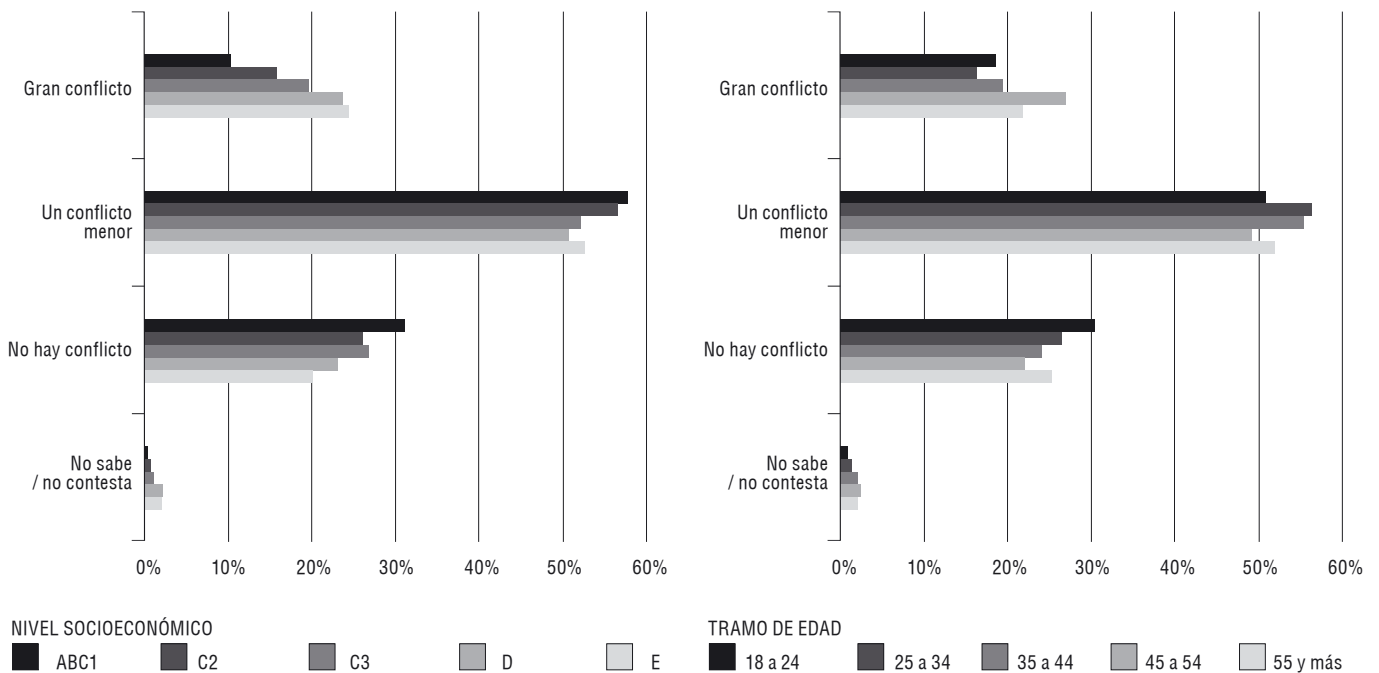
Percepción de existencia de conflicto entre ricos y pobres, por tramo etario

	Tramo etario					Total
	18 a 24	25 a 34	35 a 44	45 a 54	55 y más	
Gran conflicto	56,50%	56,90%	56,00%	57,00%	50,30%	54,80%
Un conflicto menor	35,50%	33,80%	35,30%	32,50%	36,20%	34,90%
No hay conflicto	6,30%	6,30%	7,20%	8,70%	10,80%	8,60%
No sabe	1,70%	1,70%	1,40%	1,80%	2,70%	1,80%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Percepción de existencia de conflicto entre ricos y pobres / izquierda, centro y derecha

	Izquierda	Centro	Derecha	NS/NC	Ninguno
Gran conflicto	56,0%	52,3%	57,9%	45,8%	55,2%
Un conflicto menor	34,5%	39,6%	32,8%	37,5%	31,2%
No hay conflicto	8,4%	7,3%	8,7%	9,7%	10,1%
No sabe	1,1%	0,9%	0,6%	6,9%	3,4%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Percepción de existencia de conflicto entre trabajadores y empresarios, por NSE y por tramo de edad



Es posible que los altos niveles de conflicto se deban a un efecto coyuntural dado que el 2006 se caracterizó por una serie de disputas sociales, la más visible de las cuales fue la que protagonizaron los estudiantes secundarios⁷. Esta posibilidad deberá ser revisada a medida que aparezcan las próximas versiones de la encuesta.

Sin embargo, y no obstante la plausibilidad de esta sugerencia, algunos indicadores que esta misma encuesta revela podrían señalar una situación que sobrepasa el efecto circunstancial de un año marcado por conflictos sociales muy llamativos. Comparando algunos resultados, se deja ver que la mayor parte de las personas se siente cómoda y acogida por su círculo social más cercano de parientes y amistades. En otras palabras, los niveles de confianza interpersonal entre familiares y amigos son altos. Así, si algo grave le pasara, un 93% de los encuestados declara estar de acuerdo o muy de acuerdo con la frase «tengo la seguridad de que mi familia estará ahí para ayudarme»; un 63% siente que tiene amigos que le acompañan tanto en las buenas como en las malas, y un 87% se siente querido y estimado por la gente que vive a su alrededor.

Sin embargo, los niveles de confianza interpersonal referidos a quienes van más allá del círculo cercano de las personas no pueden sino interpretarse como francamente preocupantes. Sólo un 11% declara que se puede confiar en la mayoría de las personas, a lo que se añaden los bajísimos niveles de confianza en las instituciones públicas⁸.

También es posible que los altos niveles de conflicto percibido se remitan no tanto a que existan choques sociales manifiestos, sino más bien a una sensación de desánimo derivado de las «promesas incumplidas» de la democracia chilena. En este sentido, la percepción de conflicto puede derivarse de reclamos legítimos relativos a la desigualdad de oportunidades que caracteriza a muchos ámbitos de la sociedad chilena. En esta lógica, la existencia de conflictos no es *per se*

negativa. Se trataría, en otras palabras, de la manifestación de la percepción de la obstinada persistencia de desigualdades ilegítimas, o de la sensación de la excesiva concentración de poder en algunos grupos⁹. De esta manera, los conflictos, especialmente los más directamente interpretables como políticos, se percibirían como parte de un mundo «externo» a las personas, del cual sólo se participa marginalmente y que en general no constituye un aspecto importante de la vida de cada cual.

Por ejemplo, tener el mismo pensamiento político no es considerado por la mayoría de las personas como algo importante a la hora de hacer una amistad¹⁰, ni se complicaría si sus hijos tuvieran preferencias políticas muy diferentes de las propias¹¹ y, por lo general, no intenta convencer a otros de sus opiniones políticas¹². Tampoco les importaría que su hijo o hija se casara con alguien de una clase social más baja que la propia¹³ o con un mapuche o descendiente directo de pueblos indígenas¹⁴. Hago referencia a estos puntos, justamente porque las categorías coinciden con algunos de los conflictos percibidos a nivel social, los que, aparentemente, no se trasladan a la vida particular de las personas.

En algún sentido, estos resultados son alentadores, por cuanto reflejan grados de tolerancia bastante altos, al menos en lo que se refiere a las relaciones interpersonales en la vida particular de las personas. Pero dado los niveles de conflicto percibidos a nivel social, pareciera que también existe una fuerte separación entre el mundo público y privado. Lo público se caracteriza por el conflicto y la desconfianza y, por lo tanto, todo aquello que podría ser parte de las identidades públicas de las personas —la ideología política, la clase social, la etnia, etc.— es considerado como irrelevante al momento de entablar una relación personal. Las buenas relaciones personales no pueden sostenerse sobre identidades que de otro modo se caracterizan por el conflicto, y, por lo tanto, se marginan de la vida privada.

7 Debo esta sugerencia a Cristián Larroulet.

8 Sólo 5 y 4% respectivamente tiene mucha o bastante confianza en los parlamentarios y en los partidos políticos; 9.5% en los tribunales de justicia; 16% en los empresarios; y 31.5% en el gobierno.

9 De hecho, en la escala 1-10, el 9 (10%) y el 10 (40%) concentran gran parte de las respuestas relativas a si es más importante el crecimiento económico alto y sostenido, o que haya igualdad social y una distribución de los ingresos más equitativa, el 10 siendo el extremo de la escala más fuertemente partidario de la igualdad por sobre el crecimiento.

10 Sólo 11% está de acuerdo con que es importante, y sólo un 1.6% está muy de acuerdo.

11 Sólo un 13% está de acuerdo con que le complicaría, y sólo un 2.4% está muy de acuerdo.

12 Sólo un 30% está en desacuerdo, o muy en desacuerdo con la frase, «Salvo excepciones, nunca trato de convencer a otros de mis opiniones políticas».

13 A un 84% le complicaría poco (11.8%) o nada (72.2%).

14 A un 87.5% le complicaría poco (9.4%) o nada (78.1%).

VI. Conclusión

La interpretación aquí ofrecida de algunos datos de la Encuesta Bicentenario intenta hacerse cargo de una aparente paradoja. Por un lado, la encuesta presenta una sociedad bastante homogénea ideológicamente que se caracteriza por la percepción de altos niveles de conflicto social, los que a su vez no tienen una manifestación análoga en la vida particular de las personas. Una explicación para este fenómeno está sólo sugerida en lo dicho hasta ahora. El mundo de lo público, a pesar de ser conflictivo, e incluso posiblemente hostil, le es mayormente indiferente a la mayor parte de las personas. No sólo no se discute sobre temas políticos, no sólo no se pertenece a asociaciones que persigan bienes públicos, no sólo es irrelevante la ideología política para entablar relaciones personales, sino que, más aún: los agentes públicos que participan

activamente de los conflictos sociales son dignos de sospecha y provocan suspicacia.

Si esto es correcto, lo que indica es una esfera pública de la que los ciudadanos y ciudadanas no sólo se sienten alejados, sino que no concita mayor interés. Es decir, la esfera pública, quizás porque es percibida como cruzada por conflictos con los cuales la mayoría no se identifica, carece de relevancia para la ciudadanía. Si los conflictos son reales y si la resolución de ellos en una dirección u otra, a favor o en contra de alguno de los grupos involucrados, realmente se remite a cuestiones de verdadero valor para la comunidad política chilena, resulta singularmente desconsolador que los agentes públicos hayan sido incapaces hasta ahora de transmitir y explicar su significación para la ciudadanía.

Comentarios

JOSÉ ANTONIO VIERA-GALLO

Presidente de la Corporación Proyectamérica

Agradezco la oportunidad de comentar un estudio tan relevante sobre la sociedad actual.

Me parece acertada la conclusión que se extrae de la Encuesta Bicentenario en el sentido de que Chile no es, en este período, una sociedad polarizada. No lo es ni cultural ni políticamente. Incluso en temas valóricos, la gente tiende a converger hacia posiciones equilibradas.

Sin embargo, se advierte en amplios sectores de la población un 'malestar' que tiene como origen un sentimiento de discriminación arbitraria, cuando no de abierta exclusión. Es algo más que la desigualdad. Nace de ella, pero no se reduce a una simple conciencia de diferencias abismales de ingreso o de oportunidades. La discriminación y la exclusión son fruto de un acto que se percibe como injusto. Se pueden tolerar las desigualdades siempre que exista el convencimiento de que ellas están siendo superadas o que derivan de causas tan profundas, estructurales o históricas, que no se puede atribuir a nadie la responsabilidad. En cambio, la discriminación o la exclusión son vividas como una arbitrariedad que debería ser evitada.

¿Cómo se refleja esta realidad en la vida pública, en el funcionamiento de las instituciones y en la actividad política?

Si bien los índices de lealtad democrática son altos, no deja de llamar la atención que ante circunstancias excepcionales, como una aguda crisis económica, el 31% prefiera un gobierno autoritario a uno democrático y un 22% se muestra indiferente ante la disyuntiva democracia versus dictadura.

Este dato es coincidente con la encuesta Latinobarómetro. Tras analizar diversos países de América Latina establece que Chile tiene menos adhesión a la democracia que Argentina y Uruguay. Nadie sabe si la demo-

cracia chilena hubiera podido resistir frente a una crisis tan impresionante como la que atravesó hace algunos años Argentina. Desde que volvió la democracia, Chile no ha vivido fuertes sacudidas sociales. La crisis asiática encontró al país con las finanzas ordenadas y con políticas públicas que sirvieron para paliar sus efectos.

Consecuente con lo anterior, en el país existe un cuerpo electoral restringido que ha ido envejeciendo. La caída en la inscripción electoral de los jóvenes desde el plebiscito del No es asombrosa. Si a ello sumamos los votos nulos y blancos, más las abstenciones, tenemos casi un 40% de personas con derecho a sufragio que no participa en las elecciones.

Por eso se ha planteado la necesidad de modernizar nuestro régimen electoral, introduciendo, entre otras medidas, la inscripción automática a los 18 años. Como este planteamiento ha ido unido al voto voluntario, el tema se ha complicado en el Parlamento. Sobre este último punto las opiniones están divididas. Lo mismo que sobre el derecho a voto de los chilenos en el extranjero.

El hecho es que el poder de origen de las autoridades no es plenamente representativo de la sociedad, amén de las distorsiones que acarrea el sistema binominal en los comicios parlamentarios. Urge una puesta al día de nuestra legislación electoral. Hay que facilitar los trámites y abrir los canales a la participación. Podría ocurrir que igual se mantuviese una apatía electoral juvenil, pero podría ser menor si se eliminan las trabas burocráticas para inscribirse en los registros electorales y sufragar en el extranjero.

Hay casi un 40% de personas que afirma que no votaría si el sufragio fuera voluntario, lo que equivale más o menos al 40% de abstención encubierta que hoy presenta el sistema. Curiosamente, según la encuesta, en caso de sufragio voluntario las personas más dispuestas a votar son aquéllas que se definen de derecha. Si se estableciera la inscripción automática, fatalmente subiría la abstención, pero terminaríamos con la actual hipocresía de considerar como abstención a los no inscritos.

Todos los estudios sobre la orientación de voto de los no inscritos muestran que no existirían grandes diferencias de comportamiento respecto de los inscritos. No son personas anti sistema o que se encuentren polarizadas. Reflejan la sociedad en que viven, con todos sus matices.

Otro punto que merecería una mayor reflexión es el descrédito público de instituciones esenciales para la democracia, como el Parlamento, los partidos políticos y los tribunales. No ocurre lo mismo con el gobierno, que siempre suscita mayor adhesión. Sin duda en esto influye nuestra tradición política portaliana: la autoridad se encarna temporalmente en el Presidente de la República.

Muchas veces existe mayor adhesión al Presidente que al gobierno que él encabeza. De los desaciertos o abusos se culpa a los colaboradores del Presidente, y éste queda por encima del debate coyuntural. Prima en la ciudadanía su rol de jefe del Estado por sobre su papel de jefe de gobierno.

Últimamente la distancia entre la popularidad de la Presidenta y la adhesión al gobierno y a la coalición que la sustenta ha aumentado. En períodos anteriores la diferencia solía ser hasta de 15 puntos a favor del Presidente. Ahora llega a 26 puntos.

Seguramente este fenómeno se puede relacionar con el aumento de las personas que se declaran independientes. La Concertación ha perdido respaldo, pero la centroderecha no lo ha sabido capturar. Entonces, aumenta lo que podríamos llamar 'voto fluctuante'. Es posible que la desafección con la Concertación sea temporal, ocasionada por algunos escándalos de corrupción y que esos votantes vuelvan al redil puestos ante una disyuntiva entre centroderecha o centroizquierda, pero puede ser también que ese alejamiento sea más permanente y que el voto esté determinado por la oferta de candidatos.

Hay que tener en cuenta que, salvo excepciones como en su momento fue el Ibañismo, la historia electoral del país en las últimas décadas muestra resultados bien constantes, con variaciones marginales. Luego

del período militar, el cuadro electoral cambió favorablemente hacia la centroderecha: aumentó su tercio histórico, pero no lo suficiente como para ganar las elecciones.

No sabemos si estos datos se mantendrán en el futuro o si la centroderecha será capaz de dar el salto para convocar a un porcentaje mayor de electorado indeciso. Algunos sostienen que el ejercicio del poder desgasta; otros afirman que se desgastan las fuerzas que aparecen alejadas del poder por largo tiempo.

Volviendo a la legitimidad de las instituciones democráticas, parece indispensable que el país avance en la modernización del Estado, como se hizo al crear el sistema de Alta Autoridad Pública o con la reforma a la justicia penal y la salud. Todavía el Estado aparece preso de una concepción antigua de su modo de funcionamiento, hermético, lejano a los intereses ciudadanos. Pasos importantes fueron la Ley de Procedimiento Administrativo y las reformas a favor de la probidad y la transparencia, así como el acceso de los ciudadanos a la información pública.

Estas tareas debieran ser abordadas en conjunto por todas las fuerzas políticas, las que deben tener presente que en otras encuestas se valoran la colaboración y el acuerdo que permiten hacer las reformas y se deploran las rencillas, escaramuzas y confrontaciones estériles.

No me voy a referir a la asociatividad, porque carezco de competencia. Sí puedo dar testimonio, como ex parlamentario, de que el grado de asociatividad está vinculado a las necesidades y desafíos de las personas. Mientras mayores sean éstos, mayor será el número de organizaciones de todo tipo: juntas de vecinos, centros de madres, clubes deportivos, ONG, etc. Esta red social es muy importante para canalizar adecuadamente las inquietudes de la gente y poder ejecutar políticas públicas adecuadas.

Hay una sociedad civil bien organizada, pero que adolece de carencias y debilidades. Reforzarla y abrir caminos de participación ayudaría igualmente a superar la brecha que todavía separa a la ciudadanía de las instituciones.

CRISTIÁN LARROULET

Director Ejecutivo del Instituto Libertad y Desarrollo

Quiero agradecer la oportunidad de comentar la Encuesta Bicentenario de la UC y ADIMARK, aprovechando de felicitarlos por la iniciativa.

Voy a hacer siete comentarios a propósito de la Encuesta Bicentenario.

Lo primero que me interesa remarcar es la distinta actitud que hoy se observa en los chilenos respecto a la que se tenía a principios del siglo pasado. Lo que refleja el sondeo, desde la perspectiva de las ideas, es la diferencia que, aparentemente, tiene el alma del Chile ad portas de celebrar el Bicentenario versus el alma que existía al momento de conmemorarse el Centenario.

Si usamos una metodología debatible, pero la única posible, porque en esa época no había encuestas, y citamos los planteamientos, discursos y libros más importantes de ese período, no podemos dejar de repetir el famoso discurso de Enrique Mac-Iver del 1° de agosto de 1900 en que afirma: «Me parece que no somos felices». Ahí se nota un malestar sobre la marcha y el futuro que abarca a todo el país.

Existen una serie de antecedentes de este período que muestran, al menos en la elite chilena, cierto pesimismo y desconfianza en nuestra capacidad como país. No por nada uno de los libros más influyentes de la época es el de Francisco Antonio Encina, de 1913, titulado «Nuestra inferioridad económica» que —en otras palabras— no hace más que reflejar la sensación de no ser capaces de hacer bien las cosas.

¿Y qué dice hoy nuestra población? Un 82,7% afirma estar orgulloso de ser chileno, pero también un 49% asegura que se iría de Chile si le ofrecen mejores condiciones y un 65% cree que su futuro es fruto de su responsabilidad. Es decir, el chileno muestra una gran confianza en sí mismo y un gran sentido de potencia personal y familiar. Ese es el primer aspecto a marcar: la diferente actitud de los chilenos de cara al Bicentenario: hoy más optimistas.

El segundo aspecto relevante es que este es un país bastante influido en su pensamiento por la mirada económica. Y Chile claramente es hoy menos estatista, tal como

lo refleja el que sólo un 35,2% de los encuestados considere que el Estado debe preocuparse por el desarrollo de las personas.

El tercer comentario es que en este país los valores conservadores son muy profundos y arraigados, característica que se mantiene en relación al Centenario. Hace muy poco descubrí un libro de un norteamericano que visitó el Cono Sur, llamado «El futuro de Sudamérica». Publicado en 1915, analiza ocho sociedades y al momento de abordar la situación chilena describe a este país como conservador. ¿Qué muestra la Encuesta Bicentenario al respecto? Que la familia es, por lejos, la principal fuente de satisfacción de los chilenos, lo que tiene una enorme significación desde el punto de vista del debate político.

La encuesta arroja, además, que el 79% considera que «la religión le hace bien a la sociedad», lo que calza con otros instrumentos de medición que muestran la religiosidad de los chilenos. Esa es otra realidad clave, especialmente cuando algunos tratan de exagerar una evolución secular de nuestra sociedad actual.

Un cuarto punto es la valoración de la democracia. Aunque está segmentada por los distintos grupos ideológicos o socioeconómicos, no hay duda de que este aprecio por la democracia es otra característica asentada en los chilenos, pero que no se puede comparar con el Centenario, ya que se trata de democracias distintas. Pese a ello, quiero profundizar en este punto. Con mi sesgo de economista, agrupé en quintiles ideológicos la habitual distribución que posiciona a la gente de izquierda a derecha en un escala de 1 a 10. ¿Por qué lo hice? Para chequear la moderación de los chilenos, pues el resultado mostró que el quintil más a la izquierda representa el 12,2% de la población y el quintil de más a la derecha, el 7,9%. Esto refleja que somos, desde un punto de vista ideológico, bastante moderados, lo que supone una mirada distinta de la percepción que emana de los discursos que se inician en el Centenario y que continúan en gran parte del siglo XX. En suma, hemos podido superar las tendencias extremistas que tanto daño nos hicieron durante gran parte del Siglo XX.

Al respecto, voy a referirme a algo quizá polémico para algunos: mi valoración del actual sistema electoral. Creo que el binominal ha contribuido enormemente a moderar las posiciones, ya que al acercar al centro las posturas hace que los dos grandes grupos políticos tengan que negociar. Ese es un elemento que nos diferencia positivamente de lo que fue Chile en el pasado.

Aprovecho también de hacer un comentario sobre el voto voluntario, que considero uno de los principales elementos que tenemos para combatir la desconfianza en la política y las instituciones. Es por eso que me parece enormemente pernicioso que se establezca la fórmula de inscripción automática y voto obligatorio, como también me parece fundamental que haya un sistema de primarias establecido en la legislación, no obligatorio, en el cual el Estado provea el bien público para asegurar la confianza en su funcionamiento.

Quinto comentario, el tema de la asociatividad, que la Encuesta Bicentenario no muestra que sea baja, al punto que arroja que el 46% se inscribe o participa en al menos una institución. Al respecto, un estudio previo de Ignacio Irrarrázaval refleja que Chile es uno de los países que tiene alto nivel de voluntariado. De hecho, si se mide el voluntariado como porcentaje del empleo total de las organizaciones sin fines de lucro, representa un 47%, mientras en los países europeos alcanza un 31%. Esa es otra característica muy importante que estaba presente en el país en el Centenario que se perdió en parte con el estatismo del Siglo 20 y que se ha recuperado en los últimos 30 años gracias al rol limitado del Estado.

Por último, me refiero al tema de los conflictos y la confianza. Precisamente uno de los temas que más impacto me produjo es que la gente perciba situaciones de conflicto en las llamadas áreas socioeconómicas. Creo

que eso puede estar influido por el año 2006: como la encuesta se tomó en junio pasado, es posible que los entrevistados se hayan visto marcados por un año en que se vivieron conflictos sociales bastante fuertes en las calles, en la prensa, en la televisión, y especialmente en el frente estudiantil, bajo el llamado «efecto pingüino».

Con respecto a la confianza, si bien es delicado que sean bajos los niveles para las instituciones y la política, también es un área de investigación el bajo nivel de confianza interpersonal. Es probable que esto esté vinculado a algunos problemas, como la delincuencia, pues como hoy la gente tiene más temor evita el diálogo interpersonal. También incide en esta desconfianza un segundo problema que tiene que ver con la calidad de vida de la ciudad. Y es que por tratar de tener una mayor cobertura de vivienda, las políticas públicas han enfatizado la localización de grupos homogéneos, lo que ha dificultado la relación entre distintos sectores.

Tampoco ayuda a combatir esta desconfianza nuestro sistema de Estado opaco que ha ido avanzando hacia una estructura cada vez más elitista y corporativa. Es por ello que si tenemos un sistema de primaria y voto voluntario, vamos a obligar al sistema político a dar un giro y acercarse mucho más al ciudadano, especialmente a las generaciones más jóvenes, lo que ayudaría a ir corrigiendo estos problemas.

Mujer y Trabajo

NUREYA ABARCA

Académica de la Escuela de Administración UC

Uno de los grandes cambios de los últimos años es la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado. A fines del siglo XX pasaron a ser casi la mitad de la fuerza laboral en EEUU y a ocupar una parte importante de los puestos gerenciales. Esta es una tendencia que también se da en otros lugares del mundo: en África el 58% de las mujeres tiene un trabajo remunerado; en Asia, el 64% y en América Latina y el Caribe, el 46%.

Las razones que explican esta tendencia apuntan al aumento de la educación en las mujeres, la necesidad de contar con dos ingresos en una familia y los cambios sociológicos que promueven una mayor igualdad con los hombres. Actualmente pareciera ser que la vida familiar no es suficiente para gran parte de las mujeres. Estas dos situaciones plantean un dilema difícil de resolver entre la vida familiar y laboral, que si bien afecta especialmente a las mujeres, redundan en toda la sociedad.

De acuerdo a Lotte Bailyn (2002): «Las empresas se ven afectadas cuando pierden la contribución de mujeres con alto potencial que dejan sus carreras para dedicarse a la familia y, por otro lado, la sociedad se ve afectada cuando la crianza de los hijos pasa a segundo lugar».

Los cambios en la estructura familiar están transformando los lugares de trabajo, a la vez que los cambios en los patrones laborales están transformando la vida familiar. De ahí que en la búsqueda de opciones que permitan el equilibrio de la vida familiar y laboral están involucrados muchos actores: el gobierno, la comunidad, las organizaciones laborales y las empresas, que deben crear opciones de trabajo favorables al desarrollo de la familia. Ya no es posible ignorar el estrés cuando ambos padres trabajan, la doble carga que soporta la mujer en lo que se ha llamado el «segundo turno», o la inestabilidad que tienen las personas en las empresas.

Modelos teóricos

El conflicto entre trabajo y familia es un tema relevante para la psicología organizacional contemporánea. El origen de esta investigación puede situarse a fines de los 70 en los trabajos de Rapoport & Rapoport (1969), Renshaw (1976), Kanter (1977), Pleck (1977) y Handy (1978).

Un tema central en esta literatura es que tanto el trabajo como la familia reclaman tiempo y energía. El trabajo es una fuente importante de ingreso, seguridad financiera y estatus, mientras que la familia funciona como un núcleo donde dos personas encuentran intimidad y apoyo, además criar a los hijos. Por esto, el trabajo y la familia no son independientes, lo que conduce inevitablemente al conflicto.

A partir del trabajo pionero de Pleck (1977) se genera un consenso en que el trabajo y la familia se influyen tanto positiva como negativamente: tiempo, tareas, actitudes, estrés, emociones y conductas se propagan al trabajo y la familia. En algunos estudios se ha encontrado que esta interacción es asimétrica: el trabajo tiende a influir más sobre la familia que viceversa (Frone, Russell & Cooper, 1992; Gutek, Searle & Klepa, 1991; Hall & Richter, 1988; Wiley, 1987).

El campo de análisis ha estado dominado por la teoría de roles que deriva del estudio original de Michigan sobre el estrés organizacional (Kahn, Wolfe, Quinn, Snoek & Rosenthal, 1964). De acuerdo a esta teoría, las expectativas conflictivas que se asocian con los diferentes roles tienen efectos negativos sobre el bienestar de las personas. La lógica subyacente considera que el conflicto trabajo-familia es un factor de estrés en las personas. En distintos estudios se prueba un modelo teórico que relaciona antecedentes, moderadores y consecuencias

del conflicto trabajo-familia (Bedeian, Burke & Moffet, 1988; Frone, Russell & Cooper, 1992; Gutek, Searle & Klepa, 1991).

Frone, Yardley & Market (1997) ofrecen un marco general integrativo acerca de la interfase trabajo-familia. En este modelo se considera el apoyo social, el compromiso de tiempo y la sobrecarga como antecedentes; los conflictos trabajo-familia y familia-trabajo como las variables centrales; y el sufrimiento, insatisfacción y desempeño como los impactos o consecuencias (ver figura 1).

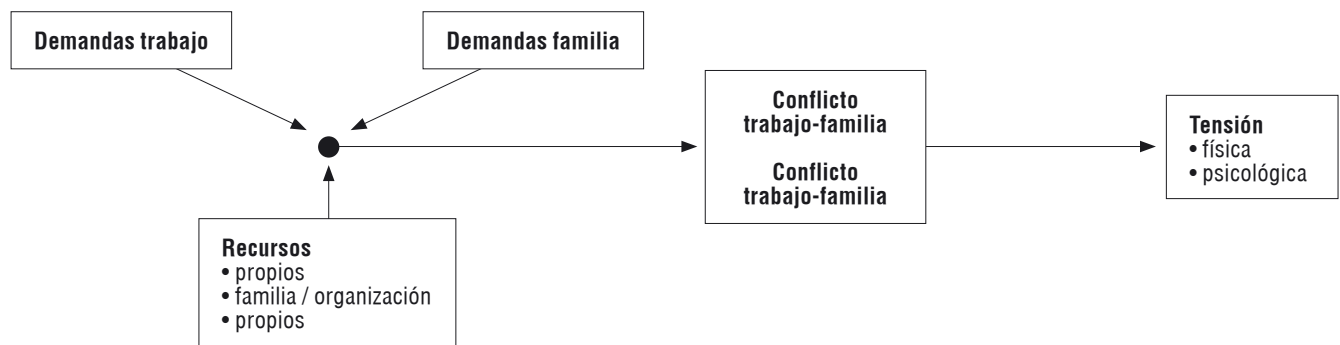
Sólo recientemente los autores han empezado a formular proposiciones dirigidas a estudiar las diferencias culturales en los conflictos familia-trabajo. En un número especial de *International Journal of Cross-Cultural Management* una serie de investigadores abordaron los factores que podrían explicar las diferencias entre personas de distintas partes del mundo. Algunas de las variables culturales consideradas son el individualismo-colectivismo, la ideología del rol de género, la evitación de la incertidumbre y la distancia del poder.

Antecedentes

Los modelos teóricos de la interfase entre trabajo y familia distinguen dos direcciones de conflicto: la interferencia del trabajo hacia la familia (WFI) y la interferencia desde la familia hacia el trabajo (FWI). Investigaciones en países occidentales, específicamente en EEUU, han identificado una mayor prevalencia del primer tipo de interferencia, lo que sugiere que los límites de la familia son más permeables que los del trabajo (Carlson & Frone, 2003). En otras palabras, las personas perciben que tienen más flexibilidad en términos de responsabilidades familiares que con respecto al trabajo. Por esto, sienten que hay un efecto negativo que se propaga desde el trabajo hacia el ambiente familiar más que al revés.

Entre las variables personales se ha mencionado el género como el predictor más importante en el conflicto familia-trabajo. Algunos autores han sugerido que debido a las diferentes responsabilidades, los hombres y mujeres pueden experimentar distintos niveles de conflicto. En este sentido, los hombres muestran una

Figura 1



mayor interferencia desde el trabajo hacia la familia y las mujeres, mayor interferencia desde la familia hacia el trabajo.

Por otro lado, existen numerosos estudios que se refieren a antecedentes situacionales como predictores del conflicto familia-trabajo. Entre éstos se incluyen las demandas y factores de estrés provenientes del trabajo, como también las responsabilidades y factores de estrés provenientes de la familia. Además, se ha considerado el apoyo social como un antecedente asociado a una reducción del conflicto trabajo-familia.

Los efectos negativos del conflicto trabajo-familia se han reportado en cuatro áreas: (a) salud mental y física, (b) satisfacción, (c) desempeño, y (d) compromiso tanto en el ámbito laboral como en la vida familiar. En el trabajo, éstos se pueden manifestar en agotamiento extremo, en la productividad o en la satisfacción laboral. En la familia se pueden presentar como ansiedad, dificultades en el desempeño como padres, satisfacción marital e intenciones de divorcio.

Moderadores

La investigación del conflicto entre trabajo y familia también se ha referido a efectos moderadores en dos formas. En primer lugar, algunas variables, como el género, se consideran moderadores en la relación entre las demandas y presiones provenientes del trabajo o familia y los niveles de conflictos entre roles. El efecto moderador que se ha mostrado en este sentido es que el impacto de las demandas y presiones sobre el conflicto trabajo-familia será distinto para cada persona.

Se ha observado un segundo efecto moderador en la relación entre ciertas variables del conflicto y ciertos resultados (tales como tensión psicológica y satisfacción laboral y familiar), siendo la predicción que esta relación variará según se trate de un hombre o una mujer. También ha sido objeto de análisis el efecto moderador del apoyo social en el conflicto trabajo-familia. Para ello se han considerado tres fuentes de apoyo: la familia, colegas y supervisores, y el que brinda la organización.

Aspectos culturales

En general hay acuerdo en que las condiciones de trabajo no toman en cuenta la necesidad de equilibrar trabajo y vida familiar, lo cual afecta principalmente a las mujeres con hijos. Por este motivo, frecuentemente las

mujeres se ven forzadas a elegir entre tener familia o trabajar y, peor aún, se sienten culpables de no hacerlo bien en ambos campos. Esto nos indica que las mujeres, tanto en Chile como en gran parte de las sociedades occidentales, están enfrentando decisiones muy difíciles, lo cual genera tensiones.

Hay evidencia de que cuando los padres pretenden cumplir con las metas de la familia y de su desarrollo profesional se produce estrés y afectan su rendimiento. Como resultado, muchas mujeres optan por no tener hijos o retrasan la maternidad. Es más probable que las mujeres ejecutivas tomen decisiones para equilibrar estos dos ámbitos: 18% de mujeres versus 9% de hombres retrasan el matrimonio, y 3% de mujeres versus 1% de hombres han decidido no casarse. Un estudio realizado por Hewlett (2002) mostró que entre un tercio y la mitad de mujeres exitosas en EEUU no tienen hijos, porque así lo han decidido. Por el contrario, el 79% de los hombres deseaba tener hijos y, de hecho, 75% de ellos los tenían.

Estamos viviendo un período en que coexisten distintos modelos de familia y en que los roles de hombres y mujeres no están claros, lo que produce estrés y falta de bienestar. Más aún, la investigación acerca del trabajo y familia en los últimos 30 años se ha visto incrementada por la creciente proporción de empleados que forman parejas con doble ingreso o de familias uniparentales. En este nuevo entorno, los roles tradicionales —que identifican a los hombres como proveedores y a las mujeres con el cuidado de los niños y de la casa— están cambiando.

Distintos estudios reflejan que la vida de ejecutivos hombres y mujeres son diferentes: el 74% de las mujeres encuestadas tiene un esposo/pareja que está empleado tiempo completo, mientras que el 75% de los hombres tiene una esposa/pareja que no está empleada. También se ha encontrado que existe desigualdad respecto de las horas que dedican a tareas domésticas, aún en el caso de estar ambos contratados a tiempo completo. Otros autores han mostrado que en parejas con estudios universitarios esta desigualdad produce tensiones, especialmente cuando el marido dedica poco tiempo a la casa.

Esto claramente está empezando a cambiar: ahora se espera que los hombres contribuyan al manejo de la casa y que las mujeres aporten al ingreso familiar. Rexroat & Shehan (1987) señalan que la edad puede influir en este equilibrio, ya que las parejas más jóvenes comparten en forma más equitativa las tareas de la casa. Sin embargo, Hewlett (2002) considera que los maridos aún no adoptan en forma significativa las responsabilidades domésticas.

Otra variable es la cultura. Al respecto, se ha visto una diferencia entre los hispanos que viven en EEUU: en este caso se observa que las mujeres hispanas trabajan menos remuneradamente que las mujeres blancas o negras. Por otro lado, los hombres hispanos tienden a considerar, más que otros grupos, que los hombres deben ser los proveedores. Ni hombres ni mujeres hispanos consideran injusta la división del trabajo en la casa.

Un estudio en ejecutivas mujeres en Chile (Abarca & Majluf, 2003) muestra que el desarrollo de las mujeres se orienta principalmente a los roles tradicionales de la familia (63% de hombres y 72% de mujeres están de acuerdo con la afirmación «la socialización de las mujeres las prepara esencialmente para la vida familiar»). También los datos demográficos reflejan los desafíos que enfrentan las mujeres en Chile:

- 58% de las mujeres ejecutivas están casadas versus el 90% de los hombres ejecutivos. El resto está soltera o divorciada.
- El promedio de niños está entre 2 a 3 para las mujeres ejecutivas, y entre 3 y 4 para los hombres ejecutivos.

En la Encuesta Bicentenario se observa que el balance trabajo/familia presenta un desequilibrio especialmente para las mujeres y con diferencias según el nivel socioeconómico. Solamente un 38% considera que «una madre que trabaja establece una relación igual de cercana con sus hijos que una madre que no trabaja»; el 62% está de acuerdo con que «la familia se descuida si la mujer tienen un trabajo de tiempo completo» y aún un 49% concuerda en que «es mejor para la familia si el hombre trabaja y la mujer se queda en la casa».

El sesgo socioeconómico es extremadamente fuerte. En el nivel socioeconómico bajo, el 74% admite que es preferible que la mujer se quede en la casa, mientras que sólo el 21% del nivel alto contesta así. Las dificultades del trabajo femenino de tiempo completo son mencionadas por el 71% del nivel bajo y el 41% del alto. Las actitudes del grupo socioeconómico alto no difieren solamente del bajo, sino también de los niveles medios: las preferencias del C2 porque la mujer se quede en la casa (43%) son dos veces más altas que la que expresa el ABC1 (21%). También la brecha respecto de las dificultades del trabajo de tiempo completo es muy amplia (58% versus 41%).

El balance trabajo/familia es evaluado menos negativamente por las mujeres que trabajan: sólo el 35% de este grupo considera que la mujer debe quedarse en casa, a diferencia del 50% de las mujeres que no trabajan y el

54% de los hombres. En este sentido, los hombres tienden a evaluar el asunto de manera similar a las mujeres que no trabajan.

También es rescatable que un 58% de las mujeres que trabaja considere perjudicial el trabajo de tiempo completo (cifra ligeramente inferior a la que se obtiene en mujeres que no trabajan y hombres). Asimismo, la mitad de las mujeres que trabaja declara que no trabajaría remuneradamente si su pareja ganara lo suficiente. Las diferencias por edad son sólo significativas en la afirmación de la separación de roles: la proporción de jóvenes que considera que es mejor que la mujer se quede en la casa es bastante menor que la que existe entre adultos, aunque todavía un 33% de los jóvenes concuerda en esto. También las dificultades del trabajo de tiempo completo en la mujer son menos mencionadas por los menores de 25 años, pero desde esa edad en adelante la gradiente de edad desaparece.

Discusión

La tradicional y clara división de roles, con hombres proveedores y madres en sus casas, generaba pocos conflictos. Hoy este modelo coexiste con otros nuevos en que los roles están menos definidos y en que hay un evidente cambio de expectativas.

En Chile, un 37% de las mujeres realiza un trabajo remunerado, porcentaje por debajo de América Latina. En sí mismo este dato sorprende, ya que nuestros indicadores económicos y educacionales harían esperar cifras mayores. Es necesario, entonces, definir qué variables pueden explicar esta anomalía. Como posibles surgen los factores culturales ya que, independientemente de lo que consideremos ventajoso para el desarrollo, son nuestros prejuicios o ideas preconcebidas los que priman al tomar decisiones.

En lo que atañe a los roles de cada sexo, nos enfrentamos a temas muy sensibles en los que cada uno tiene una idea personal de lo que «se debe ser y hacer». Estos supuestos condicionan nuestras decisiones y nos comprometen emocionalmente, lo que explica que las transformaciones culturales esperables sean muy lentas, como lo demuestran los datos de la Encuesta Bicentenario. De éstos, destaca el hecho, aparentemente contradictorio, de que los entrevistados enfatizan el rol de la mujer en la casa y a la par consideren ventajoso para los hijos que la mujer trabaje. O sea, mientras nuestra razón destaca los beneficios del trabajo femenino, nuestras

creencias más arraigadas nos hacen preferir a la mujer al cuidado de la casa. Esta preferencia es más marcada en hombres, en personas mayores, y en los niveles socio-económicos bajos. Claramente esta visión contradictoria entre lo que debería ser y lo que es necesario agudiza el conflicto, en especial en aquellas mujeres que más necesitan aportar al ingreso familiar. Son precisamente ellas las que sufren la disociación entre familia y trabajo, ya que gozan de menor apoyo familiar y reciben menos gratificaciones por su trabajo.

Si bien los conflictos trabajo-familia nos afectan a todos, éstos se expresan en forma diferente en hombres y en mujeres. En efecto, diversos estudios revelan que en los hombres las dificultades laborales afectan su vida familiar, mientras que en las mujeres los problemas familiares les provocan conflictos en el trabajo. Es precisamente en el ámbito familiar donde, según la encuesta, se generarían las mayores disonancias en la percepción de los roles masculino y femenino.

El dilema familia-trabajo produce tensiones difíciles de superar con impactos negativos en la salud, en la satisfacción laboral y en el desempeño de las personas. Además, afecta negativamente la vida familiar. Aparentemente, la tasa de separaciones y divorcios asociados a este conflicto es cada vez mayor. Así, cuando las mujeres quieren hacer carrera, la vida familiar empieza a deteriorarse.

En una reflexión final, es pertinente hacer notar que en la búsqueda de soluciones al dilema familia-trabajo es necesario ayudar a resolver esta disonancia cognitiva que sufren tanto hombres como mujeres. Esto implica, por un lado, educar en los nuevos roles que nos toca ejercer y, por otro, generar condiciones laborales que favorezcan a la familia.

Referencias

- **Abarca, N. & Majluf, N.** (2003). «Women in Management: A Study of Chilean Executives». *Abante*, 6 (1), 55-81.
- **Bailyn, L.** (2002). «The Myth of Having It All». *Harvard Business Review*, 80 (6): 146-147, June. Comment about article «Executive women and the Myth of Having It All», published by Silvia Ann Hewlett, in *Harvard Business Review*, April 2002: 66-73.
- **Bedeian, A.G. Burke, B.G., & Moffett, R.G.** (1988). «Outcomes of work-family conflict among married male and female professionals». *Journal of Management*, 14, 475-491.
- **Frone, M.R., Russell, M. & Cooper, M.L.** (1992). «Prevalence of work-family conflict: Are work and family boundaries asymmetrically permeable?» *Journal of Organizational Behavior*, 13, 723-729.
- **Frone, M.R., Yardley, J.K., & Market, K.S.** (1997). «Developing and testing an integrative modelo of the work-family interface». *Journal of Vocational Behavior*, 50, 145-167.
- **Gutek, B., Stromberg, A., & Larwood, L.** (1988). *Women and work*. Newbury Park, NY: Sage
- **Gutek, B., Searle, S., & Klepa, L.** (1991). «Rational versus gender role explanations for work-family conflict». *Journal of Applied Psychology*, 76, 560-568.
- **Hall, D.T., & Richter, J.** (1988). «Balancing work life and family life: What can organizations do to help?» *Academy of Management Executive*, 2, 213-223.
- **Handy, C.** (1978). «The family: Help or hindrance?» In Coopere, C.L. & Payne, R. *Stress at work* (pp. 107-123) Chichester: John Wiley and sons.
- **Hewlett, S.A.** (2002). «Executive Women and the Myth of Having it All», *Harvard Business Review*, April, pp. 66-73.
- **John, D., Shelton, C., & Luschen, K.** (1995). «Race, ethnicity, gender, and perceptions of fairness». *Journal of Family Issues*, 16, 357-379.
- **Kahn, R.L., Wolfe, D.M., Quinn, R.P., Snoek, J.D., & Rosenthal, R.A.** (1964). *Organizational stress: Studies in role conflict and ambiguity*. New Cork, Wiley.
- **Kanter, R.** (1977). *Work and family in the United States: A critical review and agenda for research and policy*, New York, Sage.
- **Larwood, L., & Gattiker, U.** (1987). «A comparison of the career paths used by successful women and men». In B.Gutek, & L.Larwood (Eds.), *Women's career development*. Newbury Park, NY: Sage.
- **Olson, J., Frieze, I., & Detlefsen, E.** (1990). «Having it all? Combining work and family in a male and a female profession». *Sex Roles*, 23, 515-533.

- **Peters, P., & Den Dulk, L.** (2003). «Cross-cultural differences in managers support for home-based telework: A theoretical elaboration». *International Journal of Cross-Cultural Management*, 3, 329-346.
- **Pleck, J.H.** (1977). «The work-family role system». *Social Problems*, 24, 417-427.
- **Rapoport, R., & Rapoport, R.N.** (1969). «The dual-career family: A variant pattern and social change», *Human Relations*, 22, 3-30.
- **Renshaw** (1976). «An exploration of the dynamics of the overlapping worlds of work and family», *Family Process*, 15, 143-157.
- **Rexroat, C., & Shehan, C.** (1987). «The family life cycle and 'spouses' time in housework». *Journal of Marriage and the Family*, 49, 737-750.
- **Stohs, J.** (1992). «Career patterns and family status of women and men artists». Special Section: Work and family concerns. *Careers Development Quarterly*, 40, 223-233.
- **Stohs, J. H.** (1995). «Predictors of conflict over the household division of labor among women employed full-time». *Sex Roles*, 32, 257-275.
- **Stohs, J.H.** (2000). «Multicultural women's experience of household labor, conflicts and equity». *Sex roles*, 42, 339-361.
- **Wiley, D.L.** (1987). «The relationship between work/nonwork role conflict and job-related outcomes: Some unanticipated findings». *Journal of Management*, 13, 467-472.

Comentarios

PAULA ESCOBAR

Editora de Revistas y Suplementos de *El Mercurio*

El tema de la conciliación entre familia y trabajo me interesa no sólo como persona, mamá y profesional, sino también como periodista y editora a cargo de un grupo importante de personas. De ahí que mis comentarios estén influenciados por el plan piloto de conciliación entre mujer y trabajo que implementamos el año pasado –con la ayuda de Nureya Abarca– en el área de Revistas de *El Mercurio* que dirijo.

Mi primera reacción frente a la Encuesta Bicentenario fue considerar que nos sacamos una muy mala evaluación como país en este tema. Los datos muestran que en Chile, aparte de tener una baja inserción laboral femenina, el trabajo de la mujer no es valorado, sino que, por el contrario, es visto como conflictivo. Y al respecto hay cifras gruesas, como que sólo un 38% considere que una madre que trabaja establece una relación igual de cercana con sus hijos que una que no trabaja. Datos que horrorizan, pero que no son más que el reflejo de cómo todavía no nos hemos involucrado como sociedad en el tema de la conciliación entre trabajo y familia.

Así, la Encuesta Bicentenario nos deja a todos un trabajo muy grande, pero en particular a las personas que están en cargos de responsabilidad. Lo más obvio es pensar en el gobierno y en las políticas públicas, pero todos sabemos que la realidad se cambia en el día a día y que por más que la Presidenta Bachelet tenga una impresionante agenda legislativa al respecto, si ésta no se complementa con otras medidas vamos a seguir como estamos.

¿Por qué ha pasado esto? En primer lugar, porque en la primera etapa de inserción laboral de la mujer lo que importaba era llegar a los espacios de poder. Por eso eran tan relevantes los hitos de las primeras muje-

res que lograron ciertos cargos y, por supuesto, el gran hito de tener a la primera Presidenta de la República, pues rompe con un historial en el que las mujeres no han estado presentes protagónicamente en la alta toma de decisiones.

El problema es que la generación siguiente, a la que yo pertenezco, no ha hecho el paso posterior de decir: «Ya que hemos llegado a lugares de poder, necesitamos ahora tratar de cambiar las reglas». Es decir, no contentarse sólo con haber llegado a esos lugares, sino tratar de cambiar un modelo de trabajo profundamente masculino y que en el fondo disocia entre vida privada y vida laboral. Este es un modelo que se puede ver hoy, cuando no se considera equivocado que los hombres salgan antes de las 8 de la mañana a trabajar y vuelvan después de las 9 de la noche, cuando sus hijos están dormidos. Un modelo que si bien no es el más sano, se fue heredando a las mujeres.

De esta manera, las mujeres estamos siempre pensando en que el trabajo es un mundo amenazante, en el cual nuestra condición de madre nos juega en contra. Pero lo peor es que una vez que estamos en los lugares de poder se nos olvida que hay gente debajo que depende de nuestras decisiones. O sea, que si decidimos ser trabajólicas, quienes vienen abajo también van a tener que serlo, porque es el sistema validado de trabajo.

Después, me parece que existe a menudo una preocupante falta de solidaridad entre las pares. Ocurre que a veces las personas que más se fijan en si una mujer se fue de la oficina más temprano a ver a su hijo son las otras mujeres, seguramente porque tiene su propia mochila encima. Del mismo modo, muchas veces las mayores críticas a una mujer que trabaja vienen de otras mujeres, que la critican por los costos personales de ese trabajo.

Luego pasa que cuando existe una jefa que sigue el modelo de 'superwoman'-trabajólica termina por presionar a otras mujeres a seguir ese estilo de trabajo hasta altas horas. Ahí hay también una falta de solidaridad hacia esas mujeres que dependen de nosotros en nues-

tro trabajo o que están en nuestra casa cuidándonos a nuestros hijos, porque no hemos internalizado el costo de nuestra propia conciliación.

Frente a esto, ¿qué hicimos? Como todos los años entregamos un premio a través de la Revista Ya de *El Mercurio* a las mejores empresas para madres y padres que trabajan, nos dimos cuenta de que la gran fuerza del premio hacía importante que nuestra empresa tomara algunas de esas prácticas, aquéllas que, por cierto, se ajustaran al tipo de trabajo que realizamos.

Tras discutir el asunto con la Gerencia de Personas, la Dirección y la Gerencia General del diario, llegamos a la idea de realizar un plan piloto de conciliación familia y trabajo en el área de revistas, que comprende a 70 personas, y también en el área comercial de *La Segunda*, que son otras 20 personas. Nureya Abarca ayudó mucho en la orientación inicial. Luego se hicieron *focus group*, se conversó con las personas que podrían tomar el plan para contrastar sus experiencias y se estableció un paquete de medidas. La primera disposición fue la del postnatal diferido, es decir, que en el primer mes se vuelve por media jornada; en el segundo, por tres cuartos de jornada hasta que la madre se reincorpora totalmente. Todo esto pagado por la empresa.

La segunda medida fue implementar el 'teletrabajo' para aquellas etapas de la labor periodística que se pueden

hacer individualmente, como escribir un artículo, con el requisito de ser consultado previamente con su jefe, y de estar disponible para consultas. Luego se creó la tarde de responsabilidad parental, una vez al mes, no acumulable y de libre disposición para que las madres con hijos menores de 12 años pudieran llevar los niños al dentista o lo que estimaran conveniente, sin dar ninguna explicación. Por último, algo que podría parecer menor al lado de estas medidas, pero que es muy importante y simbólico: que la madre tuviera la tarde libre del día en que nació su hijo.

Tras un año de experiencia el balance es extremadamente positivo. Todas las medidas resultaron sin que bajara la productividad. No sólo no hubo un costo adicional mayor, sino que logramos gente más contenta y comprometida. Pero lo mejor es darse cuenta de que es posible acercarse a ese equilibrio –siempre precario– entre familia y trabajo.

A modo de conclusión, creo que más que deprimirse por estas cifras de la encuesta, hay que tomarlas como un punto de partida, como una responsabilidad para cada persona que tiene a alguien a su cargo de ponerse en el lugar del otro. Y de creer que vale la pena dar pasos en ese sentido, pues la conciliación entre la familia y el trabajo, lo privado y lo público, es el gran desafío que se impone hoy para mujeres y hombres.

CAROLINA DELL'ORO

Filósofa, académica de la Universidad de los Andes

Al leer los resultados de esta encuesta vemos que somos protagonistas de uno de los momentos de mayor cambio de la humanidad. Hemos vivido de primera mano los grandes avances tecnológicos y vemos aparecer innumerables transformaciones que están modificando nuestros modos, no sólo de pensar, sino de vivir y actuar.

Hoy, un alto porcentaje de las mujeres que trabaja no opta por trabajar, sino que está obligada a hacerlo para darles de comer a sus hijos, ya que alrededor del 50% de ellas son familias monoparentales. De ahí que me parece que el tema clave hoy día es más bien la subsistencia y la posibilidad de educar a sus hijos, y es en este desafío donde tenemos que acompañarlas y darles las posibilidades para lograr su objetivo.

Hay quienes dicen que este cambio es similar en magnitud al que se produjo en la Revolución Industrial, cuando el hombre salió del núcleo familiar para insertarse en el mundo de la industria. El punto es hoy la inserción masiva de la mujer en el trabajo.

Cuando el hombre y la mujer salen a trabajar, ¿quién se hace cargo de los hijos? ¿Las instituciones públicas? ¿O es necesario volver a mirar el tema de la familia? ¿No será esta crisis, en el buen sentido, una gran oportunidad de volver a revisar el tema familiar con las nuevas necesidades que nos presenta este escenario social? Me parece que éste no es sólo un tema de roles, sino de cambiar las estructuras personales, familiares y sociales que permitan una reintegración del hombre y la mujer al interior del hogar, conciliando su mundo laboral y familiar. Todo bajo una mirada que ponga a la persona en el centro de las preocupaciones.

Durante mucho tiempo, influenciados por una mentalidad disociadora, hemos hablado del aspecto empresarial, del aspecto familiar, del aspecto personal como propiedades independientes, olvidándonos que éstas residen en un único sujeto. Por ello, no es de extrañar que los estudios muestren que, al disociar la vida familiar de la vida laboral, se genera una pérdida de creatividad y de aporte a las empresas y las familias. No se trata más que de un proceso evidente, pues el ser humano es uno y toda división genera pérdida de aporte personal.

En este sentido, es esperanzador ver que los avances científicos nos muestran al hombre como un sistema cuyas dimensiones no se entienden sino relacionadas entre sí. ¿Quién no habla hoy de la mirada sistémica? Entonces, apliquemos los sistemas a la familia, a la vida laboral. Creo que ése es el ideal.

Hoy vivimos en la llamada 'sociedad del conocimiento'. Alejandro Llano, un gran pensador de este tema, dice que: «La sociedad del conocimiento consiste, sobre todo, en darnos cuenta de que la energía de los talentos humanos es incomparablemente superior a la fuerza de la materia y sus posibles transformaciones. En nuestra sociedad tenemos un caudal impresionante de potencialidades por estrenar, que no son otra cosa que las respectivas inteligencias y libertades de las mujeres y hombres que la integran».

Eso es lo que nos distingue hoy día, es lo específico de nuestra cultura: la fuerza de la materia y del esfuerzo físico están siendo reemplazadas por la máquina. Como nunca, los valores en juego son las condiciones propiamente humanas: la creatividad, la empatía, la asertividad. Pero mi pregunta es ¿dónde se cultivan? ¿Dónde se aprende a trabajar en equipo? ¿Dónde se aprende a desarrollar la creatividad?

Quiero acompañar esto con una cita de Lotte Bailyn que dice: «Las empresas se ven afectadas cuando pierden la contribución de mujeres con alto potencial que dejan sus carreras para dedicarse a sus familias. Y, por otro lado, la sociedad se ve afectada cuando la crianza de los hijos pasa a segundo lugar, lo que pone en riesgo el bienestar de los trabajadores, pero más aún, el de los ciudadanos futuros». De ahí se desprende que la familia y el trabajo son las dos redes más significativas de un ser humano y que siempre han de ir unidas.

Es en la familia donde acontece la procreación de los seres humanos y donde el hombre se desarrolla y llega a ser lo que es. La familia no es una institución más, es un modo de ser persona. Todo ser humano desde que se gesta requiere ser acogido por otro de modo incondicional. Cuando nacemos, los seres humanos somos como esa escultura de Miguel Ángel, ese trozo de mármol que si no se encuentra con Miguel Ángel, no aflora la Pietà. Esta es la vida humana, la que requiere del encuentro incondicional con otro para poder desarrollar su identidad.

De ahí me pregunto: ¿Qué pretende una sociedad en la que el mundo laboral está impidiendo el desarrollo del mundo familiar? Los mayores 'discriminados' con esta situación no son ni las mujeres, ni los hombres. Son los hijos. Y ese es el tema del que tenemos que hacernos cargo.

Por otra parte, el trabajo no es sólo el medio de subsistencia, sino donde se aporta lo que se es como persona. La gran motivación humana no está en las motivaciones externas, ni en las psicológicas, está en saber que mi trabajo va a ser un aporte para los demás. Es por ello que me parece peligrosa la escisión que obliga hoy la sociedad de tener que optar entre el trabajo o la familia.

Quisiera argumentar este tema con un hecho: el 84% de los chilenos que en la Encuesta Bicentenario considera que la familia es fundamental y el 72% de los jóvenes que aspira a tener un matrimonio para siempre. Son datos impresionantes, a pesar de que se habla tanto de la familia en crisis. No queda más que preguntarse si éste es un problema de tradición o de naturaleza. Si a pesar de todo la familia sigue siendo un valor principal, ¿no habrá una necesidad entitativa en los seres humanos de una familia, que es el hecho de tener un ámbito de incondicionalidad, que no se da en ningún otro lugar?

Aquí está la esencia del tema: si nos preocupamos de que la mujer y el hombre se auto realicen en el mundo laboral, ¿no será lo lógico que la sociedad se preocupe de que se desarrollen en el único lugar donde se desenvuelven sin condicionamiento, es decir, en la familia? Si no es así, vamos a tener personas desarrolladas profesionalmente, pero frustradas en su condición de donación incondicional y que no adquieren las habilidades básicas que el mundo laboral les exige: creatividad, encuentro consigo mismo, originalidad.

¿Significa, todo esto, que las mujeres tienen que volver a la casa? No, significa que se deben buscar fórmulas de flexibilidad. En el ámbito empresarial, está la responsabilidad de proponer medidas distintas según las diferencias de los seres humanos. Conseguir, por ejemplo, la flexibilidad de que una mujer pueda retirarse del mundo laboral y después volver, algo que hoy en Chile es visto casi como una herejía.

Pero lo más importante es ayudar a que cada persona sea protagonista de su historia. También es necesario resolver un tema mayor que apunta a que hoy las familias tienen cada vez menos proyectos. Y así como nadie puede concebir una empresa sin misión y líneas estratégicas, la empresa fundamental de la existencia no puede no tener ningún proyecto clave. Es ahí donde hay que trabajar. Porque si sólo el 11% de los chilenos confía en otro, como nos muestra esta Encuesta Bicentenario, quiere decir que el lugar donde se aprende la confianza y la cooperación —la familia— está verdaderamente en crisis.

Estratos Socioeconómicos: Percepciones y Opiniones

IGNACIO IRARRÁZAVAL

Director de Asuntos Públicos UC

Introducción

La estratificación social es un ámbito de investigación de mucha relevancia dentro de las Ciencias Sociales. Siguiendo a un conocido autor (Goldthorpe, 1967), en el análisis de la estratificación social importan tres aspectos. En primer lugar, la *diferenciación*, es decir, qué elementos distinguen a cada segmento y qué factores inciden en un proceso de homogenización. En segundo término, la *consistencia*, esto es, en qué medida los atributos de un estrato son coherentes con la mayoría de sus otros atributos. Finalmente, la *movilidad* entre estratos. Al respecto, la teoría señala que a partir de un cierto nivel de desarrollo las sociedades deberían tener mayores niveles de movilidad.

El presente estudio utiliza como fuente la Encuesta Bicentenario UC-Adimark. Los estratos socioeconómicos aquí expuestos como alto, medio y bajo han agrupado los cinco niveles ABC1, C2, C3, D y E que usualmente se utilizan para estudios de mercado, de opinión u otros. Esta categorización se desarrolla a partir de un modelo de Nivel Socio Económico (NSE) desarrollado por Adimark-GfK, que combina dos variables: el nivel de educación de quien aporta el principal ingreso y la tenencia de un conjunto de bienes¹⁵. Adicionalmente, considera las observaciones del encuestador en relación a la apreciación de la vivienda y su entorno, su estado de conservación, y el equipamiento. Por lo tanto, el concepto de estrato socioeconómico de este documento se refiere al que se utilizó en la Encuesta Bicentenario, el cual tiene un alcance más acotado que el de otros estudios.

De acuerdo a la encuesta, los estratos se distribuyen de manera similar a lo que ocurre a nivel poblacional. El estrato alto representa el 9% de los encuestados y corresponde a los individuos y/o hogares categorizados socioeconómicamente como ABC1. El estrato medio constituye el 46% y corresponde a los individuos y/o hogares C2 y C3. Por último, el estrato bajo, suma un 45% y corresponde a las categorías D y E.

¿Quiénes componen los estratos socioeconómicos?

Composición familiar

Se observa una tendencia más tradicional en el estrato alto, donde existe un mayor número de casados y de solteros que viven sin pareja. En los estratos medios y bajos, en cambio, una mayor proporción convive con su pareja, alcanzando un 9% y un 12% respectivamente. De igual manera, en los estratos bajo y medio se observa un mayor porcentaje de separados o divorciados que en el estrato alto.

Por otro lado, los segmentos medio y bajo se casan más tempranamente: cerca de un 75% se casó antes de los 25 años. En el estrato alto, esta proporción disminuye a un 67%, lo cual indica un mayor aplazamiento de la vida conyugal. En cuanto al tamaño de las familias, en el estrato bajo existe un mayor promedio de hijos, 2,22 versus 1,97 en el estrato medio y 1,55 en el alto. Además, en el estrato alto existe una permanencia en el hogar hasta más avanzada edad, ya que predominan quienes dejaron el hogar entre los 19 y los 25 años. A diferencia, en los estratos medio y bajo existe una más temprana independencia de los padres, pues en el nivel-bajo más de un cuarto de ellos dejaron el hogar paterno a los 18 años o antes y en el estrato medio cerca de un quinto abandonó el hogar a la misma edad.

15 Conjunto de 10 bienes: Ducha, TV color, refrigerador, lavadora, calefont o sistema de agua caliente, microondas, automóvil, TV cable o satelital, computador, Internet.

En términos de diferenciación entre estratos, se constata la presencia de una familia de estructura más tradicional en el estrato alto, con un matrimonio a más temprana edad en estratos medios y bajos que se relacionan con una más anticipada independencia de los padres en estos mismos estratos, y con una familia más extensa en los estratos bajos.

Educación

En este punto se observan importantes diferencias que han permanecido como barreras socioeconómicas, considerando que la educación ha sido concebida por años como el principal mecanismo de movilidad social.

Las diferencias educacionales entre los estratos medio y alto son principalmente en estudios post secundarios, pues es en el estrato alto donde se alcanzan mayores estudios de nivel superior, técnico o universitario o de postgrado (70%). A diferencia, el estrato medio sólo logra estudios superiores en un 43%. Estas diferencias son más pronunciadas con respecto al estrato bajo, pues si bien un alto porcentaje ha alcanzado la enseñanza media, prácticamente nadie llega a la educación superior. Otro aspecto es el manejo de idiomas: mientras en el estrato alto un 50% domina un idioma distinto al castellano, en el estrato bajo esta cifra es 5%.

En cuanto a la educación de los padres, se observa una relación con el nivel que alcanzan los hijos. Pese a que se percibe un mejoramiento intergeneracional, el nivel educacional de los padres marca a la nueva generación. Estudios han demostrado que el capital educacional de una generación –entendido como los años de educación de un individuo más el nivel educacional de su hogar– sigue estando determinado por el ingreso familiar y el nivel educacional de sus padres. Aún cuando se eleve la cobertura educacional, las desigualdades se mantendrán, en fuerte medida, por el capital educativo del hogar¹⁶.

Ocupación

El empleo es uno de los recursos para acceder al ingreso y al bienestar material y es considerado uno de los principales vehículos de movilidad socioeconómica. La Encuesta Bicentenario muestra que si bien en los tres estratos la actividad principal es el trabajo, las ocupaciones varían de acuerdo al nivel socioeconómico.

En el estrato alto, las principales ocupaciones se centran en trabajos de tipo ejecutivo medio o empleado medio (administrativo, vendedor o secretaria) y, en menor proporción, alto ejecutivo. En el sector medio predominan empleados medios, aunque también hay una proporción relevante de obreros calificados. Y en el nivel bajo, dominan tanto obreros calificados y no calificados, como oficios menores. En cuanto a la estabilidad de los empleos, se observa mayor permanencia en el estrato alto y medio, donde la mayoría tiene su empleo hace más de 5 años. Esta situación se revierte en el estrato bajo, donde similar proporción tiene su empleo hace menos de 3 años (56%).

Por otro lado, en los grupos medios y bajos, alrededor de un quinto se dedica a las labores del hogar, mientras que el estrato alto alcanza a un 13%. Si se diferencia por sexo, se ven proporciones mayores de dueñas de casa en los estratos medios y bajos (cerca del 35%) en comparación al estrato alto (26%). Investigaciones han demostrado que la incorporación de la mujer al mundo laboral ha sido mucho más fuerte en los sectores altos. Un estudio previo de Irarrázaval (1997) mostró que la probabilidad de que una mujer del estrato alto trabajara era 2,5 veces mayor a la de una mujer del nivel bajo. Asimismo, la mayor proporción de mujeres que estudian en el grupo alto y el retraso de su vida matrimonial y maternal, marcan la diferencia con los estratos medios y bajos.

Ingresos

En el estrato alto predominan quienes cuentan con ingresos superiores a 1,5 millones de pesos mensuales. En el estrato medio, los ingresos alcanzan entre 250 y 800 mil pesos mensuales, mientras en el estrato bajo son entre 150 y 250 mil pesos.

Como información complementaria, es interesante considerar el estudio de Contreras et al. (2004). Este trabajo analiza la movilidad económica a partir de la Encuesta Panel 1996-2001 de MIDEPLAN, y concluye que Chile tiene un alto nivel de movilidad económica entre los primeros nueve deciles de ingresos, lo que se refleja en que un 54% de los pobres en el año 1996, ya no lo eran para el año 2001. Sin embargo, el estudio también constató un alto nivel de inmovilidad en el decil 10, lo cual demuestra la amplia brecha de ingresos que existe entre el sector más rico y el resto del país.

Otra aproximación son ciertos bienes que reflejan el bienestar material que el hogar puede mantener. El estrato

16 «La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX». Arturo León y Javier Martínez. Serie Políticas Sociales, 52. CEPAL. Agosto, 2001.

alto es el que posee casi la totalidad de los bienes (9,5), a diferencia de los estratos medios (7,7) y bajos (5,3)¹⁷. Hay ciertos bienes que son transversales, como ducha, televisor a color, refrigerador y lavadora, los cuales podrían considerarse el piso de cualquier hogar chileno. Las diferencias empiezan a notarse en la posesión de ciertos bienes, como calefont o sistema de agua caliente; en bienes más lujosos como el automóvil; o en servicios avanzados, como la televisión por cable o Internet.

Por otra parte, es interesante que las diferencias en la posesión de bienes sean mayores entre los estratos medios y bajos, que entre el estrato medio y el alto, lo cual indica que los estratos medios se acercan más a los estilos de vida de los sectores altos, quedando los sectores más pobres en una situación más relegada.

Siguiendo las categorías de Goldthorpe, se puede plantear que en términos de diferenciación se aprecian magnitudes distintas en los parámetros socioeconómicos analizados, como estructura familiar, educación, empleo y equipamiento. En relación a la consistencia, se comprueba una coherencia entre lo que muestra la encuesta y lo que la literatura sobre estratificación socioeconómica presenta. Respecto a la movilidad, los

¹⁷ Comparando estos datos con estudios previos similares, se puede constatar que el estrato bajo tiene incrementos muy significativos en el acceso a bienes relevantes como automóvil y calefón desde el año 1992 a la fecha. (Véase: Irarrázaval, 1997).

antecedentes reflejan un mejoramiento parejo de condiciones socioeconómicas, pero no necesariamente un acortamiento de brechas.

3. ¿Qué piensan los estratos socioeconómicos?

Valores en los estratos socioeconómicos ¿Liberales o conservadores?

Se tiende a pensar que los segmentos medios y bajos son más liberales y que los estratos altos adhieren a posturas más conservadoras. Sin embargo, la Encuesta Bicentenario demuestra algo diferente. Por un lado, el estrato bajo se manifiesta más conservador en temas como la familia y el matrimonio, pues valoran mayormente el matrimonio (80%). Asimismo, el estrato medio, considerado más liberal por esencia, se muestra casi tan conservador como el bajo.

Al contrastar estos datos con la composición familiar de los estratos, nos damos cuenta de que precisamente los pertenecientes al estrato bajo y medio son quienes presentan mayores niveles de matrimonios separados o divorciados, o mayor proporción de parejas que conviven, lo que nos llevaría a pensar que estos segmentos son más liberales en términos de familia y matrimonio. Sin embargo, a nivel de las percepciones, demuestran ser más tradicionales en sus aspiraciones familiares. Es posible que estas percepciones estén mediadas en gran

Aspectos socioeconómicos destacados de cada estrato

Item	Estrato alto	Estrato medio	Estrato bajo
Composición familiar	<ul style="list-style-type: none"> Alta proporción de casados Promedio de hijos: 1,6 Permanecen más tiempo en el hogar paterno 	<ul style="list-style-type: none"> Mayor proporción de separados y convivientes Promedio de hijos: 2 Temprana independencia de los padres 	<ul style="list-style-type: none"> Mayor porcentaje de separados y convivientes Promedio de hijos: 2,2 Temprana independencia de los padres
Educación	<ul style="list-style-type: none"> La mayoría alcanza estudios superiores 	<ul style="list-style-type: none"> La mayoría alcanza educación media completa o universitaria incompleta 	<ul style="list-style-type: none"> Muchos no terminan su educación escolar
Ocupación	<ul style="list-style-type: none"> Alta proporción de mujeres que trabajan 	<ul style="list-style-type: none"> Mayor proporción de dueñas de casa 	<ul style="list-style-type: none"> Mayor proporción de dueñas de casa e inactivos
Bienes	<ul style="list-style-type: none"> Promedio 9,5 	<ul style="list-style-type: none"> Promedio 7,7 	<ul style="list-style-type: none"> Promedio 5,3

parte por las experiencias de estos individuos, quienes habiendo comprobado las dificultades de tener una familia monoparental o problemas en sus matrimonios, emiten opiniones que al parecer son más conservadoras. Asimismo, la mayor valoración de la familia y el matrimonio en estos estratos tiene que ver también con la mayor centralidad que se les adjudica como principal proyecto de vida, concentrándose los esfuerzos por sacar adelante colectivamente esta empresa.

Por el contrario, el estrato alto cuenta con más recursos para desarrollar proyectos en forma paralela, pues además de la familia se privilegia el desarrollo profesional, las inversiones u otras experiencias de desarrollo personal, viajes, entre otras. De esta manera, el nivel alto se mostraría más liberal en temas como el matrimonio y el hogar, pues al parecer privilegian las opciones personales en distintas situaciones relacionadas con el matrimonio, la pareja o los hijos.

En cuanto al aborto, el estrato bajo presenta una actitud más conservadora. En dicho grupo una mayoría cree que una mujer no debería hacerse un aborto bajo ninguna circunstancia (63%). Por su parte, el nivel alto lo justifica en un 60% en algunas circunstancias, especialmente cuando la madre está en riesgo o cuando la mujer quedó embarazada tras una violación. El estrato medio, en tanto, toma una postura más cercana al nivel alto, mostrándose menos conservador.

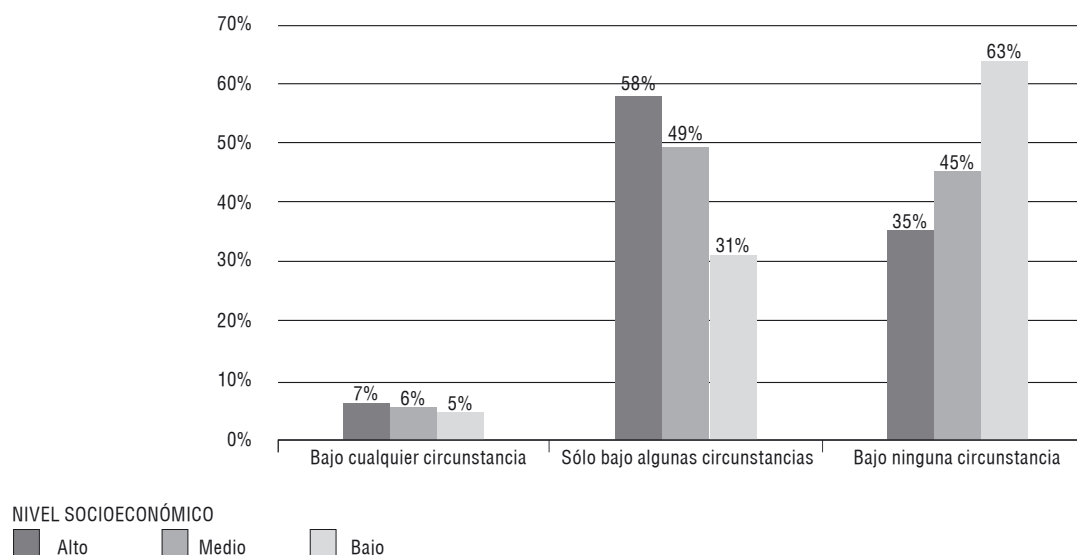
En relación al rol de la mujer existe una tensión entre las exigencias domésticas y el mundo laboral. La encuesta demuestra que el estrato bajo valora mayormente el papel de la mujer en el hogar. De hecho, más del 62% considera que la familia se descuida si la mujer trabaja y casi un 50% está de acuerdo con que es mejor que se quede en casa. Por su parte, el grupo medio se mantiene más cercano al estrato bajo en su valoración de la permanencia de la mujer en el hogar. En el nivel alto, en tanto, se aprecia el papel de la mujer en el trabajo, pues manifiestan menores incompatibilidades entre ambos papeles.

¿Cuán religiosos somos los chilenos?

Estudios han mostrado que la religión ha perdido relevancia en la vida de los chilenos o, al menos, ha cambiado de significado para los individuos. El Informe del PNUD 2002 sostiene que el sentido que cumplía la religión en la vida personal y social ha adquirido un significado más privado.

Si bien la mayoría de los chilenos se declara creyente, existen diferencias en la religiosidad según nivel socioeconómico: la pertenencia a una religión aumenta a medida que se baja en el escalafón socioeconómico. La Encuesta Bicentenario nos da luces al respecto. En los estratos medio y bajo es mayor la proporción de individuos que profesa alguna religión y en el grupo alto existe una mayor porción que dice no profesar ninguna.

Gráfico 1. Aprobación del aborto



Aunque Chile se mantiene como un país católico, se ha producido una paulatina adscripción evangélica, en su variante pentecostal, entre los más pobres. Según la encuesta, un 23% del estrato bajo se identifica como evangélico, lo cual se da apenas en un 9% y 3% en el estrato medio y alto¹⁸.

La encuesta también indica que existe una mayor valoración de la vida espiritual en el estrato bajo, donde un 67% sostiene estar de acuerdo con la afirmación «para mi Dios es tanto o más importante que mi familia», y un 84% concuerda con que «la religión hace bien a la sociedad». En los estratos medios, la adscripción a la religión es algo menor, aunque se mantienen altas proporciones de acuerdo con estas afirmaciones.

Bienestar: ¿Responsabilidad estatal o individual?

De acuerdo a la encuesta, un 43% se inclina por la afirmación «cada persona debería preocuparse y responsabilizarse de su propio bienestar», mientras un 25% estima que el Estado debe proveer el bienestar a las personas. Aunque aparecen diferencias por estrato, siendo los sectores más acomodados quienes privilegian las opciones individuales, no puede desconocerse que incluso los más pobres se inclinan hacia esta postura.

Esta valoración de la responsabilidad individual se asocia a un reconocimiento de todos los sectores de la retri-

¹⁸ Diferencia significativa con un 95% de confianza.

bución conforme al mérito en el trabajo, especialmente en el estrato medio y bajo, donde un 69% opina que las personas en el mismo cargo que hacen bien su trabajo deberían ganar más. Llama la atención que el sector bajo es el que más valora el trabajo como garantía de éxito (66%) y que un 92% aspira a ser reconocido como una persona responsable.

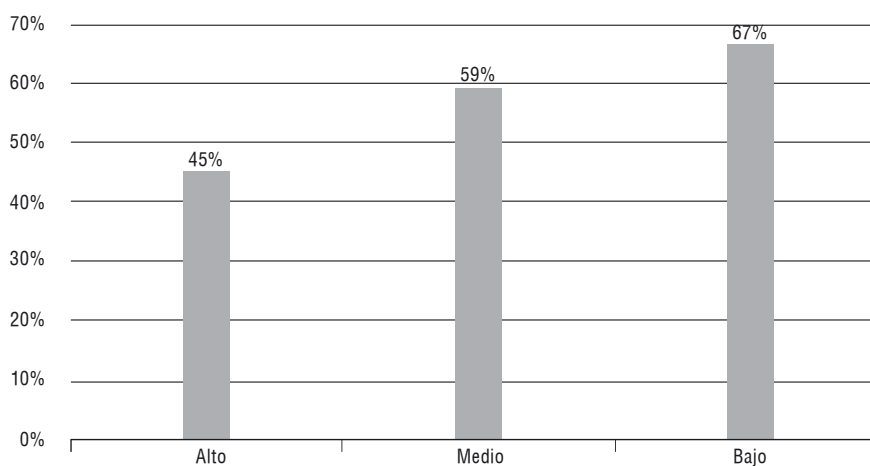
Estos datos indican que los segmentos menos favorecidos están adquiriendo valores menos tradicionales y más cercanos a los de los estratos medios. El estudio del CEP sobre desigualdad de ingresos (2000) revela que el éxito económico es fuertemente asociado al desempeño individual. El informe del PNUD 2002 también demuestra que se está viviendo un proceso de individualización que pone en relieve la capacidad de los individuos para escoger su estilo de vida. Siguiendo a Beck (2000), en las sociedades contemporáneas, el orden social, antes dominado por el Estado, las clases sociales y la familia tradicional, estaría declinando, pasando a primar una ética de la autorrealización y el éxito individual.

Sin embargo, la Encuesta Bicentenario muestra que a pesar de esta reciente incorporación de la ética de la autorrealización por parte de los más pobres, el anhelo de igualdad siguen siendo imperativo en los estratos medio y bajo, alcanzando un 68% y 71%.

De esta manera, se puede concluir que el anhelo de equidad no se contraponen con la valoración del logro

Grafico 2: Importancia de la religión

«Para mí Dios es tanto o más importante que mi familia»



individual. En este sentido, las aspiraciones responden a un modelo de igualdad de oportunidades a partir de condiciones básicas de equidad que se logran con la intervención del Estado, la sociedad civil y otros actores.

¿Pueden ser felices los más pobres?

En la encuesta se observan ciertos aires de insatisfacción en temas como la situación económica, la disponibilidad de tiempo libre o la salud. Al revisar los datos se verifica que el estrato bajo se muestra más insatisfecho que el medio y alto, sintiéndose menos contento con su vecindario, más agobiado por las deudas, y menos satisfecho con su trabajo.

Existen tesis que avalan una visión fatalista entre los más pobres, quienes adjudicarían su pobreza a la de sus padres y creerían que es casi imposible para ellos y sus hijos salir de la pobreza. De acuerdo a estas teorías, los pobres deberían ser pesimistas sobre su futuro. Sin embargo, la Encuesta Bicentenario y otros estudios demuestran lo contrario, pues las personas del estrato bajo son quienes se manifiestan hoy más felices respecto del pasado.

En este sentido, es necesario dejar de atribuir fatalismos a los más pobres para dedicarse desde las políticas sociales a fortalecer las capacidades individuales y a incentivar el esfuerzo personal, basándose en las expectativas de superación de los estratos bajos.

Identidad Nacional: El orgullo de ser chileno

La encuesta comprueba que, al menos a nivel de discurso, una gran mayoría se siente orgullosa de ser chileno y cree que es el mejor país para vivir en Latinoamérica. Por estrato socioeconómico, son los sectores medios y bajos quienes dicen sentirse más orgullosos de la historia de Chile (85%), a diferencia de los estratos altos que se identifican menos con nuestra historia (72%). Sin embargo, esta identidad nacional no se opone con un menor apego al país por parte de los sectores medios, quienes junto a los jóvenes del estrato alto, son quienes se irían con mayor facilidad del país para alcanzar una mejor vida. Contrariamente, un 54% de los sectores más pobres no se iría de Chile.

Desde una perspectiva micro, la identificación nacional es menos intensa. Los sectores más pobres se sienten menos identificados con sus barrios, sus comunas y sus ciudades, a diferencia de los sectores más acomodados. Esto no debería extrañar, si asociamos esta identificación a la calidad de los sectores de residencia o trabajo.

Al respecto, un estudio de SUR (2002) demostró que un 65% de los residentes de viviendas sociales quiere irse, especialmente por problemas de inseguridad, mala convivencia y altos índices de drogadicción y alcoholismo. En este contexto, lo más probable es que el grado de identificación del estrato bajo con el barrio, con la comuna y con la misma ciudad, sea menor. En este sentido, programas como los de mejoramiento de barrios apuntan a tratar de entregar una mejor calidad de vida a los barrios más excluidos y a terminar con la segregación urbana que mantiene a los más pobres desconectados del resto de la ciudad.

4. Conclusiones

En primer lugar, se puede concluir que en términos socioeconómicos los estratos medio y bajo se encuentran más cerca entre sí, ya sea por los ingresos medios o por los niveles educacionales que alcanzan. Así, se puede plantear que si bien existe una clara diferenciación entre estratos, ésta es menos marcada entre los sectores medio y bajo. Por un lado, se constata que muchas familias han salido de la pobreza y avanzan en el espectro socioeconómico. Sin embargo, esta situación también puede ser descendente, indicando que algunos grupos son más vulnerables a caer en situaciones de pobreza. De esta manera, se debe velar para que la semejanza entre los estratos medios y bajos se establezca en una dinámica ascendente, con políticas que disminuyan la vulnerabilidad de los hogares que transitan en torno a la pobreza.

Asimismo, las mayores diferencias se establecen con el estrato alto, donde hay un salto que refleja la desigual distribución de los ingresos en nuestra sociedad. En este sentido, dado los mayores niveles educacionales y de ingresos alcanzados por este estrato, se constata que en este grupo existiría una inmovilidad muy pronunciada.

En segundo lugar, los estratos bajos también se están asemejando a los sectores medios en términos de percepciones, adoptando opiniones y actitudes que reflejan valores que tradicionalmente fueron adjudicados a los grupos medios, como la responsabilidad individual y el reconocimiento del mérito como factor de éxito. Este aspecto, en todo caso, podría atentar contra la consistencia de la estructuración de estos grupos.

En tercer lugar, en materias relacionadas con la familia y la religión, los estratos bajos se mantienen más conservadores, a pesar de que en términos familiares

parecen llevar una vida menos tradicional. Esto puede relacionarse con su necesidad de superar las dificultades a través de una postura más conservadora. En este caso podría plantearse que existe algún nivel de inconsistencia respecto a las atribuciones valóricas que tradicionalmente la literatura le asigna a estos segmentos socioeconómicos.

Que el estrato bajo defienda con más fuerza la familia, se presente más optimista, nacionalista y más intenso en sus percepciones, refleja cierta ingenuidad en estos sectores en términos de apreciaciones. Sin embargo, también plantea la inquietud de considerar esta actitud de quienes viven con mayores dificultades, pues más que un espíritu derrotista, manifiestan esperanza.

Contrariamente a lo que se postula, el estrato alto se muestra cada vez más liberal, privilegiando las opciones personales antes que familiares y religiosas, lo cual demuestra su mayor permeabilidad hacia valores reconocidos en los grupos medios. Por su parte, los grupos medios oscilan en sus opiniones entre el estrato bajo y el alto, acercándose más a los primeros en materias religiosas o familiares, y a los segundos en temas educacionales y laborales. Esta posición refleja la incertidumbre en que permanece este grupo, pues aunque privilegien el trabajo y el esfuerzo individual, su bienestar depende de la estabilidad laboral para permanecer en su situación socioeconómica.

Considerando todo esto, conocer las percepciones de los distintos segmentos sociales es una buena manera de acercarse a las lógicas que mueven a los individuos de los diferentes estratos, de modo de poder focalizar mejor los esfuerzos en la superación de sus dificultades y en la construcción en conjunto de una sociedad más equitativa.

REFERENCIAS

- **Beck, U.** (2000). «Living your own life in a runaway world. Individualization, globalization, and politics». En Giddens A. y Hutton eds. *Global Capitalism*. New York, The New Press.
- **CEP** (2000). Estudio Nacional de Opinión Pública N°11. Tercera Serie. «Desigualdad de Ingresos». Documento de Trabajo n° 308. Santiago.
- **Contreras D., R. Cooper, J. Hermann, C. Nielson** (2004). «Dinámica de la Pobreza y Movilidad Social: Chile 1996-2001». Santiago, Departamento de Economía Universidad de Chile.
- **MIDEPLAN** (2005). Encuesta CASEN 2003.
- **Goldthorpe, J.** (1967). «Social stratification in industrial society». En: R. Bendix y S.M. Lipset (Eds) *Class, Status and power*. Routledge & Kegan Paul.
- **Irarrázaval, I.** (1997). Pobreza y Estratificación Social en Chile: Motivaciones, Percepciones y Realizaciones. Centro de Estudios Públicos, Documento de Trabajo N° 263. Estudio Nacional de Opinión Pública N° 4. Tercera Serie. Santiago.
- **León A. y J. Martínez** (2001). «La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX». Serie Políticas Sociales 52, CEPAL. Santiago
- **PNUD** (2002). Informe de Desarrollo Humano en Chile «Nosotros los Chilenos, un Desafío Cultural». Santiago.
- **PNUD** (1998). Informe de Desarrollo Humano en Chile «Las Paradojas de la Modernización». Santiago.
- **Rodríguez, A. y A. Sugranyes Eds.** (2005). «Los con Techo: Un Desafío para la Política de Vivienda Social». Santiago, Ediciones SUR.

Comentarios

BENITO BARANDA

Director Social del Hogar de Cristo

Introducción

Los estratos sociales: la movilidad y la gran diversidad, ¿hay realmente diferencias que podamos destacar? ¿Hay tendencias que se acentúan y que marcan ruta? ¿Cómo podemos de ellas no sólo conocer la realidad, sino que a partir de ello impactar esa misma realidad?

Algunas preguntas para reflexionar antes de poner mis propios comentarios, estamos llenos de encuesta de opinión, de datos de Censo y de la Casen, de la información acumulada en millones de archivos de nuestras escuelas, consultorios, tribunales y del ministerio de vivienda... y todo ellos debería enriquecer nuestro quehacer, no solo para conocer, describir e informarnos, si no que principalmente para aprender, modificar y mejorar. Agradecer, ver la realidad, poder juzgarla y discernir a partir de ella.

Felicitaciones a la Universidad Católica y Adimark por esto y hoy por este seminario.

La ruta de los valores y derechos

La Encuesta Bicentenario refleja de las grandes desigualdades que se dejan sentir en los distintos ámbitos en que se desarrolla la vida de los chilenos.

En **educación**, por ejemplo, uno de los datos que más impacta es que la mitad de las personas de estrato bajo no hayan terminado la educación media. Esto es grave, porque conlleva un empobrecimiento para esas personas, sus familias, sus comunidades y todo Chile en general. Estas cifras también llevan implícita una restricción de las **libertades**, porque una persona que no logra niveles educacionales superiores tiene menos posibilidades de movilidad social. En este punto, es destacable que el 18% de las familias estime que la **educación inicial**

es importante para ellos, sobre todo, entre las personas más pobres. Estas cifras son alentadoras, porque muestran que las familias valorizan algo que no tienen y que ven como un factor importante para la estimulación y desarrollo de sus hijos.

El tema de las **oportunidades laborales**, es necesario vincularlo a cómo las personas se sienten dueñas de su destino cuando ven que la propia iniciativa personal puede cambiar sus vidas, sin esperar que el Estado lo haga. De ahí que es esperable que en escenarios de injusticia o vulnerabilidad laboral, un alto porcentaje aspire a que el Estado logre regular y darles oportunidades para poder competir en igualdad de condiciones con el resto de las personas. El problema es que en los estratos más pobres las oportunidades laborales están más coartadas. Como es extremadamente difícil que el trabajo sea un instrumento de seguridad, dado que es muy inestable, se hace casi imposible que estos sectores puedan sentir que controlan su vida. Hoy se observa que el 50% de los jóvenes más pobres está desempleado, en este contexto es difícil esperar que el día de mañana puedan decir: «*Yo dirijo mi vida, yo soy la persona que la va a construir y no necesito del Estado para que me resguarde*».

Por lo anterior aparece como clave otorgar resguardos legales que proporcionen mayor seguridad a estas personas y sus familias mediante iniciativas tales como el seguro de desempleo o programas efectivos de empleos de emergencia. Estas medidas desincentivan los requerimientos excepcionales al Estado, disminuyendo así la dependencia estatal.

Frente a las definiciones de conservador o liberal, las personas que viven en condiciones de pobreza manifiestan una gran vinculación a lo que aparece como un proyecto fundante para ellos: **la familia**. A diferencia de esta situación, para el estrato alto la familia es un proyecto más, pero no fundante, que se suma a otros tales como tener una carrera profesional, viajar y conocer el mundo. Para las personas de los estratos bajos y medio, el proyecto fundante, potente, ideal, se mezcla con otros aspectos de la vida real, que en la práctica, y tal como lo muestra la Encuesta Bicentenario, suele presentar dificultades que

terminan con separaciones o fracasos. De todas formas, cuando dos adolescentes deciden dejar el hogar para convivir es porque sueñan con tener una vida distinta a la de sus padres y desean fundar un hogar diferente, con todas las dificultades que puedan tener.

En contraposición, en el estrato alto es habitual que se postergue el matrimonio, porque para estas personas es un proyecto más, que puede fracasar o cambiar. Por eso, se da la contradicción de que si bien más del 70% del estrato alto se considera católico, sólo el 50% espera un matrimonio religioso para sus hijos, porque ya no es un proyecto fundante.

Con respecto a la **religiosidad**, la tendencia apunta a un mayor individualismo. Esto se refleja cuando las personas aseguran que se relacionan con Dios a través de la oración o a través de la lectura de la Biblia y no mediante la vida comunitaria. Para quienes somos católicos, la lectura de la Biblia y la oración son fundamentales, pero si no hay vida comunitaria, no somos católicos. Con respecto a la clase alta, no es posible afirmar si se ha secularizado o no, aunque los ateos y los sin religión representen un cuarto en las personas del ABC1. De todas formas, el mayor riesgo del estrato alto es que la religión pase a ser muy individualista y poco comunitaria. Más que secularización, este fenómeno aparece como una religión manejada desde el punto de vista personal y por tanto se modifica de acuerdo a la voluntad de cada uno.

En relación al **bienestar**, habla bien que el 66% de los estratos bajos considera que trabajando duro pueden salir adelante. Esto, genera un espacio de confianza en el cual el trabajo no depende de los subsidios del Estado. Por otra parte, habla muy bien que las personas pobres expresen que la felicidad se pueda encontrar no solamente vinculada a la obtención y acumulación de bienes materiales, sino a los vínculos que se generan entre las personas y a la manera como construimos nuestras propias familias y nuestros propios barrios.

Precisamente, me parece fundamental abordar la **fractura que hoy vive el barrio**, ya que el principal foco que puede atentar contra la **identidad** nacional y la familia,

no sólo en los estratos bajos, sino en los otros también, es la segregación. No basta con mejorar los barrios de los sectores bajos, sino que es necesaria la integración: si no hay integración no hay identidad común nacional y si no tenemos identidad común nacional nos podremos sentir orgullosos por los triunfos deportivos de Chile, pero sin ser un sentimiento real de país integrado. La identidad se construye en mi vinculación con otros y para eso tiene que ser próximo a mi y vivir en comunidad con él.

¿Puede progresar un país en esas condiciones?

¿Pueden alcanzar mayores grados de libertad las personas en estas condiciones?

¿Pueden salir por el desarrollo de sus propias capacidades de la exclusión si esto es coartado de raíz?

A modo de conclusión, esta encuesta confirma algunos aspectos que aparecen en otras investigaciones y que señalan, en primer lugar, que las oportunidades, si no se dan en abundancia y calidad, atentan contra la libertad. En segundo lugar, que es en la familia y la religión donde se encuentran y cultivan los valores. Además señala un tercer punto clave que es la identidad, ésta sólo se sostiene formando comunidad y barrio, y se pierde cuando no hay vínculos entre las personas.

Me gustaría recordar una cita pronunciada por Enrique Mac Iver de cara al Centenario: «...*No sería posible desconocer que tenemos más naves de guerra, más soldados, más jueces, más guardianes, más oficinas, más empleados y más rentas públicas que en otros tiempos. Pero, ¿tendremos también mayor seguridad, tranquilidad nacional, superiores garantías de los bienes, de la vida y del honor, ideas más exactas y costumbres más regulares, ideales más perfectos y aspiraciones más nobles, mejores servicios, más población y más riqueza y mayor bienestar? En una palabra, ¿progresaremos?*».

A partir de este análisis, deberíamos cuestionarnos con profundidad hacia dónde va nuestro desarrollo, sin perder de vista que todo desarrollo implica sacrificios para que otros obtengan igualdad de oportunidades que otros hemos obtenido.

RODRIGO MÁRQUEZ

Investigador del Informe de Desarrollo Humano del PNUD

Es importante valorar la realización de estudios como la Encuesta Bicentenario, puesto que forman parte de las pocas posibilidades que tenemos de observar a la sociedad como un todo.

Y cuando lo hacemos nos damos cuenta que estamos tan separados socialmente que la opinión pública puede incluso llegar a sorprenderse de prácticas, valores o actitudes que son absolutamente normales o conocidas entre los investigadores sociales. Hacer «la experiencia del otro», aunque sea a través de una encuesta, puede llegar a ser una verdadera aventura.

Y en relación a esa sorpresa rescato el comentario de un amigo que tiempo atrás me señalaba que las empresas gastan mucho dinero en investigación de mercado para saber cómo viven los grupos socioeconómicos altos, medios y bajos, pero, sobre todo, los medios y bajos. El asunto, desde su perspectiva, era que si esas empresas tuvieran gerentes C3 no tendrían la necesidad de hacer ni la mitad de los estudios que realizan, porque ya sabrían cómo viven esas personas. Más allá de la anécdota, el problema es, precisamente, que tenemos una sociedad en la que para ser gerente se debe, mayoritariamente, pertenecer al llamado grupo socioeconómico ABC1.

Esto, junto a mucha otra evidencia nos muestra que vivimos hoy un proceso de «oligarquización» de la sociedad. Éste implica una creciente distancia de los grupos socioeconómicos altos y de la elite dirigente respecto del conjunto de la sociedad. Esta distancia a veces se hace tan grande que nos hacemos invisibles unos respecto de otros. Ese es el principal desafío que tenemos como sociedad y por eso es tan grato que esta encuesta permita encontrarnos con visiones y modos de vida con los que no nos topamos a menudo, porque a veces se nos olvida que la desigualdad, más allá de una cifra estadística, es una experiencia presente en cada uno de nuestros movimientos. (En apoyo de esta idea, obsérvese por ejemplo la homogeneidad social de esta audiencia).

El hecho es que cada vez tenemos menos «experiencias de sociedad», aquéllas que en generaciones anteriores se expresaba, por ejemplo, en el liceo, en la universidad, en la feria o en la ciudad. Crecientemente estamos moviéndonos en espacios cada vez más homogéneos. Una situación que se manifiesta territorialmente en los lugares donde educamos a nuestros hijos, donde veraneamos, donde realizamos nuestras actividades de esparcimiento y de consumo cultural. En otras palabras, se refleja en nuestras relaciones cotidianas de sociabilidad.

De ahí la utilidad de estudios como éste, que representan una de las pocas formas que quedan para hacer la experiencia del otro, de reconocer al otro por lo menos en sus percepciones, actitudes y modos de vida. Experiencias que, además, nos deberían hacer reflexionar sobre cuán separados estamos de ese otro que sólo observamos a través de un documento, de una encuesta y de un seminario como éste.

Permítanme ahora centrarme en una de las tendencias documentada por la encuesta: la individualización. Efectivamente los datos de la encuesta expuestos por Ignacio Irarrázaval confirman la tesis de la existencia de una creciente individualización entre las chilenas y chilenos. Este proceso, que desde los Informes sobre Desarrollo Humano venimos analizando desde hace unos cinco años, se refiere a un fenómeno de cambio cultural que se expresa en el hecho de que las personas crecientemente toman sus decisiones vitales, ya no en función de un apego a una norma tradicional («lo que hay que hacer»), sino más bien sobre la base de una evaluación personal respecto de lo que cada uno quiere hacer con sus vidas. Aunque esto parezca no tener novedad, sí es novedoso que las personas tengan hoy una mayor libertad frente a esa norma que antes les decía cómo vivir. Ahora, cada uno está en condiciones de decidir por sí y ante sí el adherir a ciertos valores, como por ejemplo, el matrimonio o la religiosidad. Esta última es un buen ejemplo de este desapego y los datos aquí expuestos lo reafirman: aunque la encuesta no muestra que las personas hayan dejado de creer en algo trascendental o no quieran tener una relación con Dios, sí arroja que el validar esa creencia ya no pasa por una institución, por una iglesia, sino más bien por la búsqueda de una vivencia directa y unipersonal de la trascendencia.

Esa es la individualización. Pero siendo ésta una tendencia cada vez más expandida, los datos nos muestran nuevamente un problema: que esa manera de vivir no está plenamente disponible para el conjunto de las personas, independiente de sus condiciones de vida. Y esa es otra forma en que se expresa la desigualdad.

Efectivamente, en la encuesta de Desarrollo Humano del PNUD solemos incluir la siguiente pregunta: «Pensando en el rumbo que ha tomado su vida, ¿diría más bien que ese rumbo obedece a las circunstancias que le ha tocado vivir o a sus decisiones personales?». El resultado: aproximadamente el 55% de los encuestados describe su vida como un producto de sus decisiones personales, lo que significa que hay una proporción importante (45%) que asegura que es producto de las circunstancias.

Pero cuando analizamos esa misma pregunta según el grupo socioeconómico al cual pertenece el encuestado, se observa claramente que en el nivel alto responden mucho más que la vida responde a sus propias decisiones que en el nivel bajo, donde tienden a responder mayoritariamente que el rumbo que han tomado sus

vidas es producto de las circunstancias. Como el foco de una vida realizada pasa por tener el control de las vidas, hay también allí una fuente importante de desigualdad. Como se aprecia, esta desigualdad tiene múltiples maneras de expresarse: desde las condiciones de vida hasta la manera en que la subjetividad interpreta y da sentido a los proyectos vitales.

Frente a ello, quisiera plantear un horizonte: ¿Cuál sería mi aspiración para cuando esta encuesta se haga, espero, con motivo de los 300 años de la Independencia de Chile? Mi ambición, porque no nos podemos contentar con dar cuenta de la realidad, sino que tenemos que soñar con cambiarla, sería que el país haya podido desarrollar una trayectoria de cambio cultural que haga que el nivel socioeconómico ya no sirva para dar cuenta de las diferentes actitudes y valoraciones de las personas. En otras palabras, que ya no baste con preguntarle a alguien cuántos años de estudio tiene y en qué colegio estuvo para saber, por ejemplo, si es conservador, liberal, moderno o tradicional. Es decir, que dejemos de rotular a las personas simplemente por un mero dato socioeconómico. Esa es mi aspiración.

Calidad de Vida

PAULA BEDREGAL

Académica de la Facultad de Medicina UC

Introducción

Cuando estamos enfermos, el sentido común nos obliga a pensar en la curación. Sin embargo, si estamos frente a una enfermedad crónica o una lesión grave nos preguntamos por las secuelas y si éstas alterarán nuestra vida. En general, queremos estar sanos para desplegar nuestras capacidades y ser felices. Son estas consideraciones las que nos hacen preguntarnos por la calidad de vida (CV).

El envejecimiento de las poblaciones y el cambio epidemiológico en Chile hacia un predominio tanto de las muertes por enfermedades crónicas no transmisibles, como de los problemas de salud mental asociados a cambios en los estilos de vida, han relevado el problema de la CV en las políticas públicas.

Es así como en los objetivos sanitarios de Chile para el 2000-2010 figura como segundo propósito «enfrentar los desafíos derivados del envejecimiento y de los cambios de la sociedad». Para esto, se proponen objetivos específicos en relación a los determinantes asociados a cambios culturales y de estilo de vida (como el tabaquismo, obesidad, sedentarismo); a determinantes ambientales (como la contaminación); a determinantes laborales (como el ruido en empresas textiles), y a determinantes psicosociales (como la asociatividad). En la práctica, a partir de la definición de estos objetivos, se establece en Chile la importancia de la CV en las políticas sectoriales.

La medición de la calidad relacionada con la salud

CV forma parte de una familia de conceptos que intentan responder ¿cuál es el bienestar de la población? Se relaciona con el concepto de salud, definido como el completo bienestar físico, mental y social y no sim-

plemente la ausencia de enfermedad. Su incorporación como indicador de la salud es reciente y se considera que su auge comenzó en 1990. Se utiliza para evaluar síntomas, efectos adversos de tratamientos, progresión de enfermedades y satisfacción con la calidad de los servicios prestados, además de ser una condicionante del estado de salud de las poblaciones. De ahí que para la toma de decisiones en políticas de salud, la evaluación de la CV sea una información complementaria que permite asignar recursos sectoriales conforme a objetivos.

Se reconocen dos tipos de mediciones de la CV: objetiva y subjetiva.

a) Por CV objetiva entendemos la evaluación de las dimensiones material, social, psicológica y de salud a través de instrumentos contruidos por expertos que establecen estándares mínimos en cada área. Un ejemplo lo constituyen los instrumentos llamados específicos, como el Asthma Quality of Life Questionnaire o el Diabetes Quality of Life Questionnaire.

b) La CV subjetiva se evalúa a través de la autopercepción de la felicidad (evaluación afectiva) y a través de la autopercepción de la CV o bienestar (evaluación cognitiva). Estos instrumentos suelen llamarse genéricos, ya que no evalúan tipos particulares de pacientes, sino que son contruidos para la población general. Son particularmente útiles en políticas públicas, pues permiten explorar la eficiencia en la asignación de recursos. Es por ello que se considera la incorporación de la evaluación de la CV percibida como una de las mayores innovaciones en las evaluaciones sanitarias.

La CV subjetiva es una noción eminentemente humana y, por tanto, tiene fundamentos antropológicos y culturales. Se relaciona con el grado de satisfacción de una

persona con su situación física, emocional, familiar, social, así como con el sentido que le atribuye a su vida. Las diversas apreciaciones sobre la CV se vinculan con el grado de adaptación de las personas a su contexto sociocultural y a circunstancias específicas de vida, como la presencia de eventos estresantes. De ese modo, las respuestas sobre calidad de vida son una función personal construida mediante un proceso de apreciación, que implica la puesta en marcha de ciertos procesos cognitivos que la investigación ha mostrado (Rapkin & Schwartz, 2004).

Uno de éstos es la presencia de un marco de referencia experiencial, contra el cual el sujeto contrasta cada ítem preguntado. El contar con un marco de referencia implica que cada ítem provoca en el sujeto el recuerdo de información autobiográfica, lo que da sentido a su apreciación y, a la vez, un estándar de comparación. Por lo tanto, la respuesta es determinada, en parte, por el ítem, el contexto general de calidad de vida y la situación de evaluación (McGraw; McKinlay, Crawford, Costa & Cohen, 1992; Tourangeau, Rips & Rasubski, 2000).

Se reconocen tres marcos de referencia utilizados por las personas: histórico, cultural y social. El marco histórico provee los parámetros de calidad de vida asociados a distintos momentos históricos; el cultural entrega el contexto de tradiciones y valores que determinan las necesidades específicas. Un ejemplo de ello se relaciona con el valor asignado a la autonomía: mientras en EEUU se aprecia altamente el valerse por sí mismo, en Oriente se considera egoísta. Finalmente, el marco social se relaciona con las expectativas que cada uno tiene en relación a la propia vida. En este sentido, puede parecer contradictorio que la percepción de bienestar en los grupos de menor nivel socioeconómico sea buena, situación que se puede asociar a las bajas expectativas de su grupo de pertenencia.

La investigación sobre la autopercepción de felicidad proviene de la tradición psicológica. La primera investigación al respecto fue en EEUU en 1960 y mostró que la felicidad y el bienestar no pueden reducirse al estado de ánimo experimentado. De hecho, estudios posteriores demostraron que puede no haber asociación entre un tipo de estado anímico y la percepción de bienestar. De todas formas, el mejoramiento en las técnicas psicométricas y de análisis, como los avances teóricos, permitirán conocer mejor los mecanismos psicológicos que explican los resultados en esta área.

En la investigación científica se pueden reconocer al menos tres tipos de instrumentos que evalúan la CV desde

una perspectiva cognitiva. Los más simples son los de pregunta única, que suelen incorporarse a instrumentos que miden el estado de salud de las poblaciones. Otro grupo son los que evalúan preferencias, siendo los más utilizados el EuroQoL 5-D, la Quality of Well Being Scale, y la matriz de Rosser y Kind.

Finalmente están los instrumentos que permiten obtener perfiles de salud o calidad de vida, como el Nottingham Health Profile, el cuestionario de salud SF-26 y el WHOQoL. Éstos se estructuran en dimensiones que rescatan los diversos aspectos que constituyen la CV, como salud física, psicológica, apoyo social, y ambiente físico.

La percepción global sobre la calidad de vida y el nivel socioeconómico

La Encuesta Bicentenario arroja aspectos relevantes cuya lectura nos hace reflexionar sobre tres aspectos: las diferencias por nivel socioeconómico en la percepción de la CV, la alta prevalencia de autopercepción de síntomas en el ámbito de la salud mental, y la calidad y valoración social atribuida a las redes de apoyo, como la familia.

La percepción global sobre la CV arroja un promedio de 5,6 (escala de 1 a 7), lo que podría considerarse muy bueno al compararlo con la I Encuesta Nacional de CV del Ministerio de Salud (2000), que mostró un promedio de 5,3.

Destaca entre los resultados de la Encuesta Bicentenario una gradiente socioeconómica de 0.7 puntos entre el nivel ABC1 y E, que se observa en todos los grupos de edad, en ambos sexos y tanto en aquéllos que trabajan como en los que no. Este hallazgo es común a todas las encuestas en el mundo (Diener, Oishi & Lucas, 2003). Estos autores encuentran una relación lineal entre percepción de calidad de vida y nivel socioeconómico en países de ingreso bajo y una relación curvilínea en países de ingreso medio. Esta relación se pierde en países de alto desarrollo. Al interior de una nación esto se expresa por diferencias importantes en la percepción de CV entre grupos extremos y la similitud entre grupos cercanos, especialmente en los niveles socioeconómicos altos. En este sentido, más riqueza significa mejor percepción de CV en situaciones de bajo desarrollo. Sin embargo, en países ricos más riqueza no significa mejor percepción de CV.

Estudios en psicología social han mostrado que la percepción de CV, independiente del nivel socioeconómico, se relaciona fuertemente con el valor asignado a los

bienes materiales (Kasser & Ryan, 1996; Schmuck et al 2000). Estudios longitudinales han mostrado que si las personas logran alcanzar sus objetivos intrínsecos (aquellos que le dan sentido a sus vidas) tienen una mejor percepción de CV. Por el contrario, el sólo progreso en objetivos extrínsecos, como el dinero, no necesariamente la incrementan (Carver & Baird, 1998).

Un aspecto interesante de la encuesta es que los grupos que peor califican su CV son los adultos y las mujeres que trabajan. En este último grupo, donde la gradiente socioeconómica es mayor (1.1 puntos de diferencia entre ABC1 y E), esta baja percepción se puede asociar a una menor disponibilidad de tiempo, además de insatisfacción laboral y económica. Sabemos, por estudios en campamentos de Chile (Bedregal et al, 2006), que este hecho se asocia con la carencia de trabajo estable, vivienda propia y discriminación social. Estos tres ejes, que parecen comandar la percepción de bienestar socioeconómico, impactan en la CV y se convierten en aspectos a ser abordados en las políticas públicas. Además, determinan lo que en epidemiología social llamamos 'posición social', un reconocido predictor de enfermedades y muerte.

En muchas enfermedades agudas y crónicas que se han estudiado en el mundo se observa una gradiente en la mortalidad y la morbilidad asociada a la posición social. Esto es, a peor nivel socioeconómico, mayor riesgo de enfermedad y muerte. En Chile, por ejemplo, la sospecha de hipertensión arterial es 1.13 veces más frecuente en el grupo E que en el ABC1; el enflaquecimiento, 12 veces más frecuente; y la obesidad mórbida, 1.4 veces (Encuesta Nacional de Salud 2003, MINSAL-PUC).

La percepción sobre algunos aspectos de salud mental y el nivel socioeconómico.

En materia de salud mental, la encuesta muestra que entre el 20 y el 28% de la población presenta síntomas de problemas en este ámbito. Las últimas encuestas en Chile que exploran este tema son bastante coincidentes en señalar la importancia de este fenómeno. Por ejemplo, Vicente et al (2002) encuentra una prevalencia de 36% de trastornos mentales en la población adulta chilena. Asimismo, la Encuesta Nacional de Salud 2002 muestra que la prevalencia de síntomas depresivos en el último año en Chile es de 17,5%, siendo 3 veces más prevalente en el grupo E (36,6%) que en el ABC1 (12,6%).

Los trastornos mentales en el mundo corresponden al 12% de la carga de morbilidad, es decir, cerca de 450 millones de personas padecen estas enfermedades. Una

revisión de 15 estudios mundiales sobre salud mental (Kohn, Bruce, Mirotznik 1998) mostró que la prevalencia anual de trastornos mentales es 2.1 veces mayor en el nivel socioeconómico bajo que en el alto, resultados coincidentes con estudios recientes de América del Norte, América Latina y Europa (Consortio Internacional de la OMS en Epidemiología Psiquiátrica 2000).

Un estudio muestra que al salir de la pobreza, el 40% de los síntomas de desviación psiquiátrica y psicológica desaparecieron en niños y jóvenes. En particular, se redujeron las conductas antisociales y algunos síntomas depresivos, aunque no la depresión clínica ni los trastornos ansiosos severos. La reducción de estos síntomas se asoció, más que al mayor ingreso, a la mayor disponibilidad de tiempo para los hijos y a mejorías en la salud mental de los padres.

¿Cómo se explica el efecto del nivel socioeconómico sobre la salud?

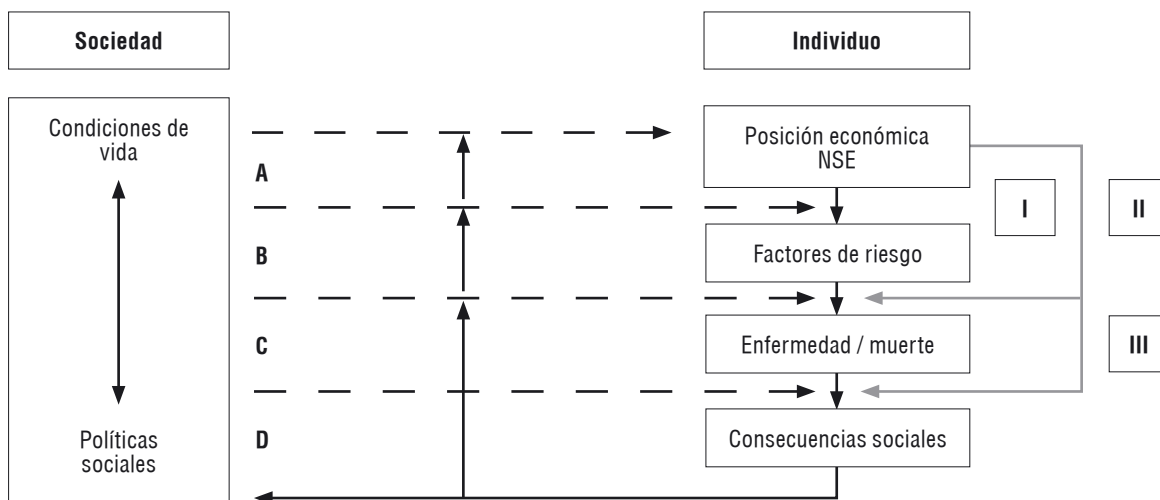
Un modelo interesante de vías causales propuesto por Diderichsen muestra que la posición socioeconómica determina efectos en salud en dos niveles: individual y en acceso a atención sanitaria.

A nivel individual, la teoría epigenética ha vuelto a ser posicionada para explicar estos fenómenos. Epigénesis es un concepto que data desde 1957 y que se refiere a los procesos mediante los cuales el genotipo da origen al fenotipo. Los avances en biología molecular y genética han mostrado que la expresión de un determinado gen depende de todo un contexto celular, multicelular y ambiental, que da origen a estados progresivos de organización y, por tanto, de expresión fenotípica (adecuada o inadecuada o silencio).

El fenotipo no surge de un modelo aditivo entre los efectos del ambiente y la genética. Por ejemplo, Turkheimer y colaboradores (2003) han demostrado que el nivel socioeconómico modifica la heredabilidad del coeficiente intelectual de manera no lineal, de modo que en familias empobrecidas, el 60% de la varianza del coeficiente intelectual sería atribuida al ambiente. Por el contrario, en familias de alto nivel socioeconómico lo que prima es el efecto de la genética.

La investigación ha mostrado que las experiencias ambientales se imprimen en el genoma a lo largo de la vida (Weaver, et al 2004). Esto hace plausible plantear lo que la observación empírica había mostrado: que el ambiente influye en que se exprese determinado material gené-

Modelo conceptual de inequidades



Diderichsen, F. et al., 1998. www.sepho.org.uk/healthinequalities/carrhill/index.htm «A review of methods for monitoring and measuring social inequality, deprivation and health inequality». Roy Carr-Hill.

tico y, más aún, en que ese material genético se modifique. Por ejemplo, un estudio mostró cómo el riesgo de depresión aumenta en el adulto que ha sido maltratado de niño. El maltrato produce que se exprese el potencial genético de depresión que tienen los individuos. Caspi y colaboradores (2003) observaron que existe un polimorfismo funcional en la región promotora del transportador de la serotonina que modera la influencia de los eventos vitales en la aparición de síntomas depresivos.

Con estas evidencias, es claro que los hallazgos de la Encuesta UC-Adimark son cruciales para la equidad en salud. No basta con favorecer el acceso a servicios para diagnosticar y tratar las enfermedades. Para su reducción es necesario efectuar un 'tratamiento social', esto es, reducir las brechas entre las posiciones sociales que favorecen la expresión de las enfermedades.

Una oportunidad: familia y redes de apoyo

La Encuesta UC-Adimark muestra otro aspecto interesante. Hay un 18% que se percibe alejado de otras personas, además de un 19% que se declara insatisfecho con sus relaciones familiares y su tiempo libre, observándose una gradiente socioeconómica de 1.5 veces en el primer aspecto. También llama la atención que el promedio de amigos declarados en Chile sea de 3.6 (versus 6 en EEUU), con una brecha socioeconómica de 5:2.9.

La percepción sobre la cantidad y calidad de las redes de apoyo es otro factor asociado al nivel de salud física y mental. La evidencia científica es clara en señalar la relación entre el nivel de salud y el apoyo social y cohesión social. Uchino, Uno, Holt-Lunstand (1999) han mostrado que una de las vías para explicar la relación entre el apoyo social y la mortalidad se da a través de cambios en el sistema cardiovascular, endocrino e inmunológico.

Las relaciones sociales y la percepción de apoyo actuarían como un modulador de la reactividad del sistema neuroendocrino frente a estímulos estresantes (Seeman & McEwen, 1996; Brunner & Marmot, 2006), lo que también se demostró en primates. Por ejemplo, los machos dominantes en situaciones sociales estables secretan menos cortisol y parecen tener una menor respuesta al estrés (Sapolsky, 1989); mientras que los machos dominantes en ambientes inestables de alta competencia y hostilidad secretan más cortisol y desarrollan precozmente aterosclerosis (Williams, Vita, Manuck, 1991).

Complementaria a esta vía indirecta, se propone un efecto directo del apoyo social a través de las conductas relacionadas con la salud. Esto, considerando que el apoyo y la interacción con otros permiten aprender y compartir conductas saludables, lo que genera una

suerte de control social. El apoyo social también aumenta las percepciones de control sobre el medio ambiente (seguridad y autoeficacia) lo que incrementa la sensación de bienestar y mejora la respuesta inmune.

La Encuesta UC-Adimark también muestra una alta satisfacción con las relaciones familiares, independiente del estrato socioeconómico. La familia se percibe como un espacio entretenido –mejor que los amigos– de apoyo emocional y económico, lo que la sitúa como un componente básico en el capital social chileno.

En términos de salud, la valoración expresada por los encuestados hacia la familia plantea una oportunidad sobre cómo incorporarla adecuadamente en las intervenciones de salud y cómo potenciar más las relaciones familiares con miras a un desarrollo humano y social armónico.

Múltiples estudios han mostrado que es en este núcleo donde se aprenden precozmente las prácticas de vida social, los estilos de vida saludables y el auto-cuidado. Así, la familia actúa como un factor protector para la salud, al punto que hoy se reconoce que familias fortalecidas generan sociedades más sanas (Farrell et al, 1995; Seeman, 2000).

Conclusión

El estudio y seguimiento sobre la calidad de vida en los países provee una oportunidad única para cuestionarnos sobre cómo direccionar nuestras políticas públicas –en particular en salud– hacia un bien común compartido.

Desde un punto de vista estructural, no sólo la discusión sobre el bienestar económico y las brechas existentes en Chile son un aspecto central para la salud de los chilenos. También lo son la facilitación y promoción de redes de apoyo social y el resguardo de uno de nuestros capitales sociales distintivos, la familia.

Existe consenso internacional y parcialmente en el país de que no basta con proveer servicios. Es necesario fortalecer el ambiente social, además de apoyar procesos de desarrollo y promoción de nuestras capacidades personales y colectivas tendientes al Bien Común, entendido como el «conjunto de condiciones de la vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección» y por cierto su salud.

Referencias

- **Bedregal P, Zavala C, Pinto MJ, Valdés S, Nuñez G, Atria J** (2006). «Calidad de vida y necesidades en salud: hacia la construcción de políticas ciudadanas de superación de la pobreza». En: Pontificia Universidad Católica De Chile, Vicerrectoría Adjunta de Investigación y Doctorado, y Dirección General De Pastoral y Cultura Cristiana (Eds) *CELAM Académicos UC. Investigaciones para que nuestros pueblos tengan vida*. Santiago. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- **Carver CS, Baird E** (1998). «The American dream revisited: is it what you want or why you want it that matters?» *Psychol. Sci.* 9:289-292.
- **Caspi A, Sugden K, Moffitt T, Taylor A, Craig I** (2003). «Influence of life stress on depression: moderation by a polymorphism in the 5-HTT gene». *Science* 301: 386-389.
- **Diener E, Oishi S, Lucas RE** (2003). «Personality, culture and subjective well-being: Emotional and cognitive evaluations of life». *Ann. Rev. Psychol.* 54: 403-425.
- **Farrell MP, Barnes GM, Banerjee S** (1995). «Family cohesion as a buffer against the effects of problem-drinking fathers on psychological distress, deviant behavior, and heavy drinking in adolescents». *Journal of Health and Social Behavior* 36: 377-385.
- **Guyatt GH, Feeny DH, Patrick D** (1993). «Measuring health-related quality of life». *Annals of Internal Medicine* 118: 622-629.
- **Kasser T, Ryan RM** (1996). «Further examining the American dream: differential correlated of intrinsic and extrinsic goals». *Pers. Soc. Psychol Bull* 22: 280-287.
- **Kohn R, Bruce PD, Mirotznik J** (1998). «Epidemiological findings on selected psychiatric disorders in the general population». Pp 235-284. En: Dohrenwend P. Bruce editor. *Adversity, Stress and Psychopathology*. New York: Oxford University Press.
- **Marmot M, Wilkinson RG** (2006). *Social determinants of health*. 2nd edition. New York: Oxford University Press.
- **McGraw SA; McKinlay JB, Crawford SA, Costa LA, Cohen DL** (1992). «Health survey methods with minority populations: some lessons from recent experience». *Ethnicity & Disease* 2: 273-287.
- **Ministerio de Salud de Chile. División de Rectoría y Regulación Sanitaria. Departamento de Epidemiología** (2002). *Los Objetivos Sanitarios para la Década 2000-2010*. Santiago: MINSAL.
- **Rapkin BD, Schwartz CE** (2004). «Toward a theoretical model of quality of life appraisal: Implications of findings from studies of response shift». *Health Quality of Life Outcomes* 2: 1-14.

- **Schmuck P, Kasser T, Ryan RM** (2000). «The relationship of well-being to intrinsic and extrinsic goals in Germany and US». *Soc. Indic. Res* 50: 225-241.
- **Seeman TE** (2000). «Health promoting effects of friends and family on health outcomes in older adults». *American Journal of Health Promotion* 14: 362-370.
- **Seeman TE, Mc Ewan BS** (1996). «Impact of social environment characteristics on neuroendocrine regulation». *Psychosom Med* 58: 459-471.
- **Tourangeau R, Rips R, Rasinski K** (2000). *The psychology of survey response*. Cambridge: Cambridge University Press.
- **Turkheimer E, Haley A, Waldron M, D'Onofrio B, Gottessman II.** (2003). «Socioeconomic status modifies heritability of IQ in young children». *Psychol. Sci.* 14: 623-628.
- **Uchino BN, Uno D, Holt-Lunstand J** (1999). «Social support, psychological processes and health». *Curr. Dir. Psychol.Sci.* 8:145-148.
- **Vicente B, Rioseco P, Saldivia S** (2002). Estudio chileno de prevalencia de patología psiquiátrica (DSM-III-R/CIDI) (ECCP) *Rev. med. Chile* 130: 527-536.
- **Weaver IC, Cervoni N, Champagne FA, D'Alessio AC, Sharma S, Seckl JR, Dymov S, Szyf M, Meaney MJ** (2004) «Epigenetic programming by maternal behavior». *Nat Neurosci* 7: 791-792.
- **Williams JK, Vita JA, Manuck SB** (1991). «Psychosocial factors impair vascular response of coronary arteries». *Circulation* 84: 2146-2153.

Comentarios

EDUARDO VALENZUELA

Director del Instituto de Sociología UC

La medida tradicional del bienestar de una población ha sido el ingreso per cápita. Como una especie de respuesta, de complemento a este indicador básico, se construyó este concepto de «calidad de vida» que tiene un fuerte componente subjetivo, pues se relaciona con la percepción de las personas acerca de su propio bienestar, y no sólo con indicadores objetivos acerca de su bienestar material.

Una de las razones por las que se habla de calidad de vida y no sólo de ingreso per cápita apunta a que el ingreso se entiende, habitualmente, como un instrumento para obtener bienes aún mayores. El ingreso que cada cual consigue es la mejor representación de las famosas promesas asociadas al desarrollo económico. El problema es que existen varios países que se han desarrollado y aumentado sus niveles de ingreso per cápita, pero no han cumplido varias de las promesas asociadas al desarrollo económico.

En la historia de la modernidad reciente hay dos grandes controversias respecto a esta situación. La primera tiene que ver con la famosa promesa de reducir el tiempo de trabajo, pues siempre se sostuvo que a medida que los países aumentaran su riqueza, las personas iban a estar en condiciones de trabajar menos, de disponer de más tiempo libre y, por ende, de mejorar su calidad de vida. Una promesa largamente incumplida, puesto que los tiempos laborales, incluso en los países más desarrollados, no han disminuido y en algunos, como Estados Unidos, se han acelerado. De este modo, un aumento en el ingreso per cápita no significa, necesariamente, un incremento del tiempo libre y concomitantemente un mejoramiento de la calidad de vida.

Otra controversia importante se produce en torno a los indicadores subjetivos de felicidad. Aunque efecti-

vamente existe una fuerte correlación entre desarrollo económico y autopercepción de felicidad, esta relación no es siempre lineal ni coincidente. También el debate acerca de las condiciones bajo las cuales el progreso material produce felicidad y hasta qué punto la felicidad depende del ingreso muestra las limitaciones que tienen indicadores objetivos de progreso, como el ingreso per cápita, para asociarse sin más con la calidad de vida.

El segundo gran motivo de la aparición del concepto de calidad de vida es la disputa entre Estados Unidos y Europa. Se dice muchas veces que este concepto es un invento europeo para contrarrestar las diferencias de ingreso per cápita que se registraban entre Estados Unidos y los grandes países europeos. En un sentido simple era una controversia que permitía afirmar: «Los norteamericanos ganan más, pero los europeos viven mejor». Aunque no se trata de una disputa demasiado pertinente para nuestros propósitos, se pueden hacer dos observaciones respecto a estas diferencias entre Europa y Estados Unidos.

La primera, es que la relación entre calidad de vida e ingreso per cápita está largamente probada en el plano de la comparación entre países. Estudios actuales indican que el 50% de la varianza entre naciones para indicadores de calidad de vida se debe estrictamente al ingreso per cápita que tiene el país. Puede ser tan simple como averiguar el ingreso per cápita de un país para saber cuál es su ranking en cualquier estimación, sea objetiva o subjetiva de calidad de vida. También existe evidencia de que dentro de los países ricos se registra la misma gradiente entre los que tienen más y los que tienen menos, independientemente de que el aumento general en el ingreso per cápita mejore al conjunto de la población. Por último, se sabe que los indicadores básicos de felicidad, de calidad de vida o de satisfacción no dependen del ingreso relativo, sino del ingreso absoluto y que, por lo tanto, la desigualdad de ingreso no juega un rol relevante en la autopercepción de la calidad de vida. La gente mide y percibe su propia vida en relación a lo que tiene o no, más que por referencia a lo que otros tienen.

Sin embargo, a pesar de la enorme importancia del factor socioeconómico, este indicador tiene límites, es decir, no se comporta lineal ni monótonicamente. No es que una persona agregue un dólar a su ingreso per cápita y aumente su percepción de calidad de vida o su satisfacción vital. Se sabe que pasado cierto límite de ingreso, a nivel individual o de país, la percepción de calidad de vida no mejora. Y eso hace que muchas veces haya desajustes entre la posición socioeconómica de un país o de individuos determinados y su estimación de la calidad de vida.

¿Por qué no todo está explicado por los factores socioeconómicos? La razón más plausible es que la modernización, entendida como desarrollo económico, tiene un límite en términos de mejoramiento de la calidad de vida. Y ese límite es, precisamente, la desestabilización de un conjunto de aspectos de la vida producida por el mismo desarrollo económico o por la riqueza. Entre los factores adversos que se relacionan con el desarrollo económico están, sobre todo, la desestabilización de la familia y de la vida comunitaria, además de una aceleración en el uso del tiempo. También se menciona la aparición de ciertos trastornos

característicos de salud mental como la depresión, o el stress nervioso y los problemas asociados al abuso de drogas y psicofármacos.

Es importante darse cuenta que la calidad de vida, la felicidad, la autosatisfacción, no dependen única y exclusivamente del ingreso o del nivel de desarrollo económico que alcance el país, pues esa misma riqueza puede producir efectos en el sentido contrario, que son los que, eventualmente, limitan esa percepción. La encuesta no muestra deterioros importantes a nivel de familia, comunidad o religión asociados a la riqueza. Incluso la percepción de estrés o de aceleración del tiempo no parece aumentar en los sectores de altos ingresos. Por el contrario, los datos arrojan que muchos de estos problemas están radicados más abajo que arriba de la escala social. En otras palabras, no tenemos efectos perversos de la modernización, al menos de manera evidente, localizados en los sectores de mayor ingreso, lo que entrega todavía una relación muy lineal entre ingreso y calidad de vida. Como sea, aunque es importante darse cuenta de la primacía que tiene la variable socioeconómica y el peso que ejerce en la determinación de la calidad, también es necesario conocer y estimar sus limitaciones.

GONZALO VARGAS

Director de Fundación Paz Ciudadana

Durante mi exposición pretendo recoger algunas de las conclusiones o evidencias que surgen de la Encuesta Bicentenario y de la presentación de la doctora Bedregal, desde la perspectiva del trabajo de la Fundación Paz Ciudadana.

Aunque probablemente tenga que ver con otra mirada de la calidad de vida, complementaria a la de la salud, la fundación está permanentemente monitoreando la sensación de inseguridad de las personas, específicamente el temor a ser víctimas de un delito. Como es de suponerse, esta sensación de inseguridad afecta distintos ámbitos de la vida de las personas, como por ejemplo, limitar el horario en el que se sale a la calle o los lugares a los cuales se va, además de tomar medidas de autoprotección, como rejas, cercos eléctricos o, incluso, armarse.

Son estas realidades las que vamos recogiendo en nuestros estudios. La fundación realiza el índice Paz Ciudadana Adimark, compuesto por siete preguntas a través de las cuales se hacen escalas y se discriminan los distintos niveles de inseguridad. Obviamente, los resultados muestran que los índices de inseguridad son más altos en el nivel socioeconómico bajo, en las mujeres, en las personas mayores de 35 años y, particularmente, entre aquellos que han sido víctimas de un delito directa o indirectamente.

Es tan potente el efecto, que la sensación de inseguridad en las mujeres equivale a la de un hombre que ha sido víctima de robo con violencia, aunque obviamente varía según nivel socioeconómico. Así, mientras un hombre de 18 años del estrato ABC1 camina por la vida sin temor a ser víctima de un delito, una mujer de nivel socioeconómico bajo, mayor de 35 años, reporta en más del 50% tener temor siempre o casi siempre: cuando sale en la mañana al trabajo, cuando vuelve al anochecer, cuando está sola en su casa o cuando camina por su barrio.

Aunque no lo dicen los estudios, no es difícil imaginar que esta sensación está estrechamente asociada a otras inseguridades, como salud o empleo. Y eso remite, aunque con matices, a la calidad de vida, pues una

cosa son las enfermedades o que se produzca un shock económico, pero otro caso distinto es la delincuencia, pues se trata de una persona que agrede a otra. Ahí estamos frente a una situación que perfectamente se podría evitar si es que la persona tuviera un mínimo respeto por la dignidad de su potencial víctima.

Naturalmente, si pudiéramos agregar todas estas dimensiones de inseguridad o de baja calidad de vida, generaríamos un panorama que, en general, no se muestra. Habitualmente los estudios –los nuestros y también la Encuesta Bicentenario– tienden a reflejar los resultados en términos unidimensionales. Por ejemplo, qué porcentaje de los encuestados ha sentido angustia o insatisfacción en las últimas dos semanas. De esta forma, falta poder decir qué porcentaje o proporción de gente sufre todos estos problemas al mismo tiempo, porque así se podría reflejar una acumulación de desventajas e insatisfacciones, que es lo que precisamente más preocupa.

Si la insatisfacción respecto de cada una de las variables estuviera distribuida aleatoriamente en la población, a lo mejor podríamos quedarnos tranquilos, pues si la persona que respondió que está satisfecha con una cosa al mismo tiempo estuviera insatisfecha con otra, uno podría asegurar que hay un mayor nivel de igualdad, de homogeneidad en la sociedad. Pero sabemos que no es así. Y, en general, hay muy poca información al respecto.

Otro fenómeno, que en un sentido más amplio tiene que ver con la exclusión social en sus distintas dimensiones, es el ingreso per cápita, entendido como el acceso a los beneficios del desarrollo, típicamente medido como el patrón de consumo de bienes y servicios. Como es de esperarse, quienes tienen menos ingresos autónomos o reciben menos transferencias, van a tener menos acceso a esos bienes del desarrollo.

En un segundo nivel podemos hablar de lo que mencionaba Benito Baranda sobre la libertad de las personas y el control que tienen sobre su propio destino, que también aparece en las investigaciones desde la perspectiva de la salud, la educación, el trabajo, la participación y la integración social.

Como tercer punto figura la cohesión social, pues claramente la ausencia de un grupo de referencia que tenga valores compartidos genera una percepción de un entorno más adverso, hostil y que tiende a una cierta desintegración social.

Al sumar estas tres variables –la falta de ingreso, de control sobre el propio destino y de un marco normativo común– resulta una bomba explosiva en los distintos planos: salud, delincuencia, trabajo, vivienda, etc. Más aún, lo que vemos es una acumulación de desventajas y factores de riesgo en los mismos individuos y en las mismas familias, además de una concentración geográfica en verdaderos *ghettos*.

Esta situación no representa sólo un problema para la calidad de vida como resultante del proceso de desarrollo. También se transforma en un insumo para la reproducción social de la exclusión, lo que termina por perpetuar en el tiempo estos *ghettos* y generar claras repercusiones negativas para el resto de la sociedad, una de las cuales, probablemente la más visible, sea la violencia y la delincuencia.

Todos los estudios muestran sistemáticamente, y también para el caso de Chile, que aquéllos que son víctimas, que crecen en un entorno de mayor violencia y vulneración de derechos, son precisamente quienes

tienen mayores probabilidades de reproducir estas conductas. Es acá donde surge lo que se ha llamado un nuevo tipo de pobreza, que ya no sólo da cuenta del nivel de pobreza típica, es decir, de ingresos monetarios o de transferencias, sino también la que tiene que ver con la exclusión social.

A título personal, me desconcierta el debate que se ha generado sobre pobreza, vulnerabilidad, Estado de bienestar, pues, aunque nos gustaría abordar todos los problemas, sabemos que los recursos y la capacidad de las políticas públicas son limitados y que las distintas políticas compiten entre sí por recursos financieros, pero también por tiempo legislativo, por capacidades profesionales, por atención, etc. En consecuencia, mientras las políticas públicas se están planteando en un foco más amplio, aún no somos capaces de resolver el problema de la pobreza dura, ni de la exclusión que va más allá de lo material. Mi inquietud, entonces, es si acaso al ampliar el foco no estamos renunciando a poder superar esta situación de pobreza y de exclusión.



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

VICERRECTORÍA DE COMUNICACIONES Y ASUNTOS PÚBLICOS
DIRECCIÓN DE ASUNTOS PÚBLICOS

Alameda 390, 3^{er} piso. Teléfono: 354 6637. Email: asuntospublicos@uc.cl www.uc.cl